



certamen nacional
de literatura
"laura méndez
de cuenca"
2022

LETRAS | NARRATIVA



EL REGRESO
DEL KAZAJO

GERARDO ANTONIO
MARTÍNEZ

El regreso del kazajo

Gerardo Antonio Martínez obtuvo el premio único de Novela en el Certamen Nacional de Literatura “Laura Méndez de Cuenca” 2022, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y Turismo y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. El jurado estuvo integrado por Vicente Alfonso, Bertha Balestra y Emiliano Pérez Cruz.

Esta novela contó con el apoyo del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) en el periodo 2012-2013.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

GERARDO ANTONIO MARTÍNEZ

El regreso del kazajo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

El regreso del kazajo

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

© Gerardo Antonio Martínez Vázquez

ISBN digital: 978-607-490-483-3

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/19/23

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mis padres, Ezequiel y María Concepción

A Leo

Al camarada Evelio Vadillo

En las casas y en las iglesias prendieron velas por todos nosotros,
¿cómo vamos a volver ahora? ¿Quién se alegrará de vernos volver
de entre los muertos? Después de todo cometieron un pecado:
¡encender una vela en la iglesia por alguien aún vivo!

GUEORGUI VLADÍMOV

El fiel Ruslán

No existe un mal químicamente puro... El mal no eran sólo
Stalin y Beria... El mal son también personas como Yura
y la hermosa Olia...

SVETLANA ALEKSIÉVICH

El fin del Homo sovieticus

Volveré a la ciudad que yo más quiero
después de tanta desventura; pero
ya seré en mi ciudad un extranjero.

LUIS G. URBINA

“Elegía del retorno”

La historia y los personajes que a continuación aparecen son completamente ficticios. No están relacionados con personas reales, aun cuando ellos mismos digan lo contrario.

“¡Suerte perra!”, gritó Cervera cuando el espasmo de la neuralgia machacó su cráneo. Tirado en el sofá, la corbata al hombro y los mocasines a un costado, se tomó la cabeza y levantó el paliacate que le cubría los ojos. Su mente y su consciencia continuaban adormecidas por la tortura de esas alucinaciones que tomaban forma de arañas güeras. Los martillazos neuronales hacían de su cabeza una laminilla a punto de reventar y le aconsejaban provocarse otro dolor, cualquiera que ese fuera, para aliviar la tortura.

Bastaban unos minutos o quizá unas horas para que el dolor se diluyera en su torrente sanguíneo y capitulara en las entrañas. Pensó que tendría una noche perdida, nadando entre las sábanas y pepinando horas de sueño a la orilla de la cama. Se vio en calzones, con la luz de la calle entrando por la ventana, empinada y rebotando en

el linóleo. Se vio destapando latas de cerveza frente al refrigerador, masticando tres Alka-Seltzer o bebiendo esa poción de leche tibia con ron que nunca lo aliviaba pero qué bien sabía, carajo.

Entonces, a la mente de Cervera regresó lo sucedido aquella noche, dos meses atrás, cuando dejó un boquete del tamaño de su cráneo en la puerta de la cocina. Cada puntada, de las diez que el doctor le puso en el pellejo, era un alivio que lo hacía olvidarse de la olla express que le trituraba el cráneo. Sin esas rachas de neuralgia, Nacho habría bebido más vasos de ron, más cafés en su oficina, habría bailado más danzones. Habría deshecho, armado y desarmado otra vez, como dios manda, el cuerpo de Laura, su Laurita.

Pero desde hacía dos meses Nacho Cervera ya no departía con los rufianes de la universidad, devenidos en hombres de negocios, exitosos abogados o jóvenes promesas del partido oficial. Añoró la plenitud de hacer lo que le venía en gana sin pedir permiso a ese oleaje de sangre, que si se hubiera concentrado en su entrepierna lo habría hecho tan pero tan feliz, y de pasó también a Laura. ¡Oh, sí!

Mas no era el caso.

A partir de la neuralgia, su rebeldía se consumía y, cada que las arañas güeras aparecían para anunciarle un nuevo ataque, a Nacho lo invadía un deseo espantoso de llorar y después de eso agarrar la puerta a chingadazos para ver si así se provocaba un dolor paralelo que lo hiciera olvidarse de ese manojito de nervios que rodeaba su cabeza y le cobraba todas las que le debía a la vida.

Eran las cuatro de la tarde. Las primeras gotas de la lluvia liberaron el calor guardado durante el día en el empedrado de la calle y recargaron el ambiente con un tufo que Cervera siempre asoció con la llegada de las primeras lluvias. Pero era otoño, y cada inhalación

de la peste le machacaba el cráneo. Creyó pensar que todo eso era culpa de la lluvia por levantar el olor a podredumbre, seca todo el año y alborotada como la crin de una rumbera en la función de medianoche.

Entonces, la primera marea de olor a caca de perro acompañó su último espasmo. Las punzadas cesaron y Cervera abrió los ojos. Era lo mismo después de cada episodio, ese trance de existencia en el que sentía que el mundo debía detenerse. Observó el estado de todo lo que lo rodeaba: la maceta de geranios, una mosca que mantenía una batalla temeraria contra los cristales de la ventana, las llaves pendulando en el llavero, las cortinas...

Necesitaba esos segundos para redescubrir la consistencia de su cuerpo, el despojo de dandy o lo que quedó después de la pelea consigo mismo, la pelea con el dolor hijo de puta. Así cerrara los ojos, así diera de topes en la pared, esas chingadas rumberas sin chiste lo acosaban, le advertían que regresarían por sus huesitos de hombrecito malcriado. Estiró las piernas, respiró con fuerza, los síntomas se congelaron.

A su lado, Laura pasaba las páginas de una revista de modas. “¡Pinche suerte!”, pensó Nacho. Comprendía que a Laura, a pesar de los veinticuatro años bien cumplidos y calibrados por él mismo, le importaba madres si él, su amante de planta, tenía apendicitis, tifoidea o una pierna rota.

—¿Ya? ¿O me pongo a revisar las tareas de mis alumnas?

—Dame diez minutos, changuita —dijo Nacho bajando el paliate para ocultar sus pupilas de la luz, que amenazaba con traer de regreso la neuralgia.

—Pero van a cerrar. Son las cuatro de la tarde y así estás desde que llegaste. Ahí sigues, echado en el sillón, chillando por tu dolor de cabeza. Es un pretexto tras otro.

—Pero, changuita —suplicó Nacho a ciegas estirando los brazos hacia Laura.

—¡No me digas changuita! Cada vez hablas más como vago.

Nacho se apartó de un lado el paliacate, alzó la ceja y el destello de luz le recomendó que aún no era momento de levantarse del sofá.

Cada vez que Laura, su Laurita, le insistía con esa demencia malcriada, Nacho sentía el impulso de mandar todo al demonio. Laurita, la pelirroja más cabrona surgida de sus sueños húmedos, había tenido el desacierto de casarse meses atrás con un ingeniero petrolero que por esas fechas perforaba las costas del Pacífico. En tanto, Nacho exploraba socavones de agua dulce en el arrecho cuerpo de Laurita. De momento, nadie se quejaba.

—Laura, debes entenderme. Dios no quiera y un día sufras un ataque de neuralgia. Así sabrás qué es parir chayotes. Para ti es muy fácil —recriminó Cervera.

—Lo que quiero es que ya te pares y me lleves a comprar lo que prometiste —insistió la pelirroja parando la trompa en amenaza de puchero y encajando las uñas en el brazo de Nacho.

—Sólo dame cinco minutos, changuita —rogó la masa desparramada de Nacho Cervera.

—Bueno, voy a cambiarme para ponerme a hacer otras cosas —reclamó Laura mientras caminaba hacia su cuarto. Nacho, que como todo caballero guardaba la compostura cuando un ejemplar de mujer se paseaba en público frente a él, miró a Laurita de espaldas y deseó tener sobre sus piernas el contenido de ese estrecho vestido moteado. Nacho Cervera, valuador de recursos humanos del diario *El Nacional*, hijo de diplomáticos, ex *short stop* de la Facultad

de Derecho y *crooner* desperdiciado, extendió la mano a Laura, anunciando la tregua y su sometimiento.

Cuando sonó el timbre del teléfono, Nacho Cervera entendió que la neuralgia había pasado. Sabía que las arañas güeras habían desaparecido por completo, pero ignoraba que volverían noches después, al salir de ese congalucho llamado La Rata Vieja.

De pie junto al sofá, ella levantó el auricular y contestó con esa voz tiplosa de oficinista, aunque aborrecía a las oficinistas. Cruzó algunas palabras con la persona al otro lado de la línea. A la segunda frase, fijó su mirada en Nacho.

¡Pinche vida!

—¿Qué pasó, jefe?

—Nacho, que te he buscado desde mediodía. ¿Estás muy ocupado? Necesito verte en unas horas —dijo al otro lado de la línea con su acento ibérico Tomás Hernández, director de recursos humanos del periódico *El Nacional*—. Hay un lío en el que estamos metidos algunos compañeros y yo. Queremos que nos ayudes.

—Dinero no tengo, jefe. Si me subiera el sueldo, lo pensaría. Y aun así me endeudaré en unas horas por un pinche abrigo —Laura le regaló una estampa de su dedo medio.

—No se trata de dinero. Queremos una ayuda..., llamémosle trabajo profesional —la voz de Hernández mantenía el carácter autoritario con el que Nacho lo había conocido, pero con algo de súplica—. ¿Recuerdas el caso de Emilio Padilla? El tipo que lleva veinte años encarcelado en Rusia, desde 1936.

—Algo he escuchado de él.

—Resulta que la embajada mexicana en Rusia descubrió que sí andaba encarcelado. Pero cuando consiguieron que saliera de la

cárcel y regresara al país desapareció en el aeropuerto, recién aterrizado en México. El asunto es que tenemos la sospecha de que fue secuestrado. Nadie se la pasa veinte años con las cachas congeladas en una cárcel de Rusia para que a su regreso se pierda así porque sí.

—¿Y de quién sospechan? ¿Quién estaría interesado en secuestrarlo?

—Prefiero que esas conjeturas las hablemos en persona.

—Como quiera. Podemos vernos al rato, pero en la noche. Ya sabe que cuando me dan mis neuralgias me pongo sensible.

—A las siete en La India. Y recuerda, pico de cemento.

Al colgar el teléfono, Nacho permaneció unos segundos pensativo, volteó a la ventana y, por el tramo que dejaba visible el departamento de enfrente, observó que un claro de sol caía sobre la calle en medio de los nubarrones.

Tomó su sombrero del perchero, se ajustó la corbata, se miró los zapatos, que exigían una chaineada aunque sin demasiada urgencia; se fajó la camisa y dio una palmada en ese vientre que alguna vez fue talla veintiocho pero que hoy contenía dos tripas, una gorda y una flaca, ambas igual de aplaudidas por el paso del alcohol, el achote, el chile habanero, la barbacoa, las gorditas petroleras de Azcapotzalco y la bilis por los corajes que le hacía Laura.

En el baño, se asomó de perfil al espejo. Se puso el *blazer*, que deliberadamente dejó desabotonado, y sonrió para observar su dentadura blanca y alineada de niño rico. Sonrió de nuevo, esta vez por gusto, inclinó el sombrero y se dijo “estás de vuelta y vas con todo, tigre”.

Miró la hora en su reloj y llamó a Laurita, que seguramente lo esperaba en la sala.

—Vámonos, Laura... ¿Laurita? ¿Estás ahí? ¿Laura?



El asfalto cocinaba la lluvia y despedía un vapor acidulado. Para ser sábado, la cantina La India estaba a medio cupo, con la barra semivacía y algunos puñados de fumadores, que para su cantidad saturaban el local con una nata de humo. Algunos bebían su cerveza y chupaban trozos de limones. Los más bárbaros los masticaban. Otros arreciaban la partida de dominó mientras hablaban de pedidos en la fábrica de hilados, negocios inmobiliarios, necesito otro empleo, mi mujer ya no me quiere...

En la barra, Cervera pidió una lagartija y le entró con fe a la botana de cacahuates y habas. En una de las mesas, los hermanos Vargas, prósperos ingenieros y amigos de Nacho desde los años de preparatoria, jugaban una partida de baraja, mientras que Nicolás Poblano, su asistente de todas las confianzas y quien les conseguía las botellitas para refrescarse entre semana, miraba el juego de tahúres. Al igual que Nacho, sus amigos apenas rebasaban la treintena de años. Uno de ellos, Pepe Vargas, era el ingeniero designado por un senador para construirle una pequeña mansión en el nuevo desarrollo urbano de Satélite. El joven constructor pasaba sábados y domingos en la ciudad con sus viejos amigos; el resto de la semana, en la obra de la casona de esa prometedora ciudad del futuro.

Mientras el cantinero destapaba la botella y mezclaba el vodka con jugo de toronja, limón, hierbabuena y hielo granizado, Cervera siguió devorando la botana con la mirada puesta en el espejo, que le ofrecía una panorámica segura de la entrada del local. “¿Qué querrá este cabrón?”, pensó. Padilla, Padilla, el apellido del fulano aquel del que le habló Tomás Hernández comenzaba a tomar forma en sus recuerdos.

Algo había escuchado, como un rumor que durante sus años en la universidad apareció en la sobremesa de las cantinas, anécdota rescatada para ilustrar la fiereza del gobierno soviético: que escribió injurias contra Stalin en un baño y le echaron el guante por esa pendejada..., que lo traicionaron sus compañeros y lo dejaron morir solo..., que un esposo celoso y militante de su mismo partido le puso un cuatro para alejarlo del país y refundirlo en Siberia. Rumores, sólo rumores. El cantinero adornó la lagartija con una cereza.

Cuando Cervera se empujaba la segunda lagartija, Tomás Hernández entró a la cantina llevando un maletín y arropado con un abrigo maquínof azul marino. En la radio narraban un aburrido partido de beisbol y la suciedad estática de las bocinas alternaba con la llovizna, una carcajada perdida y los murmullos de los clientes. Tomás se quitó el sombrero y pasó de largo frente a la mesa de los jugadores, que levantaron la mirada de sus cartas para estudiar a la nueva visita.

Nacho se sentó junto a Tomás.

—Hasta que se atreve a visitar a los jodidos —dijo.

—¡Qué va! Aquí me la vivía hace años. Eras un mocoso cuando nos pegábamos unas borracheras fabulosas —respondió Hernández con una sonrisa de nostalgia—. ¿Tus amigos? —preguntó señalando a Nico y a los Vargas.

—Sí, buenos tipos. Uno hace lo posible por ser el antipático, pero siempre hay alguien que te toma aprecio.

Durante diez minutos permanecieron callados mirando cómo Juanito, el fiel mesero de La India, sacaba brillo a cada una de las bolas de cerveza, como si no tuvieran otro propósito en toda la noche que ver a un cantinero hacer su trabajo rutinario. Hernández sacó

un billete y pagó las dos lagartijas que Cervera llevaba entre espalda y pecho.

—Quizá ya es tiempo de que demos un paseo —sugirió.

Sus últimas palabras las acompañó con una mirada habitual en su lenguaje mímico. “Poder, Cervera, el puto poder es lo que quieren estos puercos”, parecía decirle con esa mirada de pupila aguzada y la sonrisa torcida.

La llovizna había ahuyentado a los pocos raterillos que llegaban a asomarse por la esquina de Bolívar y El Salvador. A Hernández y Cervera la inusual lluvia de octubre los tenía sin cuidado. Caminaron hacia Izazaga, por el barrio de San Miguel, atestado de tugurios y congales donde cantantes cubanos y *vedettes* despampanantes se ganaban los centavos.

—Chito Robles, uno de los compañeros del diario y que también es cercano al comité del partido, me ha dicho que eres de confianza —dijo Tomás.

—¿Chito? ¿Y él qué diablos tiene en esto?

—Todos somos parte de un mismo juego. Chito, unos compañeros del partido y yo. Nos interesa que regrese Emilio, del que ya te hablé. Yo no lo conocí, pero quienes lo conocieron hace veinte años aseguran que no merecía el cautiverio en que lo tuvieron, y mucho menos el secuestro, que viene a alargar la incertidumbre.

—¿Y desde cuándo son ustedes tan samaritanos? —preguntó Nacho—. Lo dejaron tantos años botado, a rascarse con sus propias uñas, y ahora sí lo quieren de regreso.

El Hernández de la oficina era un hombre seguro en sus palabras y sus hechos, hasta autoritario; el que Nacho tenía enfrente parecía un gato perdido, acorralado a mitad del monte, agresivo, temeroso.

—Chito y yo hemos comentado de ti en el comité. Eres joven, gracias a tu padre tienes relación con ciertos círculos políticos y además demuestras un abierto inconformismo.

La carcajada de su ayudante fue como una patada en el ánimo de Tomás, quien torció los labios en franca molestia. Su rostro cacarizo, resultado de algún avance de los fascistas en la guerra de España, era un catálogo de orificios. En otras circunstancias, estaría cagando madres, arrojando su pluma fuente al escritorio o en el piso de la oficina, o dando manotazos. Acababa de descubrir que él no podía mandar en todos los sitios y que sus enanos podían crecer más de lo que él había esperado.

—Mira, Tomás: ustedes tienden a ver el mundo como si fuera un tablero de ping pong. Buenos y malos, camaradas y enemigos de los pobres —dijo irónico cuando atravesaban la calle Mesones—. Ahora, si me preguntas, te diré que no me gusta ser tachado de idealista o de su opuesto, un faldero que se empine enfrente de un puteque. Pero ¿por qué no vas al grano, Tomás? ¿Quieren que por medio de mis conocidos o amigos averigüemos dónde está Padilla?

Habían llegado al parque de Echeveste, frente a la iglesia de Regina Coelli. Hernández se detuvo junto a uno de los autos estacionados alrededor del parque. Puso el maletín en el cofre de uno de esos autos, aflojó los seguros.

—Lo que estoy a punto de ofrecerte no lo debes comentar con nadie. Ya sea que lo aceptes o que lo rechaces, necesito tu palabra. Mira, el comité te ofrece esto y otra parte igual si nos ayudas a encontrar a Padilla.

En el interior del maletín brillaron cinco filas de billetes verdes. La propuesta habría sonado tentadora para cualquier detective de la

policía judicial. “Todo es una trampa”, pensó Cervera. Por la llovizna, el cigarro de Tomás Hernández era ya una sábana marrón coronada por una brasa que se extinguía como sus esperanzas.

—¿Quieren que lo encuentre o sólo que les consiga información? —preguntó Cervera mientras empujaba la mano de su jefe incitándolo a cerrar el maletín.

—Aún no sabemos si fue el mismo gobierno de México el que lo secuestró o fue un gobierno extranjero. Dudamos de los rusos. Quizá lo liberaron como un gesto para ganarse el voto de México por el tema de las armas nucleares que tienen en la ONU —respondió Tomás.

—¿Y era importante el tipo?

Hernández suspiró. Se quitó también el sombrero y miró a ambos lados de la calle.

—Chito ya te ha hablado de él, ¿no es así?

—Pobre. Mira que cualquiera puede terminar con los bigotes congelados en Siberia, y todo por una pendejada.

—¿Qué dices, Cervera? Tenemos datos dispersos y un informante —dudó un momento y se rascó la cabeza—. Bueno, lo que queda de un informante.

—Vaya vaya. Ésta sí es cosa de locos. Con la cédula de comunista es suficiente para estar formado en el vestíbulo de los psiquiatras —dijo Cervera con una risa burlona.

—Aquí hay un puto interés de poder. Sólo que no sabemos, Nacho, quién está detrás de ese secuestro tan jodido.

Una anciana que vendía veladoras, guarecida en la entrada de uno de los edificios vecinos, los observó cruzar el vestíbulo que daba paso a una capilla menor. Se quitaron el sombrero y la penumbra de la iglesia de Regina Coelli ocultó la mitad de sus rostros. Eran

casi dos voces en medio de la divinidad enclaustrada. Tomaron una banca. Faltaban diez minutos para que iniciara la misa y un puñado de personas era la única compañía para el nuevo agente privado Nacho Cervera y su cliente Tomás Hernández. Alguien encendía cirios, alguien más oraba arrodillado, cuatro o cinco feligreses esperaban respuestas divinas.

—¿Y qué ha dicho la cancillería? —preguntó Cervera a media voz.

—¿Qué quieres que diga? Sostienen una sola versión. Dicen que Padilla estaba sentado en la sala de llegadas a un lado de Ernesto Marrón, empleado de la embajada. Esperaban un taxi y Padilla simplemente dijo “ahora vengo, tengo que orinar”. Marrón lo vio entrar a los sanitarios, pero no lo vio salir. A los quince minutos, con el dilema de dejar las pertenencias de ambos a disposición de los rateros, tuvo que entrar al sanitario. Nada. Incluso recibió insultos de un viajero gringo que lo creyó voyerista. Imagínate el cuadro. Divino, ¿no crees?

—¿Y ya?

—¿Qué más pueden decir? Ya quedaron como pendejos. No van a dar más detalles. ¡Joder!

—¡Tomás! Estás en la casa de dios.

—¡Joder, contigo!

—¿La familia? ¿Qué hay de ellos?

—Nada. Durante años le insistieron al gobierno para que les ayudara. Parece que Ávila Camacho hizo unos intentos, pero aún vivía Stalin. No hubo resultados. No se supo de Padilla en muchos años. Fue hasta el 47 cuando apareció en la embajada de México en Moscú. Parecía un cosaco, de esos que cuidan cabras y renos en la estepa, quemado por el sol y la nieve, sin un centavo en el bolsillo.

Estuvo unos meses en la embajada y durante ese tiempo intercambió algunas cartas con su familia y amigos. Luego, el gobierno soviético lo obligó a tramitar su visa de salida en una ciudad alejada: Almaty. ¿Habías escuchado de esa ciudad? Búscala en el mapa cuando llegues a casa. Un año después, se le perdió el rastro, dejó de responder al telégrafo, aunque sin dejar de cobrar el dinero que le enviaba la embajada. Meses más tarde, el gobierno ruso notificó que estaba en la cárcel de Krasnoyarsk por una pendejada que llamaron “actos canallescós”. Suspendieron los giros telegráficos, que con toda seguridad estaba cobrando alguno de los agentes que lo detuvieron. ¿Puedes creerlo? La embajada lo recuperó hace poco y lo puso en el avión acompañado de Marrón. Ya sabes lo que sucedió después —de su abrigo, Hernández extrajo una fotografía—. Ésta es su foto, la más reciente. Es de hace ocho años, cuando pasó unos meses en la embajada.

En sus manos, Cervera vio la imagen de un hombre de unos cincuenta años, tez aperlada, flaco de melancolía, gafas de pasta oscura, el traje una talla más grande. Era, sin duda, un habitante resignado de la última frontera hacia el abandono. En la foto, Emilio sostenía una maleta y en la otra mano un abrigo. No sonreía ni para el fotógrafo ni para él mismo. A sus espaldas corrían los andenes de una estación de tren en algún punto de Moscú. A un costado, de perfil, aparecía el secretario, Ernesto Marrón. Con la cabeza inclinada a la derecha, Emilio sostenía esa nobleza del que sabe que va a morir pero no desea dar a sus verdugos el gusto de verlo llorar. Si tenía cuarenta años al momento de la foto, una vejez adelantada le había arrojado de golpe diez o quince años. Estaba tundido y aplanado por un siglo veinte que le había pasado completo por encima.

La avaricia regurgitó en los intestinos de Cervera al igual que el batido mañanero y los *pancakes*, pero el monstruo que se alborotaba en sus entrañas no era otro más que la piedad, burbujeante, con oleadas de acidez que no paraba ni dios padre.

La capilla se había llenado a la mitad. Algunos feligreses esperaban el inicio de la misa. La lluvia, a diferencia de los bebedores de La India, no los había ahuyentado. “¡Carajo! ¿Cambiar los tragos por salpicadas de agua bendita? Algo está mal aquí”, reparó Cervera. Hernández acariciaba el maletín. Un pequeño coro de voces blancas formado por cinco niños bien peinados entonó los primeros compases de un adagio barroco.

—¿Sospechan de alguien? —rompió el detective.

—Hay tres posibilidades: los norteamericanos, alguien del gobierno de México, o gente al interior del partido.

—A ver de dónde sale la primera madeja. Dame un momento —dijo Cervera. Se puso de pie y salió un minuto de la iglesia. A su regreso, llevaba tres veladoras. Puso una a los pies de un Cristo.

—Pensé que eras ateo —dijo Hernández.

—Aquí el que se caga en dios y la Virgen eres tú. Yo no.

—¿Y las veladoras?

—La primera es para que me ayude a entender las pendejadas que estás diciendo y me dé criterio para saber si debo tomarte la palabra; la segunda, para que me cuide dios padre en esto que me pides; la tercera, para que me pagues y no te hagas pendejo. Hernández: en la guerra no hay ateos.

—¿Y qué dices, Cervera? ¿Nos ayudas o prefieres recomendarnos a alguien?

—Aún no sé. ¿Cuánto traes en ese maletín?

—Digamos que doscientos mil dólares.

—¿Y de dónde salió ese dinero? —preguntó sorprendido el antiguo *short stop*, el ex talla veintiocho y el neurálgico que se conjugaban en Cervera.

—En otras circunstancias, te mandaría al carajo, Cervera, pero te lo diré: son los fondos de las ministraciones que nos manda el partido soviético.

—¿Quieres decir que van a investigar al mismo que les jala el mecate?

—No, Cervera. No confundas. Una cosa es el partido y otra el gobierno, aunque no lo parezca. Además, ellos mismos son los principales interesados en que Emilio aparezca con vida para congraciarse con Ruiz Cortines. Ahorita necesitan su voto en la ONU y quieren que esto se resuelva antes de la ronda en que tratarán el desarme nuclear.

Nacho Cervera se levantó con las dos veladoras en el bolsillo de su saco, se detuvo frente a la mesilla que acumulaba las ofrendas. Mojó dos dedos con saliva para apagar el pabito del primer milagro. “¿Qué hago con este pendejo, mano? ¿Te lo llevas o te lo mando?”, preguntó al Cristo doloroso que colgaba de una de las paredes de la capilla.

Pensar en esa cantidad de dinero le movía esas cosquillas por acariciar la papelaza, en fajos, en billetes hechos bola, enrollados o como quiera que fuera. Era una cantidad que le ahorraría muchos enjuagues, antesalas y humillaciones: negocio propio, casa propia y hasta mujer nueva, ¿por qué no? Imaginó todos los sueños, los que sabía que no eran para él.

Tomás Hernández lo miraba desde la banca, inmóvil, con su valija, en la que guardaba una fortuna dispuesta a ofrecérselo a Nacho

como una amante en el punto exacto en que se arrecian las llamadas para tomar lo que es propio.

Cervera encendió las dos veladoras restantes que adeudaba al Cristo. Con la misma y depresiva náusea regresó con su aún jefe. Regresó con Tomás:

—Mañana mismo veo en qué resulta el asunto de Padilla. Sólo necesito un adelanto para algunos gastos y para un abrigo que le debo a mi changuita —Hernández sacó un fajo de billetes y se lo dio a Cervera, quien lo guardó en la bolsa de su *blazer*—. Nomás te advierto que si tú o alguien de tu partido me sale con chicanadas, seré tu dolor de muelas hasta que me canse. A primera hora tienes mi renuncia y comienzo con este encargo. Vámonos. Sólo guárdame bien esa valija. Hoy sólo existe una frase, como diría un vulgar detective gringo: “Do it for the money”.

Hernández sonrió y cerró el maletín.

—¿Y qué diferencia hay entre tú y un vulgar detective gringo?

—Ninguna. Sólo que si a un gringo le pides que destape la cerveza con el ojo, buscará la forma de quedarse tuerto. Si lo ves así, son unos profesionales. Nosotros, en cambio, sólo tenemos un credo: a chingarle, que atrás vienen chingando.

A las ocho de la noche, Cervera y Hernández salieron de la iglesia de Regina Coelli. Doblaban las campanas.

*

¿Qué necesita un expatriado en la maleta? Sólo necesita su conciencia de finitud. Desde el momento en que un hombre como yo, en un país lejano,

tiene conciencia de eso puede caminar en dos direcciones opuestas e irreconciliables: el derrumbe prematuro de su voluntad o la posibilidad siempre incierta de volver a casa. Ése es el origen de la angustia. El terror de morir en medio de las estepas, en un húmedo calabozo o en una miserable cabaña, apelotonado entre decenas de presidiarios que al verte tieso sobre el catre de madera pelearán por tu cobija y los mendrugos que escondías en los bieses del abrigo. Sólo se necesita eso: la conciencia de finitud y unos cuantos mendrugos de pan duro, aunque el escorbuto no te deje masticarlos y debas machacarlos con un poco de nieve. Siempre tenemos el fardo preparado para la marcha o para ser el objeto de la rapiña.

¿Qué hacer con un pasado del que todos te pedirán cuentas sólo para satisfacer sus filias y prejuicios? ¿Qué hacer con un pasado atestado de contrastes frente a tus compañeros de juventud, ninguno de los cuales te preguntará si has comido el día de hoy? Sólo te queda la angustia. Nadie entenderá tu pasado, pues les parecerá una historia incomprensible y objeto del morbo por tu militancia, las circunstancias y las causas oscuras de tu detención. Ignoran que tu cautiverio aún no acaba, pues permanecen los silencios tangibles. Ésa es la elocuencia de la exclusión, la que se basa en un pasado que ni tú mismo comprendes. La devastación se convierte en rutina, y ésta, en una estepa cenozoica en la que nadie atenderá tu llanto. Se supone que un hombre debe tener un pasado honorable, y si no lo tiene se lo inventa. A la angustia del regreso la sucede la angustia por construir esto: un pasado honorable.

No todo lo que han contado de mí es cierto. Abundan las verdades a medias y las falsedades más vulgares. ¿Que de Rusia regresé solamente a decir chifladuras? Juzguen ustedes entre este testimonio y las calumnias que han lanzado en mi contra. Lo único que me reconforta de estos meses es que ellos están pagando su cuota de miedo, al menos una parte de la que yo

pagué allá. Esta historia que voy a contar es la de un hombre que en la persecución de sus principios, ideales y ambiciones no supo cuidarse, que se perdió a sí mismo y perdió a aquellos que lo amaban.

Éramos una bola de ambiciosos. Que nadie se espante si me considero a mí mismo ideologizado. Todos, en ese entonces, hoy y siempre, hemos tenido ideología. Para algunos es el dinero; para otros, la libertad; para nosotros es la égalité y la fraternité. Aunque lo nieguen, la ideología es como el manual de conducta. Todos tienen una, hasta el más librepensador. Lo jodido es encontrarse en el mundo con gente tan jodida que nunca tiene oportunidad de crear esos ideales. Vayan a dar una vuelta en cualquier cárcel y descubrirán que para una inmensa mayoría la única ideología se llama el mendrugo. Los idealistas son una casta privilegiada entre los miserables porque no tendrán que matarse por un pedazo de pan.

¿Que si la reclusión en Rusia me cambió la vida? Sin duda. Veinte años en cana son capaces de incubar en cualquier persona una condición permanente de temor, pero no ese miedo infantil a lo desconocido, sino la aterradora certeza de que todo podría ser peor: es como si el miedo lo trajeras abajo del pellejo. Pero la cárcel ya me había cambiado la existencia aquí mismo. Los chacaes son los mismos. Sólo los distingue el terreno y las posibilidades que tiene cada uno de ellos de convertirse en la próxima presa. Ahí están. Te están observando. Te están escuchando. Porque están en todas partes y siempre han estado allí. Sólo aquel que fue apaleado hasta que lo creyeron muerto, a quien privaron del sueño o le arrancaron lentamente las uñas para que diera la confesión que ellos querían escuchar, sabe lo que significa eso que los chacaes pueden sembrar en las personas, esa larva venenosa del terror.

Ya ni siquiera busco la construcción de un pasado que no existe. Sólo tengo uno.

Yo, Emilio Padilla, no busco con mi testimonio conseguir la justicia que se me negó en ambas tierras, sino combatir el olvido y la indiferencia de mis hermanos. Soy una voz entre los desaparecidos, una ceiba en medio de la estepa, un huérfano de la historia, un hijo del presidio.



La cita con Chito Robles era a las seis de la tarde en una marisquería de la colonia San Rafael. Cervera redactó su renuncia y pasó a la misma oficina en la que había contratado y despedido a tantos infelices como él. Llegó quince minutos tarde al restaurante Boca del Río. Estacionó su auto en la acera contraria y cruzó la avenida con el arroyo de un torero. Chito esperaba en una mesa a medio camino entre las escaleras y los sanitarios. Fumaba con la soledad de un anciano y con las piernas cruzadas. En la mesa había un plato con restos de un vuelve a la vida y una botella vacía de Tonicol. Resultaba imposible imaginar que años atrás Chito fue un serio dolor de cabeza para no pocos políticos. Pero, como muchos otros viejos comunistas, estaba domesticado a medias y desde hacía diez años era director de información del diario *El Nacional*. Tenía, de manera inversa a lo que se dice de algunas personas, un mal lejos. Sus hábitos vegetarianos, sólo suspendidos por la ingesta ocasional de mariscos y cerveza, le daban una silueta esmirriada. A esto se sumaba la camisa bien almidonada, el sombrero Tardan y el mocasín siempre boleado para fincar la finura del buen dandy, del que se esperaba cualquier cuadratura ideológica menos la del comunista, el rojillo que manejaba la palabra con maestría, el verbo

del buen conversador con una artillería variada de anécdotas, desde el comentario a una obra de Ibsen, a una novela de Gide, a los poemas de Machado y García Lorca, hasta sus aventuras en el penal de Islas Marías donde los caudillos sonorenses rebanaban a la oposición a punta de balazos y billetes. Chito podía ser un zorro balaceado y un comunista jaibolero sin que esta contradicción le representara un empacho ético.

—Te tengo malas noticias —dijo dando un jalón a su cigarro. Sacó un cartel mimeografiado donde aparecía una foto de Tomás Hernández. Ésta correspondía a un hombre joven y sin la cantidad de ojales de pólvora en el rostro. Tenía otro tipo de anteojos y un peinado distinto al que acostumbraban verle.

“Exigimos la presentación con vida de nuestro compañero Tomás Hernández Villa”, decía el cartel. El mesero llegó con el platillo que Chito ya había ordenado para Cervera: mariscos gratinados con ensalada, betabel horneado y hojas de albahaca bañados con vinagreta. De beber, una cerveza Carta Blanca. Cervera recordó las tres o cuatro ocasiones en que juntos destaparon algunas cervezas, mucho antes de que Tomás desapareciera con doscientos mil dólares y la esperanza de Cervera de mandar todo al demonio.

—Necesito que me pongas al tanto —insistió el detective.

—Lo que te dijo Tomás son sólo aproximaciones, cabos que atamos a partir de lo que hemos leído en las noticias, la dinámica que vemos en el partido y algunos testimonios de colaboradores nuestros en la embajada gringa y en la cancillería.

—Por partes, viejo. ¿Cuándo desapareció Padilla? —pidió Cervera. Un trozo de queso fundido resbaló del tenedor y terminó por incorporarse con un par de ostiones.

—Hace tres días, en el aeropuerto de Ciudad de México. Pensamos que puede ser un tipo de chantaje de los gringos. El gobierno mexicano le sabe algo a la embajada. Hay rumores de que el agregado militar se estaba tirando a una actriz que también resultó ser amante del secretario de la embajada soviética.

—¡Qué cabrona! ¿Cómo se llama?

—Dalila Estrada. No ha pasado de papeles secundarios en el cine. Se mueve en círculos de altos vuelos y de eso vive. Entonces, pensamos que el secuestro de Padilla pudiera ser una forma del gringo para neutralizar el *affaire* del coronel Dubbs. La representación del gobierno mexicano en la ONU tenía la orden de votar por un llamado para que el desarme nuclear fuera generalizado, no sólo de los rusos. Tenían previsto que si el gobierno gringo tomaba represalias, como suspender la entrada de atún o lechuga mexicana a Estados Unidos para presionar nuestro voto, la embajada mexicana enviaría al *New York Times* las fotos comprometedoras del coronel. Ellos desean mantenerlo aquí porque, a pesar de ser un pito fácil, es quien mejor conoce los movimientos de los soviéticos en América Latina.

—Entonces, ¿Padilla sólo es un rehén? ¿Sabe él de todo lo que se cocina en la ONU?

—Nada. Estuvo aislado muchos años. De ser cierta esta idea, sólo es una pieza que se están peloteando los gobiernos mexicano y gringo. Es probable que alguien del partido tenga las manos metidas en esto, aunque no es seguro. Pero ahora, con Padilla desaparecido, digamos que están parejos. Se tienen agarrados de los huevos mutuamente.

Cervera partió el betabel, del cual escurrió un jugo dulzón que al tocar su paladar se mezcló con la salsa vinagreta y la albahaca.

—Suenan lógico. ¿Y las otras posibilidades?

—Las otras vías apuntan a un ajuste de cuentas entre grupos al interior de la cancillería. El canciller Briceño es una persona muy vieja, pronto será reemplazado y más de uno está apuntado a sucederlo. No es menor el puesto en Moscú. Si el embajador entrega resultados en cuanto a contratos petroleros y exportación de productos mexicanos a los soviéticos, podría colarse al frente de la cancillería en el próximo sexenio.

—Pero faltan tres años para que cambiemos de sexenio y llegue un nuevo secretario.

—Eso es lo de menos, Cervera. Aquí todo está en juego desde ahorita. El embajador LeBlanc es de la vieja guardia: profesional, no se mete en grillas y cumple con representar a este pinche gobierno jodido. Podría representar al mismo Judas Iscariote.

—¡Uf!

Continuó Chito:

—Quien puede estarle cagando el palo al embajador LeBlanc, representante de México en Moscú, puede ser Morrillo, el subsecretario para Europa. La otra vía es que alguien del gobierno le esté haciendo una chicanada a Briceño, el canciller, quien desde ahora busca dirigir la ONU.

—¿Y de Hernández qué se sabe?

—No sabemos nada. Aquí no se puede confiar ni en la policía ni en la Procuraduría. Sólo queda esperar. Por ahora quiero que tengas conmigo. Tienes que conocer al Chivo. Andaba en Rusia con Padilla cuando los detuvieron hace veinte años. Regresó hace poco, sólo que está muy jodido y no habla de otra cosa más que de Jamaica.

—¿De Jamaica? —preguntó Cervera.

—Sí, de Jamaica: negritos, palmeras, ron, Caribe... Creo que vive en un eterno delirio, pero en algo nos puede ayudar.

*

—¡Ay, ay, ay! —gritó Rizkovski cuando lo despertaron las cachetadas de uno de sus vigilantes.

—Ora, mi Chivo. No se haga pendejo —gritó don Lucio para despertarlo. En el cuarto había un ambiente de basurero de mercado.

Robles los presentó:

—Javier Rizkovski, alias el Chivo.

—¿Cuál fue su crimen? —preguntó Cervera.

—Ser descendiente de rusos y haber estado en Moscú hace veinte años —respondió Robles.

—Sé más claro.

—Sí. Lo creyeron disidente. Algún pinche aristócrata debió tener el mismo apellido y los soviéticos le colgaron el muertito. Lo creyeron un soplón.

El Chivo dormitaba sobre un colchón mugriento. Tenía las rodillas flexionadas contra el pecho; vestía calzón negro y camisa blanca con una costra de vómito seco. Cervera supo que las consecuencias de sus propias neuralgias podían ser peores. Prefirió concentrarse en el bicho que tenía enfrente.

Robles continuó explicando el historial clínico de su inquilino:

—Lleva una semana aquí y ha sido un dolor de cabeza para Apolo y don Lucio. ¿Verdad, muchachos?

Ambos vigilantes asintieron. Don Lucio mezclaba en un pocillo el contenido de una botella de Orange Crush y cucharadas de aguardiente.

—Debiste verlo cuando llegó. ¿Te imaginas a un hombre de cincuenta años, rubio, medianamente corpulento y de abundante vello, atacado por una plaga de piojos que lo invadía en verdaderas colonias en cada rincón de su cuerpo que tuviera vello? Lo afeitaron hasta dejarlo casi como platito lavado. Así como ves a Apolo, con sus dos metros de clembuterol, casi se nos desmayaba. Nos dio mucha ternura.

—¿Qué les dice de Padilla? —preguntó Nacho, quien imaginó a Emilio en las mismas fachas del Chivo.

—No ha hablado mucho —confesó Robles mientras acercaba un par de sillas. Apolo levantó al Chivo y lo mantuvo sentado sobre la colchoneta. Don Lucio había traído una palangana de agua tibia y comenzó a limpiarle el rostro, barnizado por una película de moco y vómito. Le cambiaron la camisa y le dieron una friega con alcohol alcanforado.

—¿Por qué no lo bañan de una buena vez para quitarle toda esa mierda de encima? —preguntó Nacho.

Don Lucio volvió la mirada a Robles y, después de recibir un gesto aprobatorio, dijo:

—Si lo bañamos, es capaz de quebrarse aquí mismo.

Una rata pasó corriendo sobre una viga del tapanco.

Apolo le dio otra tanda de cachetadas al convaleciente, quien abrió los ojos con un asombro que desfiguró su rostro cuando vio a Robles:

—¿Qué pasó, Jamaicas?

—Soy Chito. ¿No te acuerdas de mí? Vine ayer en la tarde, pero estabas delirando. Este es mi amigo Nacho Cervera.

El saludo de Rizkovski hacia Cervera fue un segundo enigma en menos de dos horas:

—¿Qué pasó, Jamaicas?

—Cervera viene a hacerte unas preguntas para seguir el rastro de Padilla.

El Chivo se tomó del cuello e hizo varios movimientos a izquierda y derecha. A pesar de su sonrisa, no parecía muy decidido a detallar su estancia en Rusia y lo que sabía de Padilla. Don Lucio y Apolo se habían sentado a sus costados y le suministraban el bálsamo compuesto de Orange Crush con aguardiente.

Rizkovski se desentumió con lentitud. A medida que las cucharadas entraban a su cuerpo, fue tomando más color. Parecía un camarón seco que mientras aumenta su hidratación va tomando forma de marisco asado, colorado, carnosos. Sus rodillas se estiraron conforme el brebaje invadía cada arteria y cada poro.

Chito se aclaró la garganta para apurarlo. El Chivo regresó del trance etílico; los miró y dijo:

—Para luego es tarde, mi Jamaicas. Usted pregunte.

Por más de una hora habló del sabor de la jericaya y el menudo, lo comparó con los dulces rusos y cuando mencionó la palabra hierbabuena saltó a un tratado sobre la bondad natural del hombre, el iusnaturalismo, el tesoro de Moctezuma y la leyenda de la Malinche. Todo esto salpicado de referencias a su estancia en Rusia.

Esa noche, Cervera llegó a casa con varios datos. Algunos no lo tenían completamente convencido, como el hecho de que Rizkovski no supo más de Emilio Padilla desde su arresto en 1936. Según sus propias palabras, las preguntas que le hicieron los rusos en los interrogatorios no tocaron en ningún momento su ascendencia

familiar ni el exilio de sus padres en México. “Éste no está loco. Nada más se hace pendejo”, pensaba Cervera.

Eran las nueve de la noche y Cervera no tenía humor para pelearse con las sábanas. Ya en su departamento, se acostó en el sillón y comenzó a asociar las relaciones sentimentales o de placer entre la actriz Dalila Estrada y los diplomáticos de ambas embajadas con la desaparición de Padilla. Empezó a trazar teorías de conjuntos que a lo largo de un relato deberían terminar en el último nudo de la historia con los culpables del secuestro tomados de las greñas, Emilio Padilla con su familia y él con sus fajos de billetes calificando el desfile de pompis en una palapa de Acapulco jaibol en mano y una morenaza de sabor susurrándole cochinadas al oído. Sabía que las causas del arresto de los dos mexicanos, veinte años atrás, tenían poca relación con el secuestro de Padilla.

Despertó dos horas después con el sombrero aplastado. “¡Chingao!”. Se tomó la cabeza, se talló los ojos y caminó hasta el refrigerador. Bebió un vaso de leche con Choco Milk.

A las once de la noche cerró la puerta del departamento. Antes de llegar a la esquina de Bolívar y El Salvador pensó en visitar una vez más al Chivo. Entró a la cantina La India, saludó a Juanito, el mesero de toda la vida, y pidió permiso para usar el teléfono. Sentado frente a la barra, un tipo con cara de estreñido tomaba una cerveza aparentando indiferencia ante lo que pasaba alrededor. Cuando no empujaba la botella, se concentraba en un crucigrama lleno de tachones. En la mesa del fondo, un hombre aún más solitario, fornido y pelado casi a rape, echaba tragos de Bacardí sin separar la mirada de los papeles de divorcio que guardaba en un folder amarillo, junto a la charola de cacahuates. Cervera discó el número de la casa de Robles. Contestó

una voz soñolienta que se transformó en un reclamo cuando reconoció la voz de su colega:

—No jodas, Nacho. Son las once de la noche.

—¿Cómo que no moleste? Tu amigo está desaparecido. No sabemos nada de él y me mandas al carajo. ¿No que mucho amor por Padilla y Hernández? Se me acaba de ocurrir algo. Le he dado vueltas a todo lo que nos dijo el Chivo. Tengo la impresión de que se nos anda haciendo guaje. Los dos que lo cuidan, Lucio y Apolo, ¿qué tan confiables son si les pedimos que le den un calambrito?

—Lucio tiene corazón de pollo. Casi se ha convertido en la mamá del Chivo. Apolo es distinto. Nunca lo duda cuando se necesita dar manotazos. ¿Tienes alguna idea?

—Necesitamos que Apolo use métodos menos ortodoxos para que el Chivo suelte toda la sopa.

—No seas cruel, Nacho. Rizkovski casi es un moco pegado en la pared, ¿y aun así quieres darle un calambrito?

Antes de que su perorata en defensa del tehuacanazo, la tabla y el submarino llamara la atención de los parroquianos, Juanito le obsequió un trago de whisky y con una mueca le señaló a su vecino de la barra. El tipo del crucigrama lo observaba por el espejo disimuladamente. Cervera bajó la voz, pero sin dejar de insistirle a su colega.

—No, Chito. Padilla sigue desaparecido y de Hernández no sabemos nada. Ese pinche Chivo tiene que colaborar, por las malas o por las de ojetes.

—Si no queda de otra, está bien. Pasa por mí en veinte minutos. Ricarte número 71, Lindavista.

Colgó.

Con la mirada, su mesero seguía indicándole la presencia del otro parroquiano, del intruso, la amenaza de que irían por él.

En unas horas se habían percatado de que, sobre toda camaradería, Chito y él compartían un profundo sentido práctico. A diferencia de Tomás Hernández, quien negaba los abusos del bando en el que combatió en la guerra de España, engeguccido por la lealtad a sus muertos, ellos dos habían desarrollado una especie de código pragmático que los emparentaba con los personajes más astutos, ventajosos y caraduras del partido gobernante. La única diferencia era su grado de cinismo e indolencia. Uno a uno, sometidos a la prueba del ácido de sus acciones públicas y privadas, habían decidido disfrutar de las oportunidades que sus puestos, su fuerza, su astucia y sus círculos de amistades les daban. Ahora entendían que la única condición que los tenía amarrados y haría que se entendieran en toda esta aventura que estaban iniciando juntos era su innegociable respeto mutuo.

Al momento en que el vecino, al otro lado de la barra, dejara caer su crucigrama e intentara joderlo, Cervera no dudaría en desenfundar la Ruger y mandarlo al departamento de carnes frías. Sin piedad, pero tampoco con saña. Dos balazos, los necesarios para dejar un cadáver, no como trofeo sino como mensaje de que el respeto se gana con naturalidad y se conserva sin vanaglorias, suavemente, como no queriendo.

Nicolás llegó a casa de Chito minutos después que Cervera, quien ordenaba sus ideas e intentaba dar coherencia a los datos proporcionados por el Chivo antes de ese segundo interrogatorio.

—Tú manejas —ordenó Chito mientras le arrojaba las llaves a Cervera.

“¡Qué huevotes!” , se dijo el detective al cachar las llaves. No le gustó ese modito de tratarlo como su chalán enfrente de su propio ayudante. Comenzaban mal.

Soportó el mal trago y lo presentó con su asistente:

—¿Ya conocías a Nicolás? Nos va a ayudar en algunas tareas logísticas. Así como le ves su cara de pendejo, sabe mucho de cables, líneas de teléfono y esas cosas.

Cervera explicó sus sospechas sobre el Chivo. Chito observó a Nico por el retrovisor y dijo:

—Le voy a dar a tu amiguito algo que le puede servir —de la sobaquera sacó un viejo revólver y se lo entregó a Nico—. Lo siento, camarada. Pero la culpa es de Cervera por no avisarme que vendría acompañado.

Nicolás le guiñó un ojo como aprobación de la disculpa.

Circulaban sobre Insurgentes a la altura de La Raza. En el trayecto, Cervera pensó conveniente dividir el trabajo. Pero antes necesitaba saber quiénes pondrían sus riñones, es decir, su esfuerzo, para traer de regreso a un loco comunista desaparecido en el aeropuerto y a un español exiliado en México que se había esfumado con sus doscientos mil dólares.

—¿Qué han dicho los del comité? —preguntó Nicolás a Chito. La voz del amigo de Cervera se hacía sentir en el interior del auto. Era un sonido seco y cavernoso en el fondo de ese tipo reservado que

viajaba en los asientos traseros con los brazos cruzados, indio yaqui, bien vestido, que además de cabalgar a pelo y cazar con honda conocía los tejes y manejes de la telefonía por los cuatro años que había cursado en el Poli y sus bisnes en Teléfonos de México.

—Están cagados de miedo —respondió Robles—. ¿Te imaginas? Buscan a un camarada y les desaparecen a otro. Empiezo a figurarme que hay algo más gordo en este lío.

—Yo también —dijo Cervera—. Ahora, Chito, lo que pienso es que deberás concentrarte en calibrar lo que se dice en el partido. Los conoces, eres parte de ellos. Debemos empezar a trabajar como si de veras fuéramos unos pinches investigadores, y sobre todo porque quiero mi dinero. Mañana mismo, en la tarde, danos un reporte de lo que pasa en esa olla de grillos. Quiero saber cuáles son los grupos ahí dentro, nombres de los líderes, de qué viven, si tienen negocios, así sean dueños de un pinche puesto de pepitas, de una vulcanizadora o de un congal, el nombre de sus hijas, sus amantes y hasta las vacunas de sus perros. Todo lo quiero ahí.

Subieron el puente de Nonoalco. A mitad de ese puente vehicular miraron la ciudad a sus pies: era un tapete de luces artificiales, casi un espejo del firmamento nocturno que corría en el cielo. Eran dos praderas gemelas, inversas, respirando y gimiendo de frío por la brisa nocturna. A lo lejos corría la cadena de cerros que miles de años atrás estancaron el agua de las lluvias para formar un charcote que los mexicas bautizaron con el nombre de Anáhuac. Entre la ciudad y las laderas, una veintena de pueblos serpenteaba el valle.

—Mañana pediré cita con el secretario de Gobernación. Para entonces quiero que cada uno de ustedes me dé una foto para ponerla en las charolas que les voy a conseguir. Ese cuate le debe muchos

favores a mi papá. Sin duda va a patalear, pero no le quedará de otra más que ayudarnos.

En esa ciudad, un monstruito en gestación y en eterno crecimiento, nunca falta el piloto mala copa con aspiraciones de embarrar su cráneo en el asfalto. Por lo general, justifican sus desfiguros y volantazos temerarios con la frase “borracho manejo mejor”, para minutos después dejar una estampa de materia humana en la avenida, escena que algún fotorreportero de nota roja inmortalizará con un clic. Pero quien manejaba la camioneta que desde hacía minutos seguía el auto de los detectives no era de ese tipo de persona. A la distancia, Cervera distinguió los movimientos sigilosos de aquel conductor. Puso al tanto a sus compañeros de lo que sucedía. Sólo por hacer una prueba, aceleró para saltarse la luz roja del semáforo. La camioneta aceleró también y a mitad del crucero esquivó un auto que entre mentadas de madre de su conductor amarró las llantas en el asfalto para no estrellarse con ésta.

En ese momento, Cervera descubrió que las balas tienen dos voces: la primera es un estruendo aterrador que despierta a los vecinos, alerta a la policía y patear la reja del perro; la segunda es un zumbido en el oído, es el susurro de la muerte. Cervera no recordaría el estruendo del primer disparo, pero sí el del proyectil que cortó el aire al lado de su oreja cuando dio el volantazo en la primera calle. Todos sacaron sus armas y se unieron a la marea de balazos cruzados. Disparó a las llantas de la camioneta, que no detuvo su camino y pasó frente a su improvisada trinchera sin dejar de soltar una ráfaga de balas que se fueron a incrustar en la cajuela del auto, en un poste de luz y en los cancelos de una casa vecina. Sin dejar de recibir respuesta de la gente de Cervera, los hombres que viajaban en la camioneta continuaron su rumbo hacia el sur, sin ninguna de las llantas ponchadas pero

con algunos orificios en el costado. Nico, Chito y Cervera seguían disparando casi a ciegas, sin saber si estaban cagados de miedo o de coraje, con las quijadas apretadas, asomando un poco la mirada, echando bala en dirección a sus atacantes.

El rugido del motor se confundió con los disparos hechos por Chito, que a mitad de la avenida terminó de vaciar su arma y lanzar mentadas de madre cuando se quedó sin parque y con el sonido del percutor en un ridículo eco de su encabronamiento. No hubo sangre, sólo casquillos esparcidos de ese granizado de proyectiles que habían atravesado a diestra y siniestra. La fiesta de las balas era un coro de voces cavernosas que los tenía al borde de la incontinencia, una sentencia que les había salido muy barata. La avenida de los Insurgentes, con la luz de los faroles rebotando en el asfalto, el ejército de grillos silenciado por la pólvora y los perros en una competencia endemoniada de ladridos, era la escenografía perfecta de su frustración. Las patrullas, con sus aullidos *in crescendo*, anunciaban el inminente arresto. Sería una gran noche.

*

El comandante Narvárez azotó los limones en la tabla. Sacó un cuchillo del cajón de su escritorio y carraspeó sus flemas con la misma furia con la que cortó los limones. Exprimió el jugo sobre la carne molida que se cocinaba en el refractario. El bochorno saturaba el sótano del Ministerio Público de tal forma que las gotas de sudor escurrían por las mejillas de Cervera. Narvárez parecía ignorarlo, aunque Nacho tampoco esperaba caravanas.

Después de darle vueltas a la carne, Narváez dejó caer sus nalgas chatas en la silla, sacó unas hojas blancas y las metió a la máquina de escribir. Antes de tomar la declaración del detenido llamó a gritos a su asistente, quien apareció con un salero y un frasco. Cervera no sabía si el olor a vinagre venía de la botella o de la camisa percutida de Narváez. Chito y Nicolás habían hecho su declaración y permanecían en los separos en espera de fianza. El comandante roció unas gotas de ese líquido en la carne molida.

Después de la balacera, los vecinos de la colonia San Simón llamaron a la policía y los patrulleros treparon a los detectives en esas patrullas apestosas a orines. En el MP de Revillagigedo se toparon con el bicho de Narváez: chaparro, mandón y con la nariz repleta de venillas capilares. Era una fresa a punto de partirse en dos. El resuello casi agonizante era efecto de la obesidad.

La declaración fue rápida, y durante ese mismo lapso la carne burbujeó por el efecto de las especias. A Cervera sólo le restaba dar sus datos generales. “Las oficinas judiciales rebosan de pendejos que hacen esto en el último momento”, pensó.

—No cree que ya está bien cocida esa carnita tártara, mi comandante —dijo Cervera.

Narváez lo miró con desprecio y continuó su labor. Carraspeó una vez más e inició el interrogatorio:

—¿Edad?

—Suficiente para darme cuenta de lo que hace —respondió señalando la máquina de escribir.

El ayudante lo tomó de las muñecas y lo condujo a un lado del comandante, que le señaló el oficio con un gesto de hartazgo. Asintió con una sonrisa burlona.

—De cualquier manera, tendrá que leerlo antes de poner su firma —le dijo Narváez al momento en que sacaba una bolsa de galletas saladas—. ¡Su edad, Cervera! ¡No le juegue al listo! —insistió.

—Treinta y cuatro.

—¿Dirección?

—El Salvador 19, departamento 16, y soy hijo de...

—¡Eso ya lo sé, y también sé que usted es un pinche gracioso hijo de puta! —le dijo con la misma delicadeza con que le dio una cachetada en la quijada. El asistente levantó a Cervera del suelo, sacudió el sombrero y se lo colocó de nuevo. El comandante se dirigió a la ventana y cerró ambas persianas. A Cervera—: Pinches júnior, siempre cantando el pedigrí en donde quiera que van. Como si no pudieran hacer nada por sus propios méritos. Sin tus apellidos no eres nada, Cervera. ¿Entiendes? Nada... Ahora, vamos a dejarnos de mamadas. ¿Qué chingados hacía en ese carro y por qué chingados anda echando bala a lo pendejo?

—Eso no tiene importancia, comandante. Lo que importa es que detuvieron a las posibles víctimas y no a los victimarios.

—¿Qué intentas decir? ¿Sabes que si se comprueba que mientes te vamos a meter la sin hueso tan adentro que te volverá a cambiar la voz?

—Más respeto, comandante. No le he dado permiso para hablarme de tú. ¿O qué? ¿Cuándo nos fuimos a robar juntos? —reclamó Cervera con la frase robada a Hernández, el desaparecido.

Narváez se jalaba los tirantes con una mano y con la otra se atusaba los bigotes. Caminó hasta el escritorio, tomó una galleta, le puso una cucharada de carne tártara y la devoró de un bocado. El resuello dobloteó su ritmo de respiración, hipertensa y diabética.

—Tus amigos declararon.

—¡No me diga!

—Sí. El flaquito es más terco. Tal vez sea por la peda que se puso en la tarde.

—Robles no bebe.

—¿Cómo chingados no? —dijo Narváez en lo que parecía un reclamo. Tomó un folder de su escritorio y lo abrió en el acta del médico legista, según la cual Chito Robles llegó a la comandancia en estado etílico.

—Él no toma. No le creo.

—Yo también quisiera creerlo, pero ¿sabe qué?, el oficio nos obliga a ser un poco duros. El flaquito me cae bien, pero las leyes son las leyes, Cervera. Y mi trabajo es hacerlas cumplir, no tentarme el corazón —el ujier había dispuesto varias galletitas con carne tártara en forma de canapés. Eso habría fascinado a los amigos que Cervera tenía en el hipódromo—. No se espante. Sus amigos le jugaron una trampa. Ya sabe usted que así son los rojillos —dijo el mandamás tomando un canapé. Se lo llevó a la boca y ordenó quitarle las esposas a Cervera—. Tómese un aperitivo antes de pasar con el médico legista. Yo creo en usted y sé que nunca haría una canallada. Los ojetes son ellos, que lo metieron en este pedo —Cervera se sobaba las muñecas—. Yo conozco a su padre. Sé que los Cervera no se prestan a engañar a la justicia —dijo Narváez.

¿Quién no conocía al padre de Cervera, diplomático de carrera, cónsul y embajador en varios países de América y Europa?

La charola de galletas continuaba frente a Nacho. El ayudante le insistía que los acompañara en su cena.

—Déjeme leer el acta.

—Está bien —dijo el comandante—. En cuanto termine puede retirarse —Cervera firmó su declaración. Todo aparecía como lo había relatado. Tomó su *blazer* y se dirigió a la puerta—. Oiga, Cervera —lo llamó Narváez—, ¿no cree que es mejor llegar a tiempo que ser invitado? Cómase una galletita antes de pasar con el médico legista.

Cervera se acercó, tomó el frasco de vinagre, lo destapó y confirmó el tramposo juego que le habían montado.

—Lo siento, mi comandante. Esto no es vinagre, y no me gusta el ron con limonada.

Salió de la oficina. Desde el interior se escuchó el ruido de la charola al estrellarse contra la puerta.

Nicolás y Robles lo esperaban en el café Palermo.



A Rusia llegué con un diccionario manchado de pipián y un pasaporte con nombre falso. El día que nos presentamos ante la autoridad del partido en San Petersburgo, la ciudad más hermosa de todas las que conocí en Rusia, les di mi verdadero nombre: Emilio Padilla. En el poco más de un año que estuvimos en Moscú, los internos de la Escuela Leninista Internacional habíamos pasado del entusiasmo a la decepción y al completo rechazo de muchas decisiones que se estaban tomando. Mentiras del gobierno, abusos judiciales y crímenes en contra de dirigentes que cometieron la imprudencia de decir lo que pensaban me llevaron a cambiar muchas de mis posturas sobre ese paraíso que nos habían vendido. Y así lo dije en una de las reuniones semanales que hacíamos los estudiantes: “Cuando regresemos a nuestros países debemos decir la verdad

de lo que somos testigos”. Por respuesta recibí el abucheo de la mitad del auditorio, compuesto por adictos a las ideas estalinistas y por maestros de la simulación. Del otro lado, recibí el silencio de mis demás compañeros, a quienes no puedo acusar de pusilánimes. ¿Fue una imprudencia mía levantar la voz en esas circunstancias? No lo sé. Si en ese momento hubiera tenido una varita de clarividencia que me permitiera ver el futuro, seguramente habría cerrado el pico. Aunque, con mucha seguridad, la providencia o las ambiciones de los fiscales penales —que parecían competir por ver quién llevaba más infelices a la cárcel— habrían encontrado otro motivo para que me devoraran los chacales.

Estas vueltas de la vida me han llevado a pensar en lo que hacíamos. No éramos más o menos ambiciosos que los dirigentes de otros partidos. Yo los conocí muy bien. Hoy, no me da miedo decir la verdad. Tengo que sostenerlo. Los que ambicionan el poder tienen una repulsión enfermiza contra la verdad. El problema es que para mí siempre estuvo primero mi verdad, aun cuando pasara por encima de los demás.

Todos damos vueltas en este chiringuito que es la vida. Un día podemos ser los acusadores y al día siguiente somos nosotros los acusados. Fui un hombre completamente entregado al partido. Incluso llegó un momento en que puse a mi familia en un segundo lugar de importancia. El sectarismo se viste de las mejores causas y los más entregados militantes podemos ser también los verdugos o soplones de nuestros compañeros.

Octavio fue el único compañero al que condené a la humillación por el mismo atrevimiento que tuve un par de años después en Rusia: estar en desacuerdo con la dirección del partido, decir lo que pensaba y disentir de la dirigencia. Ya nos habían llegado informes de sus opiniones. No pretendo exculparme, pero creo que debemos entender cómo se las gastaban el gobierno y los generalotes. Nosotros vivimos también la

persecución durante muchos años. Las traiciones se cultivan en lo oscuro y se cosechan sin aviso. Los generales podían jurar lealtad al presidente y dos días después estaban alborotando a la tropa. Las traiciones llegan de quien menos lo esperas. Esos años eran de una levantisca casi hormonal. El primer traidor a veces podía ser alguien de tu círculo más cercano. Ninguna ofrenda garantizaba su lealtad. Antes que someterse, muchos de ellos preferían dejar el cuero en un campo de batalla, achicharrado por el sol y con un nidal de moscas en la garganta. El poder estaba a dos patadas. Sólo bastaba con estirar la mano para hacerse de una rebanada. El problema era que no alcanzaba para todos, y ahí era cuando empezaban los carajazos.

Octavio, el Gato, no estaba solo. Ya se había hecho de varios cómplices en el sindicato metalúrgico que le habíamos encomendado para la organización obrera. En una reunión anterior a la de su expulsión estuvimos a punto de llegar a los golpes. No sé por qué, pero sus comentarios se habían ensañado especialmente en mí contra. Me había llamado el Robespierre del partido, tiranito, rey chiquito y energúmeno. El muy ingrato, olvidando todas las veces que habíamos abogado por él cuando lo metían en prisión. Yo personalmente lo fui a sacar dos veces de la bartolina, una de ellas cuando estaban por sumarlo a la cuerda de presos para las Islas Marías. Gracias a mí, no tuvo que pasar las calamidades que otros sí padecemos. Y así me pagaba, el hijo de la chingada, con calumnias, falsedades y payasadas. En cuanto se tocó el tema de su expulsión y de los otros barba-janes que lo acompañaban, me lancé a enumerar las veces que había venido a rogarnos ayuda. Me seguí con la carpeta que le habíamos hecho con todo lo que hizo a espaldas de nosotros: negociaciones estériles con la patronal de La Consolidada —la fábrica en la que estaba asignado— y, lo peor de todo, su correspondencia con el hijo de Trotski. Las cartas eran

para nosotros la principal evidencia de su deslealtad, el nudo por el que lo agarraríamos de los huevos para que confesara todo y lo echáramos del partido con una patada en el trasero. Los principales orquestadores de esa expulsión éramos Lorenzo y yo. Para nosotros, no había cabida en el partido para ese puñado de ratas. Porque lo eran: unos bichos infectos sin el menor de los derechos. Pero Lorenzo y yo nos íbamos a topa con el gordo Rivera. A punto estuvimos de llegar a los balazos. Sabíamos que ellos iban armados y nosotros llevamos también nuestro cuete bien escondido debajo del cinturón por si se necesitaba. Por fortuna, ni ellos ni nosotros hicimos la pendejada de agujerearnos el cuero.

Ahora, pasados los años, tengo la claridad para decir que a Octavio le negamos el derecho a defenderse y a nosotros, la oportunidad de ser congruentes.

Pero unos meses más tarde pasé de acusador a acusado. Después de repasar mi vida al lado de Cecilia, los pocos meses que conviví con mi hijo, aún de brazos, y la esperanza de hacer una vida como un respetado abogado laboral, recordé mi afrenta con el Gato. La única diferencia fue que nuestra acusación era totalmente verdadera, sustentada en pruebas y testigos. A mí ningún testigo me sostuvo la acusación. No hubo careos ni pruebas ni derecho a la defensa. Un día estaba tomando clases como cualquier otro alumno de la Escuela Leninista Internacional y veinticuatro horas después me hallaba en la zona de ingreso del penal de Lubyanka, ese armatoste de concreto y acero, catedral de la tortura y cementerio silencioso de los miles y miles de infelices que fueron a parar ahí con menor suerte que la mía.

Hay veces que la desgracia llega con la mejor de las sonrisas. Tú la crees un regalo de la providencia, cuando en realidad se trata de un heraldo funesto. Ella era la camarada Olga. Nunca supe cómo definirla,

hasta que regresé a México y escuché esa canción tan hermosa que dice: “Hay unos ojos que, si me miran, hacen que mi alma tiemble de amor...”. Pues, esa noche, Olga llegó a mi recámara. Iba sola, con una bolsa de bombones cubiertos de chocolate. Me dijo que era un regalo por todo lo que había hecho por ella. Pues sí. Yo había intervenido por ella en un lío en el que se había metido semanas atrás. Y me lo pagaba con ese regalo, un artículo complicadísimo de conseguir en esos años. Ahí se estuvo, como media hora, platicando conmigo, o, mejor diría, en un estúpido soliloquio que después sabría hacia dónde iba. Ella, tan encantadora, se estaba lavando la cara por mi detención. Comenzó así: “¿Cómo está su hijo, camarada? Ya debe estar hecho un principito, tan guapo como su padre. No se vaya a regresar a México sin que vayamos a acampar y a remar. Hay un sitio encantador que me gustaría mostrarle. Es un lugar despoblado, pero muy seguro para nosotros, dos almas solitarias a quienes la adversidad y nuestra convicción por la verdad los obligó a enfrentar las mismas calamidades”. Y así se la llevó un buen rato. Cuentan que cuando una persona no quiere que llegues a intimar con un tercero suele crear una especie de leyenda negra sobre esta persona objeto de sus celos: “¿Has visto que tiene cara de desquiciado?”, “Tu nuevo cliente es un energúmeno. Me han hablado las peores cosas de él”, “Ni te enamores de esa chamaca. Me han contado que es putísima”. Hay personas que fingen inocencia para ocultar su naturaleza utilitaria, interesada y manipuladora. Una de éstas era Olga, esa rusa de naricita respingada, ojos de brillantina y piernas trituradoras.

Pero su visita era la visita de Judas. El beso que me dio al despedirse era su asidero a la libertad y el pago por el pacto que había cerrado con el fiscal, quien le había concedido la impunidad por nuestras imprudencias a cambio de entregarle a uno, sólo uno de quienes había involucrado en

sus disparates. Pero no sólo entregó a uno; fuimos dos los desgraciados detenidos esa noche. Al cerrar la puerta, me quedé dándole vueltas a toda esa situación. Nunca se me había ocurrido invitarla a mi recámara, por más tentaciones que ella provocaba en mí. Y esa noche, sin habérselo pedido, llegaba a mi puerta con total ofrecimiento para invitarme a un día de campo que, ella sabía muy bien, nunca iba a ocurrir. ¿Qué hora era? Quizá las once o doce de la noche. Los pasillos de los dormitorios ya estaban a oscuras. El Chivo, con quien yo compartía cuarto, me había avisado que llegaría al otro día de una práctica de campo en una granja. Ellos, mis verdugos, llegaron unos minutos después de la partida de Olga. El agente que te esposará y será el primer escalón de una condena de veinte años no se distingue de un agente de ventas. Te sonrío, te da la mano y, con toda amabilidad, te pide permiso para entrar y entregarte un recado urgente. Le ofreces una silla y te sientas en la cama para escuchar su encargo. Podría estar leyendo el manual de una licuadora, si es que efectivamente se tratara de un agente de Mabe, Whirlpool o Black & Decker. Pero no, es el citatorio de la fiscalía para que te presentes inmediatamente, sin margen para el desacato. No entiendes y pides que te expliquen, ¿cuál es el cargo?, ya se te informará, ¿dónde está mi abogado?, usted no tema, si coopera, todo saldrá bien. Entran dos hombres más que esperaban al otro lado de la puerta. Sabes que en la cintura, debajo del abrigo, llevan una cachiporra y una escuadra por si te resistes. No es necesario. Tomas tu abrigo y tu sombrero, sales con la mayor dignidad que la circunstancia permite. Sabes que el resto de los compañeros de la escuela te observa por el visor de sus puertas. Lo sabes porque no eres el primero, y eso mismo que ocurre contigo sucedió con Olga dos semanas atrás. La misma que hoy te entrega con una caja de bombones que arrojas en el bote de basura y que uno de los agentes recoge para regalo de su

esposa. Sabes que los compañeros, los camaradas, te observan, porque tú fuiste uno de ellos, de esos mirones que desde el otro lado de la formica esperaban el llamado de regreso a sus países para salir huyendo de esa ruleta de desgracias.

Se me acusaba de sabotaje y asociación terrorista. Lo único que yo alcanzaba a comprender era que me imputaban el hecho de haber recibido de mi amiga Olga algunas lecturas de León Trotski, ese repudiado prófugo de Stalin que peló su cochino aquí en Coyoacán. Sí, haber recibido esas lecturas, sin solicitud mía. Un día, así nomás, al salir de una de las clases que teníamos todos los estudiantes latinoamericanos, me dijo: “Ten esto. Léelo. Te puede interesar”. Cuando supe de qué se trataba, tiré ese panfleto a la basura y busqué la manera de mantenerme alejado de Olga; procuraba evitar que se me acercara, incluso que me dirigiera la palabra, para que no nos relacionaran. Ahora andan diciendo algunos malintencionados que escribí barbaridades en los baños de la escuela. Consignas y proclamas en contra de Stalin. ¿Cree usted que en medio de los juicios de Moscú, esos lamentables montajes de justicia en los que se envió al paredón a decenas de hombres decentes, iba yo a cometer la estupidez de arriesgarme por una niñería así? Ahora sé que todo lo que hizo Olga fue una trampa armada por ella misma para zafarse de las acusaciones que semanas atrás habían echado en su contra. Mi único error fue decir la verdad. Ella sólo me cambió por su libertad.

Quienes hemos pasado tanto tiempo encerrados o en confinamiento, al salir levantamos nuevos muros de culpas y rencores. Uno se dice a sí mismo: “Pude haber hecho más para impedir que sucediera esto”, “Todos sabíamos que podía pasar esto y aun así insistí” o “Estos desgraciados me abandonaron a mi suerte”. Después de tanta alharaca descubres que no todo dependía por completo de ellos ni de ti. Allá afuera hay una

vorágine a punto de tragarte: son la Caribdis de la ideología y la Escila de la ambición. Casi nunca hay elección.

*

Esa noche, Cervera llegó al departamento en compañía de Chito y Nicolás. No podían estar más tiempo con las espaldas descubiertas. A excepción de Cervera, que perdió casi una hora en una pelea a muerte con el calefactor, sus compañeros se quedaron dormidos apenas tocaron los sillones. A la mañana siguiente, tomaron un desayuno bien surtido para luego dividirse las labores del día. Antes de ordenar su bitácora, Cervera tuvo la sensación de que algo no cuadraba con todo lo experimentado en los últimos días: la desaparición de Hernández y la celeridad con que estuvieron listos los carteles de denuncia. También era mucha casualidad el hecho de que Chito Robles se hallara en las oficinas del comité cuando llegó el pitazo.

—¿Recuerdas la hora exacta en que llamaron al comité? —preguntó a Chito mientras les servía el desayuno.

Chito titubeó, observó a Cervera de forma escrutadora y encendió un cigarro en un intento por ocultar su incomodidad. Nicolás estuvo atento durante todo el interrogatorio, masticando sus *pancakes*. Hasta ese momento, Cervera no le había dado a Robles mayores detalles de su cita con Hernández. En efecto, al salir de la iglesia, Hernández tomó hacia al poniente, rumbo a la Ciudadela. La credibilidad de Chito dependía de sus respuestas. Si la hora en que recibió la llamada de aviso correspondía con sus cálculos, podría sentirse en paz

con su huésped, y viceversa. Pero si su relato era una serie de incongruencias, Chito tendría que buscar a uno más tonto que Cervera.

—Las horas se nos van muy rápido en las oficinas. No recuerdo con precisión —dijo. Sus ojillos se movían de un lado a otro.

—Vamos, Chito. No te cuesta nada hacer un esfuerzo —insistió Cervera.

—Estábamos por salir cuando sonó el teléfono.

—¿A qué hora acostumbran salir?

—Once, once y cuarto. La mayoría vive en zonas cercanas y no tiene problemas por quedarse hasta tarde.

—Te creo, Chito. Y quita esa cara de engreído, que no estás hablando con Narváez —dijo Nacho para destensarlo.

Robles exhaló el humo de su cigarro y volvió la vista a la ventana. Parecía un niño recién regañado. Decía la verdad, aunque su versión no correspondía del todo con los cálculos de Cervera. Chito tomó los cubiertos y Nicolás le ahorró la molestia de bañar sus *pancakes* con miel de maple.

—¿Tienes idea de lo que pudo pasar con el portafolios que llevaba? —preguntó Cervera.

—Lo más seguro es que se lo hayan quedado los milicos.

—Menudo favor les hizo, ¿no lo crees? Pudo haber pasado a las oficinas a dejarles la marmaja y después ir con su changuita —comentó Nicolás.

—Cierto, muchacho. Y esto me da mucho en qué pensar.

Por sus cejas fruncidas supieron que los tres tenían la misma sospecha. La posibilidad de que Hernández se hubiera fugado con el dinero llevó a Cervera a proponerles que se pusiera vigilancia a la prometida de aquél, día y noche. Si desaparecía repentinamente,

podría llevarlos al paradero de Tomás. Pinche Tomás. Lo tenía bien calculado.

El teléfono sonó. Era Narváez.

—¿Señor Cervera? —preguntó. Voz altanera—. Acabamos de descubrir algo que quizá le interese.

—Lo escucho.

—¿El comité al que usted pertenece levantó hace unos días un acta por la desaparición del señor Tomás Hernández Villa?

—¿Tienen alguna noticia?

—Sí, Cerverita. Y le recomiendo que se haga de una silla: encontramos a su amigo en compañía de su prometida.

—¿Intentaban huir del país?

—Ya no están en el país... ni en este pinche mundo. Hace un par de horas la sirvienta los encontró listos para el departamento de carnes frías.

—¡Chingada madre! —dijo Cervera. Chito y Nicolás se acercaron todo lo posible para escuchar el resto de la conversación.

—No. Más que de mierda, parecían una *lasagna* sanguinolenta —Narváez intentó reír a propósito de su comentario. Del otro lado de la línea se mantuvieron serios. Detuvo sus bufonadas—. Bueno, Cervera, ya se los chingaron. Si se da prisa, puede llegar antes de que levanten los cuerpos.

¡Suerte perra!

El edificio estaba acordonado por la policía. Dos ambulancias del forense esperaban en la esquina de ese edificio de departamentos en la colonia San Cosme donde la novia de Hernández vivía con su padre. Estacionaron el vehículo en la esquina más cercana. En el retén se toparon con el Mojarras, uno de los achichincles de Narváez, que los dejó pasar luego de un pequeño arreglo monetario.

—Estos muertos de hambre matarían a su abuela por un chesco —reclamó Nico.

En las escaleras, los recibió el perito responsable de levantar las pruebas del crimen, un tipo amanerado pero con fama de asesinito.

—Fabián Almeida, pero me pueden decir Fabi a secas —se presentó extendiendo la mano.

—Déjese de formalismos —dijo Robles enfurecido.

—Claro que sí. Síganme —dijo el perito, que giró sobre sus talones y movió la cadera, dándose paquete.

En el tercer piso había dos fotógrafos de nota roja con bata de médicos legistas. Cervera los conocía muy bien porque ambos habían pasado por la redacción de *El Nacional*. A él le había correspondido darles una patada en las nalgas y despedirlos con un finiquito miserable cuando llegó a oídos del director que se dedicaban a chantajear sin ningún recato a los dueños de puteros, estanquillos y congales. No los habían corrido por cabrones sino por guaguarones y por no pasar su raja a los jefes. El pretexto fue lo de menos.

Nicolás intentó ahuyentarlos a mentadas de madre. El Mojarras ordenó a sus hombres que retiraran a los periodistas y en un par de minutos sólo quedaban el grupo de peritos y los tres improvisados detectives.

El cuerpo de Tomás estaba en el sillón individual, sentado, con las manos sobre las rodillas, la cabeza hacia atrás y el sombrero sobre el rostro. La nata sanguinolenta en que se había convertido la tapicería demostraba que lo habían ejecutado en ese mismo sitio. El Mojarras tomó unas pinzas y levantó el sombrero de Hernández. En la frente de Tomás había un boquete enorme, que de haber sanado habría ganado el primer lugar en su colección de cicatrices cacarizas. Pero ésta nunca cerraría, al igual que la rabia de Cervera contra los que hicieron semejante chingadera. A la novia la encontraron en su cuarto, acostada sobre la cama, amordazada y con algunos signos que el perito llamó simplemente de “brusquedad”, como si los asesinos no hubieran recurrido a la brusquedad para matar a su amigo.

En el cesto de basura encontraron la jeringa con que habrían dormido a la mujer. Los asesinos estrangularon al padre de la muchacha en la bañera. Robles parecía impasible, caminaba detrás de Cervera sin hacer un sólo comentario.

Los vecinos coincidían en sus declaraciones. Durante la noche habían escuchado que tenían el fonógrafo encendido, como en otras ocasiones. Sólo que esta vez su afición musical se había extendido más tiempo de lo rutinario. La reconstrucción hecha por el Mojarras concordaba con la de Cervera: entraron por la noche, sometieron a la mujer y la narcotizaron hasta provocarle la muerte; mientras, estrangulaban a su padre, en tanto que Tomás era torturado para después recibir una bala sentado en el sofá de su suegro. ¿Treinta, cuarenta minutos tardaron los asesinos? Quizá menos.

—Tan buen aspecto que debió tener, ¿verdad? —dijo Fabi, el perito, señalando lo que quedaba de Hernández.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nicolás.

—Pues sí, que era un ejemplar de macho, ¿no?

—¡Hijo de puta! —gritó Robles antes de arrojarlo sobre el perito. Lo tomó de las solapas, lo estrelló contra la pared, lo levantó con ambos brazos y lo azotó en la duela, donde le recetó una tanda de patadas. Cervera y Nico lo dejaron hacer. Fue el Mojarras quien tomó a Robles por el cinturón y lo arrastró hasta donde estaban sus compañeros.

—Tome, Cervera. Amarre a este perro si no quiere que le pongan en la madre.

Nicolás se llevó a Chito y en ese instante llegó Narvárez, con su nariz varicosa.

—¿Qué pasó, Mojarras? ¿Quién le puso en la madre al Pimpollo? —preguntó.

—Ese pinche perro amigo de Cervera.

—Sí. Lo vi cuando bajaba con un pinche indio. Y tú —dijo dirigiéndose al Pimpollo, Fabián o simplemente el mayate—, ¿cuándo se te va a quitar lo pendejo? Serás muy puto, pero debes de ponerte chingón. No quiero que otra vez te me apendejes.

Fabián, Fabis, también conocido como el Pimpollo, asentía en silencio mientras se limpiaba la sangre que le escurría de la nariz. Narvárez se acercó al cuerpo de Tomás y le dio dos palmadas en el pecho:

—Quihubo, pinche *opciso* —dijo, y luego gritó—: ¿Encontraron algo?

—Sí —respondió uno de los achichincles—. En el baño hay un maletín de cuero.



Usted se preguntará quién puede conocer más a un hombre que su propia esposa. No nos engañemos. Nos podemos conocer en mucho, pero siempre hay una vida secreta que nos guardamos para nosotros mismos y nadie más. Cuando en una pareja las vidas secretas de cada uno comienzan a invadir la vida conyugal, ésta empieza a hacerse cachitos... Le tengo que ser sincera: desde unos meses antes de que Emilio se marchara a Rusia, él y yo, ¿cómo decirle?, ya no sentíamos eso que se llama amor entre nosotros. Había un compañerismo, eso sí, un compromiso por nuestra responsabilidad compartida. Pero sucede que los hombres se marchan, nos dejan aun cuando hayan prometido volver con todo el oro de Alaska, las veinte mil perlas o el tesoro de la Sierra Madre. Emilio siempre fue primero camarada; cuando le quedaba tiempo fue esposo y padre. Sus lealtades estaban con Lorenzo, Adolfo, el cubano Mella, al que mataron tan joven, y ya... ¿Cuándo fue la última vez que lo vi? Fue en la estación de La Villa, cuando tomó el tren a Veracruz. Esto fue en 1935. Lo acompañaba un tal Javier, de apellido medio raro. Se encontraron en el puerto y continuaron el viaje juntos... En la universidad había muchachas que prendían rosarios para que las invitara a tomar un café o de paseo a Chapultepec. Pero él era muy entregado al partido y a los sindicatos que asesoraba. Al final, ésa fue su perdición. Se olvidó de todo, hasta de nosotros, su familia, con tal de obtener un poder que sabía que jamás conseguiría, o que en algún momento tendría que pagar con la vida. Fueron diez años. ¿Se imagina? Diez años en los que no supimos nada. El

desgraciado de Fernán Labrada, entonces dirigente del partido, no movió un dedo por Emilio. Era un miserable. ¿Recuerda cuando casi al final de la guerra se hizo una campaña para restablecer las relaciones consulares con la Unión Soviética? Pues ahí andaba yo, con la esperanza de que eso nos diera alguna oportunidad de traer a Emilio de regreso. Yo sabía que estaba vivo. Desde que se reabrió la embajada en Rusia, no hubo semana en que no pidiéramos audiencia. Más cuando nos enteramos de que estaba vivo... Ya he pasado por todas las etapas. “No está muerto, no está muerto”, me decía. Todas las mañanas era lo mismo... ¿Qué nos dijo Labrada cuando dejamos de recibir cartas? Ese cretino nos dejó solos. Primero nos salió con el cuento de que estaba en la guerra de España. Mentira. Después nos dijo que lo habían mandado a China, en la revolución de Mao. Desde el principio sabíamos que era mentira, pero siempre lo negó... En el 47, cuando Emilio reapareció en la embajada, me visitaron dos agentes de Gobernación. Mi dirección se las había dado el mismísimo Siqueiros, ¿puede creerlo? El puro, el perseguido, el mártir de la revolución resultó amigote de esos matones. Ya se imaginará que me interrogaron, así como usted en este momento. Al menos usted tuvo la decencia de pedirme una cita desde la mañana... Tener a un marido desaparecido es una calamidad que se carga a lo largo de la vida. Es una cicatriz que no termina de desvanecerse. En el momento en que una piensa que es una experiencia ya superada, dominada por la resignación, la presencia del desaparecido te acompañaba como un holograma o un espíritu en penitencia que se puede aparecer en cualquier momento: con las piernas cruzadas sentado en el sofá a un costado tuyo, dándote un saludo tímido al

otro lado de la calle, ayudando a una anciana a cruzar la avenida o paseando con su esposa e hijos en Chapultepec; sí, otra esposa e hijos. A veces piensas que todo fue un invento de él y sus amigos para desaparecerse de tu vida. Y no, resulta que no es así. Él y los suyos seguimos tan indefensos como el primer día.

*

Es un lugar común llamar infierno a las prisiones, trituradoras de carne humana en las que sus engranes más preciados son la misma carne, los huesos, la grasa sanguinolenta de los otros presos. Todos participamos en este molino cárnico cuya existencia depende de machacar otra humanidad. La primera vez entramos como cervatillos, casi como si fuera un juego y la razón de nuestra detención hubiera sido una diablura. En nuestro caso, los comunistas, haber pisado la prisión te daba una especie de bautizo de fuego. Siempre y cuando no rajaras, no entregaras a tus compañeros y te mantuvieras mudo o tuvieras la suficiente inventiva para confundirlos con tus respuestas, esa temporada en el infierno te llevaba de inmediato a la mayoría de edad. Habías soportado los golpes, las torturas y amenazas de la policía. Pero sin darte cuenta ya eras parte de esa sucesión de detritos que los mismos presos lavaban cada mañana para que escurrieran entre jabonadura por las escaleras. Eres uno más en este ciclo de miserias.

En la cárcel pierdes toda la guapura; ahí sólo hay cuerpos entumecidos, una colección de verdugones que con un poco de suerte llegarán al siguiente invierno. Los mejores ejemplos son los propios orquestadores de esta carnicería, discípulos avanzados de los zares, creadores de esos

impecables cadalsos siberianos, y de los monarcas europeos que habían hecho escuela en las selvas africanas medio siglo atrás. Stalin, Yezhov, Beria, eran sólo nombres que se escuchaban como una lejanía y que se materializaban en el celador que tenías enfrente de ti, a quien no podías ver por la venda que te tapaba los ojos pero de quien podías conocer su presencia por el roce de su uniforme, por el paso de sus botas sobre la losa de ese cuartucho húmedo en el que te haría cantar por primera vez. Ésa, justo ésa, era la primera escala en esa larga temporada de tortura que te hace perder el sentido del tiempo, como si vivieras en una nube de gases tóxicos que te conducen a la muerte dos veces por día, pero que están diseñados para que en alguna escala de la agonía te regresen de las greñas a esta apestosa realidad. Más de veinte años después, aún recuerdo sus palabras de bienvenida:

“¿Cuál es tu secreto mejor guardado, mentiroso de mierda? Recuerda que aquí nadie canta a capela”, y el ayudante del celador encendía la tornamesa.

Todos, todos tenemos un secreto vergonzoso del que nosotros mismos no queremos acordarnos porque nos recuerda lo miserables que podemos ser. Los santos sólo existen en las hagiografías. Somos unos pingos embadurnados de hipocresía y buenos modales.

Desperté no sé cuántos días u horas después por el graznido de las urracas. Afuera, desde la ventana de mi celda, pude ver esos pajarracos devorando a las crías de unos gorrioncillos que inocentemente habían hecho su nido en la copa de unos abedules cercanos. A estos días de torturas, que no recuerdo exactamente cuántos fueron, les siguió un lapso en aislamiento.

Esa temporada de tormentos era la bienvenida al periodo de cinco años que pasé en penales soviéticos. Primero en Lubyanka, al que íbamos

a parar todos los detenidos en Moscú y sus alrededores; luego, un par de meses después, me enviaron a Dimitrova, donde la mayor tortura consistía en encerrarte en un ataúd durante veinticuatro horas. A veces no te enviaban solo, sino en compañía de otro preso, con el que tenías que pelear el espacio y el poco aire que entraba por la rendija. Durante los pocos lapsos de conciencia que permitían los golpes, los shocks eléctricos y la somnolencia, me veía a mí mismo como una masa de cartilagos, sangre, baba y pellejo. No existía el otro, sólo eras tú y el dolor de las torturas, el frío, las cicatrices que te escocían la piel y el hambre que te arañaba las tripas. En Butirskaia, a donde me llevaron, creo, en 1938, tuve la misma experiencia, pero con la sensación de vivir en una vaporera. Los presos éramos el ingrediente principal de ese caldo humano. Ahí habíamos abogados, ingenieros, médicos, poetas, entre una multitud de presos comunes, quienes nos pichicateaban las hogazas de pan, se asesinaban por niñerías o nos presumían las causas penales que los habían llevado a estar tras las rejas. Porque el tipo de delito te marca y te clasifica dentro de los estratos sociales de los presos. No es lo mismo un estafador que un asesino, un violador de niños o un parricida, estos últimos odiados por todo el universo carcelario. Algunos de los cómplices que encontré en este penal eran viejos camaradas. No faltó algún héroe de la revolución o un científico brillante que había desarrollado alguna cura contra cierta enfermedad y pagaba el atrevimiento de haber defendido su trabajo frente a los dogmas de la burocracia. Vivíamos en esa celda casi abrazados, como esas galletitas que venden en paquete, sudorosos por el espacio tan cerrado y la saturación de los cuerpos. Las paredes transpiraban nuestro propio sudor; nosotros llorábamos en silencio. Cada cierto tiempo recordaba a esas urracas que había visto desde mi ventana en Lubyanka. Ellas, las más hijas de puta en el universo aviar de la mancha urbana de esa ciudad, eran más

libres que yo y hasta se daban el lujo de devorar a otras aves. Podían hacer lo que quisieran dentro de la gama de posibilidades que su cerebritito les indicara, una libertad que ninguno de nosotros podía ejercer. Creo que el derecho a la vagancia es lo que nos distingue de las bestias. Y no hablo de vagancia como destino, esa situación humillante de la pobreza más extrema, sino de la vagancia por decisión propia; hablo de la posibilidad de transitar, salir a dar un paseo, visitar a algún amigo, comprar los víveres, ir al teatro o al cine, tomar unos tragos en la cantina y salir abrazado de los amigos a cantar canciones románticas frente al balcón de alguna enamorada. La vagancia desde la opulencia se llama socialité, desde la pobreza se llama indigencia y desde la sana medianía se llama libertad.

El encierro te da la claridad para entender cuán cerca y cuán lejos estamos del reino animal. Es una lucidez dolorosa, parida de la desesperación por no saber en qué tiempo vives y qué será de ti. Tu cuerpo reclama la necesidad de expandirse, de ocupar otros espacios, de entrar y salir de esas cavidades cálidas y amorosas que sólo encontramos en nuestra amante. Incluso las caminatas al trabajo o al estanquillo del barrio se convierten para tus piernas en un torturador recuerdo de aquellos años felices.

Y así pasaron cinco años. Estaba yo en la cárcel de Oriol. Era 1941 y había empezado la guerra en Europa Oriental. Vivíamos aquello que los marineros llaman “pie de viento”. Esa calma que antecede a la tormenta. Un día estalló. Stalin declaró la guerra al gobierno de Hitler y todo en nuestra vida cambió. Ante la llegada de las tropas nazis, se nos separó en dos grupos. Al primero se nos dio una única ruta: la transferencia a alguna ciudad de la provincia soviética, la que estuviera disponible y con un déficit de mano de obra. Era eso o engordar la lista del segundo grupo, ese al que con engaños prometieron que lo llevarían a cavar trincheras para defender

al pueblo del invasor nazi, pero que en realidad terminaron haciendo su propia fosa. Ahí perdí a un gran número de amigos: polacos, húngaros, griegos y muchos rusos. Gente de bien, bondadosa y decidida a entregar todos sus conocimientos y habilidades a su pueblo. Pero no los dejaron, los chacales los llevaron al presidio y después a la muerte por plomo. Hoy son parte del musgo al pie de una carreta abandonada o yacen bajo el pasto al costado de algún camino anónimo entre Bielorrusia y Oriol.

Uno de los celadores, con quien había formado cierta complicidad, me llamó aparte de la fila en la que me tenían formado para llevarme a una ciudad ucraniana en la que mi único destino sería morir de hambre en los altos hornos o caer preso de los nazis, con una muerte más que segura. Me preguntó qué pensaba hacer. Mi respuesta natural fue que lo único que quería era regresar a casa. “No seas estúpido. Yo también quiero volver a casa, pero parece que no entiendes la situación. En este momento no se trata de lo que quieras hacer, sino de lo que necesitamos y lo que está a nuestro alcance”. Una noche antes habíamos escuchado detonaciones de bombas y el tableteo de las armas a pocos kilómetros del penal. El enemigo estaba cerca. No había muchas opciones. “Camarada Padilla —me dijo el celador—, hay un tren que va a salir en treinta minutos para Kazajistán. Necesitan mano de obra allá. Tómelo cuanto antes. Vaya a la estación de tren y pregunte por el teniente Burliuk. Lárguese de aquí antes de que lo maten los nazis o lo matemos nosotros”.

*

Chito se recargó en el abedul que flanqueaba la banqueta y dejó a Nacho como encargado de apartar sus lugares en el Café de Tacuba.

Menuda idea tuvo Lorenzo de conseguirles una cita con ese tal José Revueltas, y éste de convocarlos en ese sitio.

Tras cinco minutos de espera, Cervera se abanicaba con su nuevo sombrero Tardan y extendió frente a sí el crucigrama. Chito comenzó a balancear su bastón de un lado a otro con el aburrimiento que daba esa extraña canícula a mediados de octubre.

Cervera estaba por saltarse de la 7 vertical a la 19 horizontal cuando sintió unos golpecitos en el hombro izquierdo. Un hombre de estatura media, con la mirada inocente de un niño de ocho años y un vientre ligeramente abultado que le daba la silueta de una pera, le extendió la mano para saludarlo:

—Señores —dijo Revueltas—, aquí tienen a un colaborador que ofrece su ayuda para que Padilla vuelva a casa. Tengo información que, estoy seguro, les será de utilidad si es que no la conocían antes.

Habían puesto ya la loza y servían un café oloroso y estimulante. Revueltas tomó su taza y dio un sorbo.

—¿Lo mandaron a darnos recados o nos comparte lo que conoce? —preguntó Cervera.

—¿No confía en mí, camarada? Vengo porque Lorenzo me llamó para preguntarme si tenía algún dato útil. Yo no gano nada. Emilio y yo fuimos buenos amigos, aunque después nos distanciamos, pero creo que existe algo que se llama piedad. Emilio me recuerda cada vez más a ese hombre derrumbado que aparece en el mural de Rodríguez Lozano *La piedad en el desierto*. Está desnudo, sin una garra encima, en medio de la estepa. Mire, nuestra educación judeocristiana nos lleva a enfrentarnos a este dilema en algunas circunstancias y creo que las personas más piadosas no son las que mean

agua bendita. Muchos piadosos, no todos, antes tuvieron que ser unos ojetes y maestros en chingaderas, porque si no ¿dónde está el esfuerzo de la piedad? Aun cuando nos demos nuestro paquete de ideólogos, no podemos renunciar al catecismo. Creo que Padilla merece que le demos un empujoncito para que regrese aquí, al menos a morir entre los suyos, aunque a estas alturas él y su familia sólo serán unos desconocidos. Supongo que tú les has contado algunas cosas que ambos conocemos, Chito —inquirió Revueltas a su antiguo camarada.

El flaco asintió con el fastidio de tener que responder las dudas de una persona a la que consideraba un traidor y a quien expulsaron del partido en los años más críticos.

—Creo que tanto tú como yo pensamos que Labrada tiene más responsabilidad en este mole de la que siempre ha querido aceptar —respondió Chito—. Esa chingadera de que no tuvo nada de responsabilidad en lo sucedido con Emilio es pura baba de perico.

—Tú, yo, todos los camaradas conocemos la verdad, Chito. El mismo Labrada. Todos somos culpables. Si creyera en dios, diría que es un castigo divino por las fregaderas que hicimos. A Emilio se lo chingó nuestro fanatismo, nuestra fe ciega. Emilio no era muy distinto al Tío Pepe ni a Trotsky ni a Calles ni a Obregón. Fue tan ambicioso como lo seguimos siendo tú y yo, Chito. Lo chingó su ambición de dirigir el partido.

—¡Joder! —exclamó Chito cuando se vio derrotado en la partida de ese análisis sobre su pasado y el de sus camaradas. Cervera escuchaba atento la conversación de los viejos comunistas desde la soberbia del que se cree un hombre libre de ideologías, en un intento de sintetizar los juegos de poder que comenzaban a rememorar.

Continuó Revueltas:

—¿Recuerdas que desde un año antes de partir a Rusia Emilio recibió constantes muestras apoyo por parte de los camaradas de todos los sindicatos de la Ciudad de México?

—A diario recibimos cartas o visitas de delegados de todo el país que se ofrecían a aportar dinero para conseguir la libertad de Emilio y la tuya, que andaban guardaditos en las Islas Marías.

La conversación se ahogaba en el ambiente del café, lleno de comensales a esas horas de la tarde, entre el ajetreo de los meseros, el tintineo de los cubiertos con la loza, carcajadas en un lado o un niño haciendo berrinche en otro extremo.

—¿Cómo estuvo eso? —preguntó Cervera. Revueltas aprovechó para dar algunos sorbos a su café y posar su mirada en el detective, al que hasta entonces había evadido con esa dulce altivez del vocativo “camarada”.

—Mira, camarada: a Padilla y a mí nos detuvo la tira en Nuevo León por ahí de febrero del 34. Ya sabrás, por andar alborotando el gallinero en los campos naranjeros de Linares. Recuerda que el deporte favorito de Plutarco fue cazar cristeros y comunistas. El asunto es que *ipso facto*, que significa “en chinga”, nos mandaron a las Islas Marías. Diez meses nos pasamos allá, donde el tecolote es mudo porque no hay más que gaviotas, iguanas y tiburones de a madres. Durante ese tiempo no hubo semana que no llegara una carta de los sindicatos hermanos de provincia, que se ofrecían a pagar los gastos legales para liberarnos. Muchas ocasiones se apersonaron delegados de gremios de los giros más variados: panaderos, torneros, impresores, redactores, zapateros, boneteros. Aunque tengo mis reservas sobre la veracidad de esas cartas. ¿Verdad, Chito?

—Muchas de aquellas misivas eran parte de una ficción —respondió el otro comunista, fastidiado por tener que complementar la narración de Revueltas, quien podía acabarla por sí mismo pero, en una evidente intención de hacerlo partícipe de este incómodo recuento, lo empujaba a narrar esas anécdotas—. Esos miles de militantes existían nada más en el papel. Fue una idea que a Labrada le salió muy bien. Muchas de tales cartas, manifiestos, yo acuso y adhesiones en los que no se sabía con certeza quiénes eran esas multitudes que los sostenían resultaron ser un holograma de consignas y buenas intenciones sustentadas por hombres de paja.

—Pero un día ocurrió algo que no nos esperábamos —interrumpió Revueltas—: comenzaron a llegar cartas reales dirigidas a la redacción de *El Machete*. No eran las que redactaban Chito y otros camaradas para hacerlas pasar por listas de abajofirmantes inexistentes, sino cartas auténticas de panaderos, sastres, boneteros... ¡Genuinas! —Chito se había quitado la servilleta del cuello de la camisa y la azotaba constantemente sobre una de sus piernas. Observaba con mueca de fastidio la narración de Revueltas—. Todo esto que te cuento, camarada, era del conocimiento de muchos otros que veían en Padilla a un fuerte oponente de Labrada para las elecciones internas que tendría el partido en junio de 1935. Aprovecharon entonces la ausencia de Lorenzo, quien había ido a su tierra, allá en Tabasco, a arreglar un problema de una herencia que tenía pendiente, para ofrecerle a Emilio el viaje a Rusia, todo pagado, a fin de que estudiara en la Escuela Leninista. Si Lorenzo hubiera estado ahí, habría aconsejado a Padilla para que rechazara la oferta. Pero no fue así.

Chito tomó la servilleta, la dobló y la arrojó en la mesa junto con un par de monedas.

—¡Joder! Te espero afuera, Nacho —y susurró a Revueltas—: Adiós, traidor.

Rumbo a la salida, Chito pasó a un lado de los ventanales donde se exhibían los panes emborrachados, rellenos de chantilly, salpicados de ajonjolí, al lado de los merengues y almíbares más empalagosos de la ciudad. Cervera alzó los hombros en muestra de duda por la actitud de su compañero.

—Quizá tú no lo sabes..., ¿cómo me dijiste que te llamas?

—Nacho Cervera.

—Sí, tú, Nacho. La incomodidad de Chito viene porque él era del equipo de Labrada. Él fue de los que consiguieron las becas para Padilla y el *Chivo* Rizkowski. Padilla aceptó la beca aun con el pesar de tener que dejar aquí a su mujer y a su hijo pequeño. Ahora no sé qué lo mueva en su intención de hacer que Padilla regrese a casa. Posiblemente es el cargo de conciencia, aunque no me la creo. Éstos son una bola de cínicos, y me parece que usted es de esa misma calaña, pero más tierno.

La imagen del señor Revueltas, sentado en una mesa del Café de Tacuba, le recordaba la imagen de Lorenzo, su padrino, con la sabiduría de viejos zorros baleados, con el colmillo retorcido, que aun así no los ahuyenta de la bondad y de cierta neurosis que se acumula con la edad y resulta difícil de ocultar cuando los viejos dan lecciones a los jóvenes.

—¿Quiere usted decir que Labrada es responsable de lo que pasó con Padilla allá en Rusia? —soltó Cervera.

Revueltas lo observó con severidad.

—Yo nunca he dicho eso, camarada. Lo que sí puedo asegurar es que Labrada no quería que alguien más le pedaleara la bicicleta

en las elecciones internas. ¿Comprende? Lo que pasó en Rusia es sólo responsabilidad del padrecito Stalin y sus acólitos, un poco también de la inocencia de Padilla al no olfatearse las intenciones de Labrada, y agregaría también la impotencia de algunos dirigentes del propio Partido Comunista. Aunque se diga que era un satélite de lo que ordenaban los clérigos de Moscú, aquí se mandaban solos. La mayoría de los que hacían el trabajo sucio para los soviéticos, de espionaje, sabotaje o propaganda, ni siquiera estaban en el partido. Aquí, como le dije, camarada, todos fuimos y seremos veletas de las ideologías, aunque lo nieguen; hasta los pinches liberales, que lo único que quieren es evadir el ISR. Porque, al no haber dios, lo único que queda es el ideal, que, por muy noble que sea, dicta la conducta de los hombres y los lleva a hacer los actos más generosos o las peores chingaderas que se puedan imaginar. Si existe un dios, hace mucho tiempo que nos dejó colgados de la brocha.

*

Nicolás arrojó las charolas sobre el escritorio. Las había tramitado por instrucciones de Nacho, quien lo envió a la Secretaría de Gobernación luego de una llamada con el licenciado Carvajal, el mero chipocludo. Nacho Cervera vio la credencial que lo acreditaba como agente de seguridad nacional. Esa placa no la tenía ni el cabroncito de Narváez. En el extremo superior izquierdo de esa mica verduzca con los sellos de la Dirección Federal de Seguridad, el antiguo *short stop* de la Facultad de Derecho descargaba toda su furia en la lente del fotógrafo y amenazaba con soltar el manotazo

si le seguían mirando a ese par de ojos de acabado mate. La mirada era un gruñido de los peores años, similar a la de las fechas en que experimentaba su primera crisis de neuralgia y su primera crisis económica. En la foto, un vendotele acaparaba el extremo izquierdo de su cráneo y sugería que la noche anterior a ser capturada e impresa en ese estudio de tercera de la calle Independencia Cervera había llorado a moco tendido por los dolores parietales.

—No jodas, Nicolás. ¿No encontraste otra más vieja? —reclamó el detective.

Su ayudante encogió los hombros.

—¿Qué quieres que haga, mano? Tampoco hago milagros.

Nicolás barajó las credenciales y las arrojó sobre la mesa a cada uno de los propietarios, en la repartición de un juego a una sola carta en el que sólo se tenía oportunidad de perder la apuesta.

En ese jacalón de la colonia Doctores, el nuevo equipo de investigadores repasó las novedades desde la mañana en que Narvárez les abrió las puertas del Ministerio Público con la amenaza de regresarlos a las barandillas si seguían involucrados en problemas ajenos.

Chito, de pie frente al pizarrón, que acaparaba una de las paredes, dibujaba un esquema de posibilidades y funciones que tendría cada uno de ellos. Tres diagramas en árbol recorrían la superficie verduzca rayoneada con gis. Nicolás se había agenciado un estuche de herramientas finas y después de repartir las charolas acoplaba piezas en un aparatejo largo y delgado como el cartucho de una pluma fuente. A un lado, el cautín humeaba y despachaba una peste aceitosa a plomo y brea con que pegaba los bulbos a otro aparato en forma de receptor. Cervera, de pie frente a la puerta del jacal,

masticaba un chicle y, con una mano apoyada en la silla, observaba a don Lucio, que ingresaba a la guarida con el pedido de tortas.

Apolo, el gigante, hojeaba un periódico al lado de Rizkovski, quien seguía sentado en el colchón abrazando sus rodillas y canturreando una extraña canción infantil.

—Miren, señores —llamó Chito—. Los pongo al tanto de lo que encontré.

Cervera se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa junto a la sobaquera en la que asomaba el cañón erguido de la Ruger, aún virgen de humaredas asesinas.

—No podemos descartar ninguna opción. Hoy hablé con Ernesto Madrazo. Él es secretario particular del presidente del PRI. Me contó todo lo que ellos saben de Padilla. No varía mucho de lo que nosotros sabemos, sólo que aproveché para que me chismeara lo que ocurre al interior de la cancillería. Resulta que el canciller, Marcos Briceño, quiere que a Lauro LeBlanc le den cuello cuanto antes en la embajada de Moscú, pero como eso no lo pueden hacer sin la aprobación del Senado, pues la tiene medio pelada. Así que ya van dos veces que le boicotea al embajador gestiones que lo habrían dejado bien parado con el presidente. La primera, dice, fue con la importación de vacunas para la polio. Dicen que estaban listas para embarcarse a Manzanillo cuando Briceño salió con la pendejada de que no estaban avaladas por el gobierno gringo. Hazme el chingado favor, tener que pedirle permiso a los gringos para vacunar a nuestros niños, un permiso que nunca, ni en cincuenta ni en doscientos años, van a dar con vacunas rusas —Chito sostenía el trozo de gis y lo balanceaba mientras daba la explicación al improvisado cuerpo de detectives. Continuó—: La segunda fue con un pitazo que dio a la Secretaría de Salubridad para

que pusiera sellos en una bodega del mismo puerto. En ésta había una carga completita de duraznos en almíbar. Venía de Filipinas en un barco que hizo escala en Vladivostok, en el que también traían un lote de surimi. El punto es que ese lote de duraznos era un negocio del general Romualdo Zárate, jefe de la zona militar de Colima. Briceño hizo creer a este menso que desde la embajada de México en Moscú se notificó a Salubridad que la empresa empacadora tenía lotes caducos y que sólo habían cambiado las etiquetas. Lo cual era cierto, pero Zárate se quedó con la idea de que el pitazo fue del embajador LeBlanc. Dos chingadazos en un mes.

—Bueno, ya es mucha guáguara. ¿Esto qué tiene que ver con Emilio? —preguntó Cervera fastidiado. La torta de chile relleno le coqueteaba desde la mesa.

—A eso voy, Nacho. Romualdo Zárate está encabronado con el embajador LeBlanc. Dice que le está cagando el palo y que se las va a pagar de algún modo.

—¿Y qué pasó con los duraznos? —preguntó Nico.

—Dice Madrazo que llegó a oídos del presidente y que éste sólo dijo: “A los soldados nadie me los toca”. Y tuvieron que soltar el lote de duraznos.

Intervino Cervera:

—Entonces, ¿cuál es tu conclusión?

—Que a Padilla lo pudo haber apañado alguien del mismo gobierno. Zárate se la quiere cobrar a LeBlanc, mas no se da cuenta de que está siendo utilizado por Briceño. Pero ésa sólo es una hipótesis.

Nicolás soltó un silbido para expresar su admiración por los enjuagues que se llegan a hacer en las altas esferas del gobierno federal.

—Y tú, Nacho, ¿qué te dijo la viuda?

El detective miró a su público, aún recargado en una de las sillas como el cinturita que era, a pesar de su talla treinta y ocho.

—La esposa me dice que Fernán Labrada tenía serios problemas con Emilio y que casi lo obligaron a tomar la beca que le dieron en Moscú. Emilio quería regresar a México, sin embargo la orden de Labrada fue que se quedara un año más en la capital rusa. ¿Tú qué sabes, Chito?

—Por esas fechas yo estaba guardadito en Lecumberri. Pero lo que me contaron después es que había un disgusto permanente entre ellos dos. Labrada fue el que le consiguió la beca. Ahora sólo hace falta saber si los gringos tienen algo que ver con ese asunto del desarme.

—Pero ¿puede alguien guardar rencores después de tanto tiempo a otra persona a la que finalmente jodieron? —preguntó Cervera.

—Lo que primero necesitas para odiar es estar vivo —le respondió Chito.

—Sólo nos falta explorar por el lado de los gringos. Me resisto a pensar que los mismos comunistas lo hayan secuestrado. Pero veo que los rencores no mueren con aquellos que los criaron.

—El odio es parejo y no tiene ideologías, Nacho. Aunque algunos odios nazcan de éstas, del dinero o de la carne —respondió el flaco.

—Bueno —exclamó Nacho—. Dejémonos de filosofía.

Nacho echó dos aplausos para animar a sus hombres y comenzó a dar órdenes para mover la maquinaria de ese equipo de agentes, todos *amateurs*, sin experiencia pero con mucho colmillo.

—Nico, lánzate en chinga al aeropuerto. Pide los registros de seguridad desde dos semanas antes del secuestro de Emilio hasta hoy.

El equipo empezó a tomar nota de las órdenes de Cervera, jefe de ese escuadrón de espías, exaspirantes a revolucionarios y beisbolistas fracasados.

*

El Parque México era un peregrinaje de sirvientas con el mandado en hombros, niños malcriados y perros consentidos. Observar cómo un perrito ejercía el soberano acto de cagar constituía una de las escenas menos gratificantes para Cervera. El hecho de que éstos rascaran la tierra con todo el fervor de sus patas traseras para ocultar su mierda entrañaba una amenaza, la promesa de una neuralgia, pues había descubierto que uno de los detonantes de estos intensos dolores era justo el olor a caca de perro. El problema, pensaba, se debía a que la labor de los efluvios caninos era aleatoria: nunca sabía el efecto que provocarían en sus neuronas. Cervera y Nicolás atravesaron la letrina para perros que se llama Parque México, pasaron la calle Parres y, a unos pasos de Ámsterdam, el detective tocó el timbre de una casona estilo californiano. Nicolás, a su lado, había sacado unas gafas oscuras y volteaba a ambos lados de la calle para cerciorarse de que nadie los siguiera.

—¿Y esos lentes? —preguntó Cervera a su compañero.

—En La Lagunilla. Están fregones, ¿no?

—Están horribles, mano.

—Lo dices por envidia —respondió el ayudante.

—¿Envidia yo? Méndigo guapito de balneario.

Desde el interior abrieron la puerta. Esa tarde, Nacho Cervera supo los motivos por los que el coronel Dubbs había mandado al demonio los protocolos de seguridad y discreción del personal diplomático. Dalila Estrada era una *vedette* cubana, treinta y tres años bien correteados, más los que le faltaban. “En-su-pun-to”, resumió Cervera.

—Pero pasa, guapo. No te quedes ahí parado con la boca abierta. Tu amigo también —ordenó la mujer.

Nacho dejó que la servidumbre se encargara de acomodar su saco en el perchero y le trajera un expreso doble. A falta de saco, Nicolás sólo dio las gracias cuando le ofrecieron una silla en el *lobby*.

El detective se presentó al tiempo que exhibía su credencial hechiza:

—Señorita Estrada, soy el agente Nacho Cervera y él es mi ayudante Nicolás Poblano. Venimos a hacerle unas preguntas de procedimiento. El gobierno de México está investigando el paradero de un connacional nuestro, del que suponemos puede estar secuestrado. Sabemos que esa misma noche del hipotético plagio usted estuvo algunas horas acompañada del coronel Dubbs, quien posiblemente sabe del asunto.

—Bueno, ¿y por qué no se lo preguntan a él? Si tanto le interesa, hable con el coronel. Yo no me meto en sus asuntos.

—Pues lo mismo quisiéramos nosotros, pero el fuero que el señor posee, como representante de otro gobierno, nos impide molestarlo. Así que recurrimos a usted, si no tiene algún inconveniente.

El cuerpo que Cervera tenía frente a él parecía moldeado con el rigor de las hormonas que sólo se exprimen a base de buen sexo. Dalila, que guardaba toda esa panela de primera calidad debajo

de un vestido negro, escuchaba a Nacho. El agente sacó su libreta. Mientras Dalila hacía un catálogo de los sacrificios que hizo para llegar a México y de las extorsiones aduanales, Cervera seleccionó algunas fechas y datos para iniciar el interrogatorio.

—Señorita Estrada..., ¿o prefiere que la llame Dalila a secas?

—Como quieras, papi —sugirió ella.

A gritos, ese cuerpo de antillana pedía crucifixión.

“Ya llegó tu Judas Iscariote, tu Poncio Pilatos”, fantaseó Nacho Cervera.

—Hay una mujer esperando a su marido desde hace veinte años. Él estuvo preso en Rusia todo este tiempo, y cuando el gobierno de México lo traía de regreso, desapareció en el aeropuerto. Nosotros necesitamos dar con su paradero y creemos que uno de los posibles secuestradores tiene que ver con la embajada en la que trabaja el coronel Dubbs.

—¿Y luego? Le digo, papi, pregúntele a él —respondió la fruta madura con un aspaviento—. ¿Por qué debo saber los negocios de un hombre al que sólo he visto dos veces en mi vida?

—¿Está segura de que sólo han sido dos veces? —intervino Nicolás.

—Bueno, tú, enano. Ya sé que tú eres policía, pero ya tú te estás metiendo demasiado en mi vida, ¿no? —le respondió al ayudante, que para ocultar la evasiva carraspeó su dolor, pasó saliva y se ajustó los espejuelos.

El calculómetro de Cervera le indicaba que ese cuerpo era también un bulto del que no conseguiría información si no lo trituraba con unos apretones, no del tipo que él hubiera deseado, pero igual de rigurosos. Sabía que muchos milicos son iguales cuando el alcohol

sacude su conciencia: alardean y tratan de impresionar a las mujeres, cometen imprudencias y hablan de más con tal de sorprenderlas, juego que mujeres como Dalila Estrada saben jugar muy bien. “Ella no es como la miel”, pensó, y tenía que sacudirla para que derramara la información que necesitaban.

—Según los datos que tenemos, usted estuvo hace dos noches en compañía del coronel Dubbs. Él fue al teatro Fru Fru con su escolta, un tipo de apellido Mendoza. Un chicano, ¿you know, babe? —explicó Cervera imitando el estilo pocho. La broma no conmovió a la mujer, quien lo observaba desde el otro asiento con sus ojotes respingones y con denominación de origen en La Habana—. De ahí, Mendoza se marchó a solas a su domicilio. El coronel Dubbs salió acompañado por usted y vinieron a este mismo domicilio, del que el señor salió entre la una y la una treinta de la madrugada del siguiente día.

Cervera notó que la señorita Estrada poseía un par de ojos grises, una especie rara entre las mujeres acaneladas, que comenzaban a llenarse de algo que el detective no podía definir aún: ¿rencor?, ¿coraje?, ¿rabia?

—¿Tendríamos que remarcar la ausencia de la servidumbre, señorita Estrada? —anotó Nicolás, que para entonces se había quitado las gafas oscuras.

—Bueno, chico. ¿Pero qué tú quieres que te diga? ¿No tengo derecho a recibir visitas a la hora que me plazca?

Cervera respondió:

—Sin duda, Dalila. Pero también está obligada a colaborar con la policía si usted sabe de algún delito cometido en contra de un ciudadano del país donde reside.

El bochorno de Dalila era una hermosa estampa que endulzaba su rostro y que se enmarcaba en ese cabello cobrizo, ensortijado, que asomaba las raíces oscuras de la impostura.

—Esto ya no me está gustando, señores. No sé por qué acepté su visita. Les voy a pedir que se marchen.

Ambos detectives se miraron y parecieron aprobar el uso de una última estrategia. Cervera lanzó:

—No es necesario, Dalila. Yo sé que usted sabe de lo que hablo y que tiene una rebanada de esta historia; así que me la va a contar antes de que la oficina de Migración se entere de su vida disoluta.

La mujer abrió la boca, sorprendida por la respuesta del detective. Echó un respingo antes de responder:

—¿Me está usted amenazando?

Cervera recordó sus mejores momentos de *short stop*. El arte de detener pelotas calientes, ensalivadas, mal peinadas, caprichosas; era también el arte de los reflejos, cuya técnica ponía ahora en práctica.

—No, mi reina. Le ofrezco mi ayuda si usted también me ayuda. No le estoy pidiendo dinero. Le ofrezco un pacto del que yo no me aprovecharé, y usted ganará un aliado conmigo. Usted está metida hasta el cuello en esto, porque además sabemos que otro de sus amantes es Bazikov, el secretario de la embajada de Rusia. Creo que tiene usted dos opciones. La primera es ayudarnos; a cambio tendrá nuestro apoyo. La segunda es que dentro de unos días uno de sus dos amantes sospeche que usted sabe de más y la echen al lago de Texcoco para que duerma con los ajolotes. Sería un desperdicio, ¿no lo crees, mami?

Dalila se tomó el rostro y soltó un sollozo que agitó todo su cuerpo. Se supo descubierta en sus habilidades para estafar a los hombres. “Lo siento, muñeca”, pensó el investigador.

—Yo no quería meterme en este lío, señor Cervera —respondió la mujer, que se resistía a estallar en alaridos—. Él me amenazó. Me dijo que si hablaba la pasaría muy mal.

—¿Quién la amenazó? —preguntó Nicolás, que apachurró el grafito de su lápiz en el cuaderno de notas.

—El gringo. Me dijo que ellos casi daban con el tipo ese que ustedes también están buscando.

—¿Lo están buscando? ¿Cuándo fue eso? —Cervera inclinó medio cuerpo hacia la mujer para cerciorarse de que todo aquello que estaba a punto de escuchar llegaba con claridad a sus oídos.

—Ustedes saben, Cervera. La misma noche que estuvo aquí donde está usted sentado.

Cervera hizo cálculos: correspondía a dos días antes de la desaparición de Hernández y a un día anterior a la desaparición de Padilla. Esto no sugería necesariamente la intervención de los gringos en el plagio.

—¿Qué le dijo? ¿Mencionó algo de un secuestro? —insistió el detective.

—No, secuestro no. Sólo dijo algo de ponerle marcaje a un señor de la embajada de ustedes en Moscú y al tipo que venía acompañando. Parece que no lograban meter a uno de sus hombres en el mismo avión en el que ellos viajarían. El asunto es que cuando consiguieron poner a su hombre en ese vuelo él estaba feliz. Le habían encargado que los siguiera desde la salida hasta su llegada a la Ciudad de México.

—¿Pero no le dijo si lo iban a secuestrar?

—No. En ese momento se quedó dormido. Lo pateé y le piqué la panza hasta que despertó como a la media hora.

—¿Y luego?

—Tomó un taxi y se fue. Se le caían los pantalones, pero creo que más se le caía la cara de vergüenza por quedarse dormido antes de empezar a templar —el agente Nicolás Poblano tomaba nota de cada uno de los datos que les daba la *vedette*, que para entonces había parado de sollozar pero seguía alterada, con la mirada puesta en un punto de la casa, luego en otro y otro más. Continuó—: A los dos días me llamó. Me dijo: “Ya sé que andas también cogiéndote al pinche ruso”. Yo ni sabía de qué me hablaba. Hasta que me dio santo y seña me acordé de un hombre de apellido ruso.

—¿Recuerda el nombre? —Cervera barajó varios apellidos de diplomáticos soviéticos hasta que mentó el del embajador.

—Ése, así me dijo que se llamaba: Korovin.

“¡Hijo de puta!”, pensó Cervera, “el pinche Bazikov se va de putas y cuando se presenta con ellas da el apellido de su jefe. ¡Qué cabrón!”. Por respeto a la memoria del difunto Hernández, su exjefe, se guardó de imaginar las posibilidades que le habría dado esa estrategia en sus excursiones nocturnas por los congaes y burdeles de la monstruosa Ciudad de México.

—¿Y qué más le dijo en esa llamada?

Dalila Estrada había recobrado algo de su postura original. “Es una mujer fuerte”, pensó Cervera. En sólo unos minutos había recobrado el porte que tenía al principio del interrogatorio, pero con un asomo de nerviosismo del que no se pudo recuperar hasta acabadas las preguntas.

—Pues eso, papi. Cosas muy feas, me ofendió. Yo ni sabía que el tipo ese era de la embajada. —“¡Qué bruta!”, pensó Nacho.— Me dijo que no quería que dijera algo sobre esto, mucho menos al

ruso aquel que yo sólo había visto una vez. Cuando colgó tocaron el timbre de la calle y uno de los criados me trajo un paquete. Al abrirlo vi una de las cosas más feas que he visto en mi vida —en ese momento Dalila Estrada hizo una pausa. Miró a Nacho como si pidiera un abrazo para tomar fuerzas por lo que iba a describir, una de las imágenes más obscenas que Nacho habría de recordar por muchos años—. Había una lengua de res con un recado que decía: “Para ti, puta estúpida”.

“Mierda”, se dijo el detective. Nicolás tenía la espalda pegada en el respaldo de su asiento, con los ojos tan abiertos como la mujer que acababa de contarles el teatrillo de Dubbs.

Cervera dijo:

—Dalila, no se lo quería decir pero lo haré: hay que leer al menos las portadas de los diarios, mami. No todo es *Cosmopolitan* —aconsejó con los mismos modales de la cubana—. Esos dos países casi están en guerra y usted se anda templando a uno por bando. Hay que cuidar un poco más el rabo, mami.

—Yo no sabía. ¿Pero qué tú piensas? ¿Que no tengo miedo, chico?

“Suficiente”, decidió Cervera. Se puso de pie. Nicolás cerró la libreta e hizo lo mismo que su jefe.

—Creo que esto que ha platicado nos ayudará bastante, Dalila —ella se mordió el labio inferior y miró a Nacho con verdadera súplica. Mientras caminaban a la puerta de salida, Nacho le obsequió una tarjeta. Insistió—: Si necesita ayuda, llámeme. Si no contesto yo, alguno de mis compañeros podrá ayudarla. Ellos estarán al tanto de lo que necesite.

Antes de salir, acompañados por la servidumbre, Cervera miró a ese ejemplar antillano, tan bonito por fuera. No pudo resistir su

pensamiento más gañán pero lleno de verdad en ese instante en que ella le ofrecía la mejor cara de su *derrière*. Nicolás Poblano lo escuchó clarito mientras Dalila Estrada se perdía en las escaleras de su palacete balín: “Pinche cuerpo. Pa mí que con eso te ganas los sagrados alimentos”.

*

No sé cómo nos enamoramos. Quizá sólo éramos unos salvajitos con la única seguridad de querer comernos a mordiscos y hacer la revolución. A veces, antes de que naciera nuestro muchachito, nos acostábamos en un viejo petate y comíamos uno o dos mangos hasta que nuestros brazos quedaban embadurnados de ese jugo dulcito, almidonado, con sabor a trópico. Recuerdo que el viento de las playas oaxaqueñas despeinaba los calonchos de mi Cecilia. Creo que así concebimos a nuestro Emilio, en medio de un ahogo arrebatado, desnudos uno sobre el otro, mordiendo nuestro aliento.

La noche que nació nuestro pequeño las ratas habían devorado a dos difuntos nonatos en ese sanatorio infecto. Cada una de las tres noches que Cecilia pasó internada en esa clínica de beneficencia, en la que escaseaban las ventanas, había escuchado a las enfermeras pegar gritos de terror al ver la horda de ratas que al primer descuido invadían el perol donde habían lanzado los cuerpos de los angelitos. A falta de morgue, los médicos habían acondicionado ese cuartucho al final del pasillo trasero en esa casona de la calle República de Brasil para festín de las ratas. Nadie los reclamaría, pues los habían parido las prostitutas, que ni se habían preocupado de si nacieron vivos o muertos, o si era varoncito o una muchachita la que

llegaba a cargarles la vida de más pesares y jodienda de la que tenían que aguantar con el padrote. Hasta que escuchó el grito de las enfermeras, que no era de terror sino de enojo porque alguien había dejado la puerta de la morgue abierta, Cecilia entendió por qué la habían dejado dormir abrazada a nuestro pequeño en su primera noche. Afuera, las ratas masticaban los restos de otros nonatos. Pasaron esa noche juntos, uno al lado del otro, exhaustos.

Cuando me fui, Cecilia trabajó un tiempo como gestora de trámites. Muchos de nuestros amigos de militancia habían pasado a engordar las filas gubernamentales desde la mediana y alta burocracia. Ella tenía contactos y los supo aprovechar para ayudarse y ayudar a las personas que querían agilizar un trámite o un servicio de gobierno.

Durante mi primer año en Rusia, Cecilia y yo nos escribíamos cada que encontrábamos oportunidad. Sé que había dejado de amarme, pero teníamos un compromiso mutuo de mantener la relación por el futuro de nuestro hijo. Los sectarios somos los primeros en negarnos la posibilidad de derramar una lágrima en nombre de todos los que han llorado.

Hace unos meses Cecilia y yo nos encontramos casualmente en la librería Madero. Yo tenía que recoger unos trajes que había encargado en la sastrería y me detuve un momento a ver las novedades de los aparadores. Entre el reflejo de los vidrios vi que alguien me observaba. Era ella. No podía olvidar sus ojos negros, ahora rodeados por unas arrugas que, más allá de reflejar algún tipo de cansancio, eran muestra de una experiencia vital, de seguridad y firmeza. Eran confesiones de una vida de esfuerzos, muchas lágrimas y cierta bonanza a base de esfuerzo. Mi reacción más inmediata, inevitable, fue levantar la mano para saludarla con un movimiento tímido. Desde que llegué de Rusia no había hablado con ella. Sólo me mandó saludos por medio de nuestro hijo y el deseo de que

pronto me adaptara a mi nueva vida en México, un país que —debo confesar hoy— me resulta tan ajeno como el país del que salí huyendo. Cuánto hemos cambiado en veinte años. Algunos ya han muerto, otros siguen igual de cínicos y con las mismas ideas desde la última vez que hablé con ellos; parece que se quedaron atrapados en otra época de la que muchos ya hemos escapado con graves consecuencias en nuestra salud; varios más son como muertos en vida o han cambiado totalmente esos propósitos a los que un día se entregaron religiosamente. Cada vez me hago más a la idea de que este mundo se mueve de manera cíclica y que cada ciclo tiene su cuota de sectarios, algunas mentes lúcidas y muchos gatopardos, maestros de la simulación. Otros, la mayoría, son los individuos comunes, que sin darse cuenta son devorados por ese monstruo de dos caras que se llama prosperidad y pobreza.

La plática que tuvimos fue muy breve, un poco arrebatada y frustrante:

“—¿Cómo estás, Emilio? Me da un poco de tranquilidad saber de tu regreso.

”—Ahora que te veo, sólo quiero pedirte una disculpa. No debí haberme ido.

”—No te culpo ni te responsabilizo de mi persona. Hemos dejado de amarnos desde hace tiempo. Mi único reproche es que tu hijo creció sin padre y yo..., pues, bueno. Ya sabes. Fue difícil.

”—No tengo palabras, Cecilia.

”—Tampoco te las estoy pidiendo. Sólo te deseo lo mejor —hice un esfuerzo por abrazarla, sin ninguna otra intención que expresarle mi gratitud. Ella me detuvo—: Para, Emilio. Dejémoslo así. No me debes nada. Ya te habías marchado desde antes de que te devorara la estepa...”.

Cada uno, entre la multitud, nos perdimos en esa marea humana. Después de ese día me construí durante unas semanas una celda personal,

compuesta de sentimientos de culpa. ¿Qué hacer cuando tu pasado perfecto se torció hace veinte años y hoy sólo te resta recoger las cenizas de lo que fue?

*

El parque de Santa María la Ribera siempre se antoja para tomar un helado, de pistache, de mamey, de piñón o de esa delicia que los dos hombres sentados en la banca acababan de descubrir. El sabor de mandarina-toronja se disfruta mejor con un poco de ron. Cervera repasaba su lengua por el helado emborrachado mientras los recuerdos de la fiera adolescencia y la punzada de la juventud atravesaban como película frente a sus ojos.

Recordó que en esa misma banca en la que estaba sentado había tenido por primera vez la sensación de ser un canalla. Seis años antes, cuando se mudó al departamento de la colonia Moderna, su relación con Marcela prometía una vida con dos chamacos, casa en la colonia Del Valle y auto propio, pagadero a cinco años con ese sistema de abonos mensuales inventado por los alemanes después de la guerra.

Pero después llegó Lorena y, luego de dos años, el tipo aquel que se la llevó a Acapulco con la misma desfachatez con que él había dejado a Marcela. Todo fue una porqueriza. Ahora que lo pensaba bien, él nunca fue un canalla, pues durante los primeros meses, y hasta dos años después de mantener su relación con Lorena, el sentido de culpa, de daño a su querida Marcela, fue una de las deudas que tuvo con su conciencia.

Pensó que Laura y él eran del mismo palo, y resultó ser una fiera peor de lo que él había sido durante los cuatro años con Marcela. Qué pendejo. “Págame esto, págame lo otro”. La verdad es que Marcela nunca le había exigido tanto y soportaba todas sus borracheras, sus semanas enteras sin aparecerse en su casa, sin hacerle una llamada. La última exigencia, recuerda, fue la tarde aquella en que él había decidido acabar con su pasado, la relación con su padre y los atajos que le daba la vida de hijo de diplomático. Empezar desde cero y asentarse por sus méritos.

Consideró que la misma Marcela había sido encaminada por su propio padre, obstinado en mantener su estatus, el código postal al que la familia Cervera pertenecía de antaño la Revolución. La decisión de Nacho fue devastadora para Marcela, que en esa misma banca se desplomó para perderse en un llanto que no buscaba lástimas sino arrancarse los dientes, sacarse los ojos y abortar todos los besos y caricias que le dio Nacho.

“Eres malo, Cervera. Y como a todo ojete, te llegó tu momento, como el día en que Laura te abandonó para regresar meses después con el ingeniero aquel, que por cierto era su marido”. Maldijo el día en que conoció a Laura, tan chula ella, en el Deportivo Chapultepec, mimosa y coqueta, con ese par de ojotes tapatíos que lo miraban como no queriendo, y sin embargo insinuando todo el tiempo la necesidad de ser robada para someterse a la piedra de los sacrificios y a la daga carnosa de Cervera.

Un grupo de niños corría detrás de una pelota. Eran la materialización de esa utopía infantil de emular a Ferenc Puskás, a Chava Reyes o a Horacio Casarín, por siempre azulgrana. Una medicina perfecta para deshacerse de tristezas era pensar en la ilusión de los

chamacos que correteaban pateando una pelota de cuero hasta romper un vidrio o caer cansados bajo la lluvia.

—¿Y qué te cuenta Cecilia? —preguntó Lorenzo.

—A la familia le echaron los cuentos más chaqueteros que te podrás imaginar: primero dijeron que Emilio estuvo en la guerra de España, combatiendo al lado de Siqueiros, quien tuvo la desfachatez de decir que era cierto y que el mismo Padilla estuvo bajo sus órdenes en el frente de Aragón. ¡Hazme el chingado favor! ¡Qué huevotes tan azules! ¿No? —los álamos que daban sombra al agente y a su maestro sostenían a una familia de gorriones que mezclaban sus chillidos con el griterío de los niños y el claxon de uno que otro cocodrilo que pasaba frente al parque. Resumió Cervera—: Estaría bueno hablar con ese tal Labrada. Que nos dé explicaciones claras. El problema es que no vaya a salir después con que la policía lo acosa y luego se ponga a llorar en su periodiquito.

Lorenzo mantuvo los ojos atentos a la pelota que los niños perseguían por el redondel de la alameda. Exhaló con fuerza, con una especie de resignación ante lo que había sugerido su pupilo.

—Habla con él. Que te dé una cita formal, para que no haya malos entendidos y cuentos chinos. Yo creo, Nacho, que si queremos entender muchas cositas del Partido Comunista debemos meter las manos en el pinche dinero. La ruta del dinero nos puede decir mucho de lo que nosotros suponemos. Las finanzas de un partido, de antes y de ahora, siempre huelen a podrido, aunque le pongan naftalina y esencia de jazmines. Es algo que no se puede ocultar y que tarde o temprano revienta como los muertos. Todo depende de ellos, si revienta bajo tierra o a la vista de todo el mundo. Necesitamos hacerle una autopsia a los numeritos del Partido Comunista.

—Para luego es tarde —exclamó Cervera—. Voy a hablarle a un juez amigo mío. Le debe muchos favores a Tomás y es un anticomunista declarado. Si está en posibilidades, no creo que nos niegue una requisa de los documentos. Después se los regresaremos, para que no salgan con el cuento de que el gobierno los reprime.

—Aunque algo hay de cierto, Nacho. ¿Qué le vamos a hacer? —el viejo Lorenzo había consumido su helado de mandarina-toronja salpicado con gotas de ron. A sus setenta años, la lucidez era una de sus virtudes, aunque el físico no lo aguantaba como desea todo hombre que aún conserva los deseos de acción, de salir a las calles y enfrentarse a sus oponentes a puño limpio, o a balazos si es necesario, como hacían antaño. Nacho se puso de pie. Se abotonó el *blazer*—. ¿Qué ha dicho el Chivo?

—Habla, habla día y noche. Es lo único que sabe hacer, el cabrón. Pero no dice nada. Pura paja y frases sin coherencia en ruso, en alemán, en inglés, en español. No se le entiende nada.

—Quizá falta que le tengan paciencia.

—Sí, viejo. Pero la paciencia tiene un límite. Ahí está todo el día como loro huasteco y sin decir algo coherente.

Lorenzo se encogió de hombros y terminó de devorar el barquillo de su helado. Se levantó de la banca y, apoyado en el brazo de Nacho, tomaron el camino de regreso a su casona en la calle Naranjo.

—¿Sabes en dónde está el secreto de estos heladitos mandarina-toronja? —preguntó Lorenzo, sostenido en su bastón.

—Pues en el sabor, ¿no, viejo? ¿O qué? ¿Me va a decir que quiere otro traguito de ron porque le faltó el piquete?

—No, muchacho. Ahorita no estoy pidiendo alcohol. La mandarina es dulce, es un encanto al paladar que se hace vicio. Pero

también está la toronja, que es amarga. Así como la pinche vida. Hoy te ríes y la disfrutas. Mañana te está llevando la chingada, y al otro día estás en la gozadera. Así es el juego. Eso le sucedió a Padilla, sólo que el lado amargo de la vida ya le duró bastante y lo está empachando.

—Ya se puso filosófico con un pinche helado.

—A veces la vida paga, Nacho. Si existiera un dios que todo lo ordena según el tamaño de los pecados, quizá podría ordenar que el castigo por los pecados chiquitos se prorrateara entre todos los pecadores, que somos un chingo: la lujuria, la gula, la pereza. “¡Órale, todos pecaron y comieron de ese taco! ¡Ahí está! Dos, tres días de chamuscada, y boleto al paraíso”. Pero existen otros pecados, Nacho, como la avaricia. Y yo creo que de eso abusó Padilla.

Llegaron a la calle Naranjo y viraron a la izquierda. El bastón de Lorenzo, en el que guardaba sus dosis de ron, resonó en la banqueta cuando pasaron debajo de una jacaranda que empezaba a levantar el pavimento en pedazos.

—Padilla no siempre fue un pan de dios. En nombre del partido, también hizo chingaderas —el rostro de Cervera se encajó en la mirada del viejo, con sus años de pequeños triunfos y derrotas, entre las que se contaban un exilio, una ruptura con el Partido Comunista que le valió después una diputación por el PRI. Nacho estaba frente al hombre que por muchos años sustituyó a su padre cuando éste se encontraba de misión en Washington, París, Brasilia o Londres. Lorenzo continuó—: Un par de años antes de partir a Rusia, Emilio ejerció su potestad de hacer chingaderas..., y debo confesarte que las hicimos juntos. Recuerdo una reunión en la que juzgamos a tres compañeros a los que tachamos de trotskistas. Su crimen había sido

denunciar que Stalin había dejado solos a los camaradas alemanes, que estaban siendo exterminados por Hitler. Esa reunión fue en un local de la colonia Santa Julia. Ahí, Padilla fungió como fiscal al interior del partido. A los tres compañeros acusados los llamó perros trotskistas y consiguió los testimonios de otros compañeros, entre ellos el mío, para expulsar a esos tres disidentes que se habían atrevido a contradecir los dictados del Tío Pepe.

—¡Qué jodido es eso!

—No, los jodidos éramos todos y ese pinche momento que nos tocó vivir. Nosotros sólo pensábamos y sosteníamos que hacíamos lo correcto. Pero, regresando a Padilla, dos días después, cuando esos compañeros lograron reunir a algunas personas de los sindicatos, en los que el partido tenía influencia, para convencerlos de que no habían cometido mayor infracción que ser fieles a la verdad, llegamos Padilla, Siqueiros y yo a reventarles su reunión. Entonces el gordo Rivera, que estaba del lado de los recién expulsados, sacó su revólver y se lo puso a Padilla en el ombligo. Éste, como el cabrón que era, le sostuvo la amenaza por un minuto mientras le pedía explicaciones. ¡Qué huevotos de Emilio! Rivera no era la única persona armada, porque nosotros también llevábamos cuete. Ahí paró la cosa, porque una balacera entre nosotros hubiera sido el acabose para el partido. Eso buscaba la policía. Al final, nos fuimos y los exhibimos en *El Machete*. Lo que no creo justo es que Padilla esté pagando no sólo por las chingaderas que llegó a hacer, sino por todas las que hicimos, las que nos hicieron y las que vendrán.

Cervera dejó al viejo en la puerta de su casa. Abrieron el portón de herrajes. A un costado, la enredadera que trepaba el enrejado se confundía con el árbol que una noche, hacía un par de meses, había

sustituido sus flores por un tupido pelotón de bucaritos color salmón que al paso de las semanas fueron engordando hasta adquirir un tornasol verde y chapeado distintivo de las granadas.

—Sólo hay una cosa que me tiene tan intrigado que un día lo voy a soñar de tanto que insiste con eso el Chivo. ¿Quién es el Jamaica?

La primera reacción de Lorenzo fue escrutar la seriedad de su pupilo. Incrédulo, el viejo levantó una ceja que indicaba la realización de un diagnóstico.

—Pues no sé, muchacho. Averígualo y, cuando lo sepas, me pláticas. Quizá sea sólo una locura del Chivo y para nosotros, un distractor al que no debemos darle tanta importancia —cerró la puerta y se despidió mientras avanzaba por el sendero que daba al pórtico de su casa porfiriana.

Cervera sacó un cigarro y miró su reloj de pulso mientras golpeaba esa nube en tubo en el canto de su mano: seis de la tarde. Caminó hacia la calzada México-Tacuba y sacó unos centavos para hacer una llamada en el primer teléfono público. Mientras llegaba a la siguiente esquina decidió buscar a uno de los jueces mañosos que le había presentado Tomás desde hacía algunos años y con el que trabajaban cuando alguno de los empleados del periódico se ponía picudo y terco en no aceptar su finiquito. “Seguro Cuco puede ayudarnos”, pensó. Discó los números del licenciado y esperó sólo dos timbrazos.

—¿Qué jais, mi Cuco? ¿Sabe quién habla?... Sí, el mismo. Acá ando. ¿Ya salió de la chamba? ¿Le parece bien si lo veo en una oreja afuera de la Casa Boker? De ahí nos vamos a echar unos tragos... ¡Suavena!... No, nada de indiscreciones. No quiero que lo vayan a mandar a *bolívar* si lo ven conmigo. Lo voy a llevar a un sitio donde creo que no se para gente tan pomadosa como usted... ¡Seguro,

licenciado! Ya sabe, conmigo puro pico de cemento. ¿Pos qué creía?
Simona la cacariza.

Colgó.

*

—Hoy es martes y no tendría por qué estar aquí a estas horas, Nacho. Está mal visto que un juez se meta en uno de estos lupanares. ¿Sabes lo que pasaría si el presidente del Tribunal se entera de que ando metido en un tugurio como este y además contigo?

El juez Refugio Mendieta dio un trago a su cuarto jaibol. Se aflojó la corbata y una gota de sudor resbaló por su mejilla, recorrió su papada y se internó debajo del cuello de la camisa. Nacho Cervera lo observaba desde el otro lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre ese vientre ex talla veintiocho y que ahora contenía una tripa gorda y otra flaca, dentro de las cuales corrían los tragos de vodka que se había empinado minutos antes. En silencio, el detective expresaba su reprobación por la actitud de su acompañante.

Cervera y él se conocían desde años atrás, cuando Tomás Hernández lo llevó para que los ayudara a negociar un asunto de sueldos caídos que exigían los empleados despedidos del diario *El Nacional*.

Ahí fue donde Cervera aprendió que existen tres clases de abogados: los que conocen las leyes, los que conocen al juez y los que les pagan las putas. La garantía de un abogado depende de cómo barajea esas tres cartas.

—Pinche Mendieta. Me cae de madre que ni tú te la crees —soltó el investigador. La orquesta que tocaba en el bar La Rata Vieja

ocultaba las conversaciones. Una morenaza se desgañitaba en medio de la pequeña pista. A diferencia de su vecina, la iglesia de Regina Coelli, a este lupanar se venía a bailar, a charlar, a buscar caricias y a hacer negocios.

—Pe... pero, Nacho, hay sanciones si nos ven entrando a estos lugares.

—¿Y tiene algo de malo? ¡Trabajas duro, Cuco! Es justo que te des un tiempo de relajación —el juez apretó los labios. Respiró profundo, como si tuviera la urgencia de marcharse, lo que efectivamente deseaba hacer en ese momento—. Me cae de madre que te desconozco, pinche Cuco. ¿Dónde está aquel garañón que gritaba que le echaran de a tres porque le quedaban guangas? —Cervera dio un trago a su vodka.

—Eran otros tiempos, Nacho. Aún vivía el Botello y tu jefe sabía cómo tratarnos. Tú sabes. No nos traía a estos tugurios de tercera. Esto es casi un tendejón. Apesta a fritangas. El Botello nos llevaba a casa de la Bandida y ahí el trato era distinto.

Mendieta sonrió con nerviosismo, carraspeó de nuevo mientras observaba a ambos lados de la mesa donde Cervera lo tenía acorralado y sin posibilidad de salir.

Cervera insistió:

—Te pagaré como se debe, Cuco. Sólo necesito que le echés tu poderosa para que podamos darle chicharrón a unos documentos que nos podrían llevar al paradero de un canijo que está extraviado y tiene mucho que contarnos.

La Chiquis, decana de las meseras de La Rata Vieja, se acercó a sus clientes. Su forma de mascar el chicle y los labios pintarrajeados sin ningún pudor —pues ¿quién pedía pudor en este sitio?— dejarían

escuela en generaciones de meseras que desquitaban con el chicle el maltrato que les daba su amante en turno.

—¿Qué jais, muñeco? Invítame un traguito, ¿no?

—Hoy no, Chiquis. Mejor tráeme otro vodka y otro jaibol para mi amigo.

La mesera regresó sobre sus pasos.

—Mira, Mendieta. ¿Ya se te olvidó cuando eras un pinche abogado firmón? Haz de cuenta que volvieron esos tiempos. Hazlo por nosotros, tus amigos. Es una ayudadita que nos serviría para saber quién mató al pobre de Tomás. ¿No te parece una mamada lo que hicieron con él? —el letrado chistó la boca. Observó a Cervera y asintió con la cabeza. El cubo de hielo se derretía en sus fauces y volvió al vaso—. Ahí está. Pues yo también estoy encabronado —Mendieta carraspeó y con la mirada le señaló a la concurrencia en muestra de su queja por el sitio al que lo había llevado. Cervera respondió—: Sí, mano. Pero él tenía con qué. Yo ando corto. Para este desmadre sólo contamos con estas pinches charolitas hechizas —insistió el detective mostrando su réplica de credencial de la Dirección Federal de Seguridad—. Me cae que cuando todo salga bien me descalabro contigo. Ahorita sólo necesito que te portes cuate conmigo. No te pido más. —La Chiquis llevó las bebidas y echó una mirada sonriente a Cervera, que la observó alejarse hacia la barra.—Te voy a dar dos razones, ya ni siquiera súplicas, corazonadas ni nada de eso. Porque súplicas yo nomás al Niño de Atocha y a mi jefecita chula. Dos razones por las que me debes dar ese permiso. La primera, porque todo en esta vida debe cobrarse, cabrón. ¿Qué? ¿Ya se te olvidó cuando tenías tu despacho tintero en la Doctores? Si no hubiera sido por Tomás, seguirías ahí. No habrías pasado de

perico perro y con las deudas hasta acá —reclamó Cervera tocándose la coronilla.

—Pero eran otros tiempos, mano.

—¿Cuáles tiempos ni qué chingados? Y la segunda, porque te voy a dar un billete. Ya sabes, el billete no da razones pero es elocuente. Y esa elocuencia quiero que uses para darnos el permiso.

Mendieta dio otro trago a su bebida. Se secó el bigote con la manga de la camisa. Lanzó un suspiro de fastidio por la insistencia de Cervera.

Era un no definitivo.

Cervera encendió un cigarro. Arrojó la cajetilla en la mesa y echó el humo en la cara del juez en una muestra de enojo. Refugio Mendieta, nervioso, se pasó un cigarro sin filtro por la lengua hasta humedecerlo en todos sus ángulos, lo chupó para sacarlo como un cilindro empapado de babas. Se lo puso en los labios, pero permaneció sin encenderlo.

—¿Sabes por qué te traje aquí, pinche Mendieta? Porque aquí no hay rumberas. Me cagan la madre y me dan dolor de cabeza. Además, donde no hay rumberas no hay policías. Aquí nadie dirá que estuvimos conversando. Aquí nadie te conoce ni me conoce —mintió—. Y si te vi no me acuerdo.

Cuco Mendieta, abogado penalista y regente de tres coyotes en materia laboral, permaneció callado, con los codos apoyados en la mesa regada de limones masticados, un plato de cacahuates, las bebidas y el sombrero agujereado de Cervera.

“Ya la está pensando”, se dijo el detective.

—¿Sabes lo que le pasó al magistrado Salgado la semana pasada? —lanzó Mendieta.

—No, mano. Desde hace varias semanas anduve fuera de circulación por esta mugre que le llaman la neuralgia. ¿Qué pasó con él?

—Lo andan destituyendo precisamente por lo mismo que me estás pidiendo. Lo peor es que le cayeron en la maroma con una mujer que le sentaron en las piernas para animarlo.

—Pero yo no te voy a pagar las putas, Cuco. Sabes que no soy así..., bueno, sí. Pero esta vez no. Lo resolveremos con unos cueros de rana.

—Mira, Nacho, lo más que te puedo ofrecer ahorita es que lo voy a pensar.

—¿Cuánto tiempo? Esto se va a poner cabrón. Este pinche mundo se va a caer, y tú sigues esperando que te ofrezca una nalguita para tenerte contento. Estás pendejo.

—Dame setenta y dos horas. No menos. Tengo que sondear con los colegas cómo está ahorita la moviola de los cateos.

—Eso es un no, ¿verdad, cabrón? Para entonces ya todo se habrá ido al carajo. Me cae de madres que no entiendes. Ya te dije dos razones y te voy a dar una tercera, de la que sale una cuarta puta razón: hay un mexicano que ahorita mismo no sabemos si está muerto; tiene a una mujer esperándolo y a un hijo, ya un hombrecito, al que ni siquiera conoce. La cuarta es porque los gringos y los soviéticos también están metidos en este mole. Vienen, hacen su desmadre y se van. Y nosotros como el chinito: nomás milando. ¡No le saque al parche, pinche leguleyo!

El cigarro de Mendieta parecía haber explotado en uno de los extremos. El repaso de su lengua había dejado la punta como un plumero. Los dedos del juez tamborileaban sobre la mesa. “Ahora sí lo está pensando”, se dijo Cervera.

—Mira, Nacho, el plazo lo pongo yo. Pero te ofrezco lo siguiente: si antes de que se venza me traes una prueba contundente de que una persona está realmente en riesgo, le pido a uno de mis compadres que te firme la orden y te manden a Narváez para que revienten esa olla de grillos y te den los papeles que necesitas.

—¿Narváez? ¡No mames!

—¿A quién más querías? A él le corresponde esa zona.

Cervera renegaba de la posibilidad de trabajar al lado del mismo tipo a cargo de la investigación por el asesinato de Hernández. Su nariz varicosa le daba repugnancia. Sin embargo, esa oportunidad podría permitirle obtener algún dato sobre el homicidio de su exjefe y así asociar los hechos con el paradero de Padilla.

—Señor letrado, no me queda de otra que aceptar que es usted un cabrón, aunque tenga cara de pendejo.

—Somos los peores, Nacho. Somos los peores.



Para Cervera, el peso de la soledad era cada vez más insoportable desde su última crisis de neuralgia, como aquella que abrió el irreparable distanciamiento de su Laurita. Para él, las mujeres tenían una mística, un secreto que jamás conocería. El amor es candela. ¿Sólo eso? También el odio. El odio es candela. En Cervera, como en muchos hombres enloquecidos por probar hembra, todo se resumía en la milimétrica diferencia que existe entre un puñado de neuronas y otro grupo de sinapsis igual de neuróticas, obsesivas, envidiosas, ególatras, y que además se entrelazan y pelean

entre ellas para regir las rabias y los besos. Nacho Cervera pertenecía a esa clase de personas que si no tienen a nadie a quien mandar o quien les caliente las cobijas se sienten huérfanos; son una mezcla de empleados del mes y viudas despechadas.

Mientras subía las escaleras para llegar a su departamento, recordó cómo durante el tiempo que el juez Mendieta buscó un acuerdo con la Chiquis, la Pelos y la Corcholata sobre las tarifas que tendrían sus caricias, él sintió un hormigueo en el lado derecho de su rostro. Sabía que la neuralgia volvería y lo haría pasar una noche terrible. Al fin, ni la Chiquis ni la Pelos ni la Corcholata convencieron a Mendieta, quien después de quince minutos de negociaciones se entregó a dormir la mona para disgusto de las tres jaifas que habían perdido su tiempo, así como Nacho Cervera sentía que lo estaba perdiendo con el caso Padilla si no recibía el dinero prometido.

Se preguntó también qué tan largas pueden ser dos décadas. Se vio a sí mismo a los doce o trece años en el *bullpen* de la liga juvenil de beisbol a donde iba en San Francisco, California. Levanta la piernita, presume nalga, echa el codo para atrás y lanza como endemoniado: estás ponchado. Pero un buen día al *coach* se le ocurrió probarlo de *short stop* y se acabaron sus aspiraciones de domar el montículo. Tenía el cuerpo perfecto y el arrojo necesario para detener los proyectiles que salían de la caja de bateo, unas liebres que había que detener en el primer intento. En veinte años habían pasado también miles de deseos de dormir sin estar durmiendo al lado de una chica. Algunos se habían realizado, otros no, y eran estos últimos los que más pesaban en el ánimo del novato detective. Cuando Padilla se largó a Rusia, Cervera tenía trece años; no era más que un puberto nalgas meadas, sin mayor aspiración que estar en las Grandes Ligas y que su papá

lo viera jugar, al menos diez minutos, y aplaudiera desde las gradas los lances de su cachorro, el mejor *short stop* que habían visto sus entrenadores como promesa juvenil en muchos años.

Hoy, en cambio, Cervera sólo pedía una buena posadera para alojar su cavernosa virilidad, una compañía agradable y un buen acuerdo de mutuas concupiscencias manteniendo siempre los parámetros de lo potable en esos cuerpecitos generosos con los que se mordisqueaba y correteaba en bichis por la sala, en la bañera y en los rincones de su departamento. Sus amigos de La India le llamaban síndrome de reducción de selectividad. Él prefería llamarlo democracia fluidal: “Para todas hay”, una especie de filosofía del “todas mías”. Antes, sólo las prefería a la moda, jóvenes, ajenas a los remanentes que dejan el paso de los años y la maternidad, que apuñala con estrías el vientre ya rugoso. Frente a ese tipo de monumentos, las chamacas bobas eran una pérdida de tiempo. ¿Qué es eso de enseñarlas a vencer los ascos, el pudor, a soltar el grito del orgasmo? Pero, aun cuando se había hecho menos exigente, un día llegó ese portento llamado Laura.

La imagen deprimente del desaparecido Padilla había sustituido a las jodidas arañas güeras, compañeras de la migraña del niño mimado de Las Lomas. Estas últimas lo llevaban a la locura a partir del detonante físico, mientras que la estampa del no difunto amenazaba con llevarlo de la mano al desbarrancadero de una depresión jamás experimentada. Ese sentimiento de orfandad los emparentaba con el más profundo impulso de pedir piedad, donde trabajaba todo el mecanismo más vívido y delicado de su aprecio por sí mismo.

Antes de abrir la puerta de su departamento, Nacho Cervera recordó ese par de ojos negros de Laura, su Laurita. No podía deshacerse de ella y, a pesar de la ruptura, comenzaba a rendirle una devoción nunca

antes vivida por él. En su memoria grabó los ojos de Laura, su Laurita, y se colgó esa imagen al cuello como un amuleto, ojos de venado para protegerse del mal de ojo. Ojalá también lo protegieran de las balas.

*

No hay mayor acto de lealtad entre dos amantes que alejarse si uno de ellos así lo desea. Si se busca la libertad del amante, quizá llegará un momento de reencuentro... o quizá nunca llegue. Porque esa complicidad se nutre de eso: la libertad y la memoria, las únicas promesas que cumplen los amantes.

A finales de mayo de 1947 pasé por última vez a la oficina de correos de Suchinsk. Ahí nunca hubo especial interés en mí, puesto que no era el único prisionero extranjero. Los lugareños nos miraban con recelo y a la espera de que el primero de nosotros hiciera una estupidez para cobrar-sela a toda la cuerda de presidiarios.

Con esa misma indiferencia con que trataba a todos los que llegaban a dejar una carta, el empleado postal me preguntó el destino de la mía: “Kazán, va para Kazán”. Deposité el sobre en el buzón y salí hacia la estación de tren. Eso fue lo último que hice antes de tomar camino a Moscú, donde esperaba tocar las puertas de la embajada y pedir ayuda. Nunca antes he hablado de ese capricho kazajo. A veces pienso que las sirenas sí existen, y que están en el desierto. Lina, se llamaba ella, fue mi capricho del desierto. Nuestra historia, como la de muchos amantes, se dio por coincidencia, un hecho fortuito que nos puso en el mismo sitio en el momento exacto que ambos nos necesitábamos. En ese tiempo compartido aprendimos que para amar en tiempos de vigilia sólo hace falta la enunciación

y el pretexto. Era 1946 y en las ciudades de la retaguardia abundaban mujeres jóvenes que apenas habían conocido el convivio marital cuando sus esposos se esfumaron en una guerra que no habían elegido, pero a la que se entregaron con una dolorosa obligación. Ya había terminado la guerra y Lina seguía esperando a su marido. Compartía la misma tristeza por la que atravesaban miles o millones de personas en toda Europa: la muerte de un esposo, una madre o un hijo, a veces familias enteras. Entre esa gran soledad, el abrazo, la conversación o el hecho de compartir carcajadas con un amante era un bien tan apreciado como el agua de beber. Sin caricias, sin abrazos, sin la posibilidad de compartir un plato de sopa con una pareja que te mira cariñosamente al otro lado de la mesa, no somos nada, sólo una sombra larga en medio de esa estepa solitaria.

Días antes de conocernos, comencé a sentir una fuerte inflamación intestinal. Intenté dormir en todas las posiciones que me permitía el catre de nuestro barracón de zapateros. En algún momento, intenté hacerlo boca abajo, lo que alborotó mis vísceras en un pataleo acuoso. Eran patadas en ese trozo de tripa sonrojada que me recordaban que los humanos también somos capaces de pudrirnos en vida: era el cólico miserere.

Durante varios días, después de la operación en que me cercenaron un pedazo de intestino, estuve en observación y al fin los médicos decidieron que era hora de desocupar la cama. Hasta ese momento, dos enfermeros me habían ayudado a dar los primeros pasos luego de la cirugía. Víctor, un joven veinteañero reclutado de la región de Kamchatka, llegaba todas las mañanas a tomar el turno de seis de la mañana a seis de la tarde. Desde el primer día, lo escuché acercarse a mi cama mientras canturreaba un tema de música regional que evidenciaba un reciente descalabro amoroso:

*Lo nuestro fue más blanco que la nieve;
 el beso aquel, más dulce que la miel.
 Palabras tristes, recuerdos que, en mi vida,
 sólo en la mente tus recuerdos viviré.*

*Palabras tristes
 que en mi mente vivirán,
 al pensar que me quisiste,
 y hoy conmigo tú no estás.*

Era el lamento de un hombre derrotado, quizá el más solitario de todo el hospital. Si los cólicos y la convalecencia unían la vida de los infelices que ocupaban ese triste pabellón de cuidados posoperatorios, todos se apiadaban de los pacientes, nadie de Víctor, quien restregaba sus lágrimas en la vajilla de latón donde servían la comida sin sal y sin especias. La deshidratación nos impedía llorar, pero la sal era cortesía de ese muchacho.

Dos días después de darme de alta, mis compañeros me llevaron nuevamente al hospital. Mis nuevos dolores eran causados por una iatrogenia, esa palabra pomposa que los médicos utilizan para referirse a los daños causados en los pacientes por sus propios errores: durante la operación para retirarme el apéndice habían perforado la vejiga y se impuso la necesidad de darme de alta con una sonda. Lo que no calcularon los médicos, y que originó la iatrogenia, era el calibre de la sonda, que comenzó a presentar fugas y provocó una infección en vías urinarias, problema adicional a mi estado convaleciente.

Un médico veterano me cambió la sonda con gran pericia, pero también con la frialdad de quien cambia la manguera de un motor. Era un

hombre de bigote canoso, de unos sesenta años, que hablaba con el acento típico de los oriundos de Stalingrado. Lo asistieron dos estudiantes de medicina.

—¿Saben lo que tiene este hombre?

—Cólicos —se atrevió a decir uno de los muchachos.

—A esto se le llama espasmos vesicales —corrigió el urólogo. Me miró de reojo. Yo no podía detener mis quejas. Se ubicó en un perfil en el que creyó que yo no vería su expresión y movió pausadamente los cinco dedos de su mano como quien tienta una frutilla—. Es una contracción y dilatación constante de la uretra, equivale a la explosión de tres petardos en el pito cada dos segundos.

En voz más baja, ocultándose los labios, dijo a sus alumnos: “Es la muerte”.

Pasé dos días más en observación con el chillón de Víctor. En el turno vespertino de esta nueva visita al hospital conocí a Lina. Ella sola criaba a una hija, a la que llegué a amar durante el tiempo que compartimos techo. Comencé a turnar mis noches entre su casa y el campamento de zapateros. Ambos sabíamos que todo aquello era pasajero, pues yo no dejaba de hablar de mi hijo y de mis amigos en la Ciudad de México, un lugar que para ella era tan lejano que sólo se imaginaba charros y revolucionarios con cananas y carabinas 30-30. Pero ahí estaba ella, Lina, tan noble, convencida de que su generosidad la llamaba a compartir conmigo sus brazos y sus pechos —como lo hizo con la pequeña Uliana—, pero ahora con el propósito de calentar con ellos, y con los huesos enteros y firmes de sus piernas, mi espalda de extranjero, un hombre por ratos melancólico y por ratos apasionado, bromista, platicador y sonriente. A cambio, ella recibía mi cuidado, mis oídos y mi goce viril, al que su sexo aguardaba en las noches con el mismo tono del botón herido de la granada. Algunas

noches, no importaba si era invierno o el verano más cruel de Suchinsk, me complacía con ciertos mimos que empezaban con sus labios sobre la herida que me había dejado la cirugía y terminaban en una erupción que nos dejaba exhaustos hasta la siguiente merienda, todo entre pan y pan. Para nosotros no había ningún error. Ésa era una palabra desechada de nuestro vocabulario, un lenguaje privado que creamos a lo largo de tres años.

Mis noches se dividían entre el albergue de prisioneros y la casa de Lina. A cambio de su calor, yo trataba de corresponder a sus atenciones con algunas tareas domésticas. Así aprendimos que las reparaciones de los muebles, el calafateo del techo, la pintura de la puerta y la sustitución de algunas piezas de los postigos me correspondían sólo a mí, un mexicano extraviado en medio del desierto kazajo. Un día podía llegar con un poco de manzanas; otro, con algo de mermelada o, en las temporadas de escasez, con un pequeño ramo de azeríes, esas hermosas flores que crecían sobre los desechos de los camellos.

Durante esos tres años también pude ver cómo crecía la pequeña Uliana. Pronto había cumplido siete años, cinco de los cuales los había pasado sin conocer a su verdadero padre y los tres últimos, con un compañero de viaje al que nunca se atrevió a llamar papá. La única ocasión en que me llamó de ese modo, con esa dulzura de quienes nombran al mundo por primera vez, Lina la llamó aparte. En un rincón del jardín escuché cómo, entre palabras incomprensibles para mí, la reconvinó y le pidió esperar a que la guerra pusiera a cada quien en su lugar.

Esa noche, bajo las sábanas y cada uno en su lado de la cama, Lina me anunció la posibilidad de la separación.

—Postulé mi traslado a otra ciudad.

No había ningún reclamo mío. Semanas atrás, yo también había solicitado mi promoción a una nueva ciudad, cualquiera que ésta fuera, con tal de que en el trayecto pudiera llegar a la embajada mexicana en Moscú.

Una tarde de septiembre, cuando regresaba de trabajar al barracón que compartía con el resto de los zapateros, me entregaron una carta de despedida. Mi depresión duró un par de semanas, aunque debo confesar que a veces la extraño. La vida no estaba para lujos.

No hubo error entre nosotros. Sólo fuimos dos ventiscas en medio de la estepa que se abrazan, recogen un poco de polvo y siguen su camino. Aún sigo pensando que las sirenas existen, y que están en el desierto.



Mire, Cervera, tengo poco tiempo para hablar con usted. La verdad, ese asunto de Padilla lo tengo más que olvidado. Lo que le pasó en Moscú sólo fue responsabilidad de él mismo y de nadie más. Ya estuvo suave de que los enemigos del comunismo en México nos echen en cara lo que sucedió con ese señor. Pero lo más importante, si estaba de regreso y alguien lo secuestró camino a casa, pues ¿qué le puedo decir? Qué mala suerte, ¿no? A mí también me llena de tristeza saber que uno de los cuadros más brillantes de hace veinte años haya terminado en un calabozo de la Unión Soviética. Lo más que puedo hacer es enviar mis condolencias a la familia... ¿Qué? ¿Que si sospecho quién lo pudo haber secuestrado? Me da risa todo lo que usted piensa que yo sé. Mejor remita sus preguntas a la KGB, aunque veo poco probable que le respondan. Es usted muy preguntón, Cervera... Mire, acompáñeme a los vestidores, que

tengo una junta en dos horas y quiero aprovechar el tiempo que me queda aquí en la alberca... Hasta donde estoy enterado, hubo un relajó. Lo encontraron muerto en casa de su novia junto con el suegro, ¿no es así, Cervera? Pues mire, ese señor Hernández tampoco era una perita en dulce. ¿Sabe usted lo que hizo allá en España? Aquí llegó con la cara lavada, como víctima del franquismo. Pero aquí llegó a joder, a cagar el pastel. Al poco de su llegada, ambos se aliaron con Chito para correrme a mí y a otros compañeros del partido. Nunca fui un estalinista ciego, Cervera... A Narváez lo conozco desde hace como diez años, quizá un poco menos. Sólo le puedo decir que hace bien su trabajo. Si hay que quebrar costillas, las va a quebrar sin preguntar por qué. Su olfato político está domesticado ante el instinto policiaco, y si digo policiaco me refiero a la maña de sacar raja de todo... ¿No le importa dar cinco vueltas a la alberca mientras hago calistenia? Deje allí su saco. No lo vayan a salpicar. Cubra con él la pistolota que se carga en la sobaquera. Aquí nadie se la va a robar... Es usted muy ingenuo si piensa que nadie lo está manipulando. Hasta a los mejores pescadores se les va el anzuelo. Ya ve al general Zárate, que se tragó todita la jugada que le puso Morrillo, nada más por chingar a LeBlanc... ¿Que de dónde me entero? Le voy a decir sólo porque sé que no es ningún pecado mencionarle a una de las fuentes de Lorenzo, su padrino. El general Mujica se enteró de todo esto, sólo que no quiere meter su cuchara ni a favor de Zárate ni en su contra. Ya lo han chingado mucho al interior del ejército y por eso descartó poner al corriente a Lorenzo. Muy a su pesar, pues lo aprecia mucho... ¿Que si Zárate tuvo algo que ver en la reciente desaparición de Emilio? Para nada; si les mandó a la caballería hace algunos días fue porque pensaba

que el Chivo era algún alfil enviado por LeBlanc para joderlo en su propio terreno. Ya sabe cómo es la lógica de muchos militares, piensan que por ser comunistas le hacían el trabajo sucio a LeBlanc, embajador de México en país comunista. Muy elementales, a veces, esos pinches milicos... ¿Sólo dos preguntas más? Échelas, que no tengo mucho tiempo... ¿Qué? ¿Quién mató a Tomás? Me sorprende, Cervera. Parece usted un ministerio público. Al menos usted es más amable, y parece la excepción nomás porque es un policía balín, con placa hechiza y toda la cosa. Su poder no es de verdad, porque si lo fuera ya me hubiera detenido para interrogarme en la comisaría. La respuesta es no, Cervera. No sé quién pudo haber matado a Tomás. Lo peor es que se ensañaron también con su suegro y su prometida. No sólo quisieron dejar el terreno sin testigos, sino que hicieron un cagadero. No parece estar relacionado ese asesinato con alguna envidia política. Si hubiera sido detonado por alguien del gobierno, no le cuesta nada a la Dirección Federal de Seguridad secuestrarlo y quedarse con la marmaja. Aunque pudo ser iniciativa de un mando medio que sabía de las cantidades de dinero que guardaba el camarada Hernández. Le recomiendo que hable con Narváez. Haga un trato con él. Prométale una tajada del dinero, que en sí le pertenece al Partido Comunista. Como le dije, su olfato no está movido por la justicia y las leyes, como debería ser, sino por el varo, la marmaja, la papeluzo, el billete, la feria, el camarón. No somos muy distintos de los rusos y usted no es muy distinto de nosotros. Además, tenga en cuenta que si Padilla no aparece los rusos se van a parar de pestañas por su dinero, y más les conviene o encontrar a Padilla o el dinero, o a los dos juntos. Tomás no le importa a los soviéticos. Ya lo usaron, así

como él lo quiso usar a usted. Su muerte no les afecta, ni corona de flores enviarán a su tumba. Ellos quieren que Padilla aparezca sin un rasguño públicamente antes de la reunión de la ONU, esa en la que verán los asuntos del desarme nuclear. La entrega de Padilla les asegura al menos un voto neutral por parte de la misión mexicana en Nueva York. Hoy, el paradero de Padilla vale más que todo ese dinero... ¿Por qué detuvieron a Padilla en la Unión Soviética? Me va a ahogar de risa con sus preguntas, Nacho. Esa pregunta en realidad tiene muchas respuestas, sólo que ningún comunista se atreve a darlas por temor a que lo acusen de traición. Pero yo se lo diré, Cervera. Por una sola razón. Así como me ve, pronto moriré. Me ve usted bien, pero por dentro me estoy pudriendo. El cáncer de colon te mata así, en un tris. Ahora me ves, pues mañana no. Esta pendejada de venir a nadar es ocurrencia de mi esposa, que para mejorar mi sistema inmune y esas hierbas. Pero yo ya estoy muerto, Nacho... Le voy a resumir el suplicio de Padilla en cuatro palabras: envidia, abuso, paranoia y mala suerte. La envidia, porque nosotros lo mandamos a Rusia para que no estuviera chingando aquí. Con sus tranviarios y obreros metalúrgicos, boneteros y boleros de su lado, sabíamos que sería un estorbo para la agenda de agitación que teníamos desde Moscú. Se cumplían las órdenes que venían de allá. La revolución vendría después. Debo confesarle que Padilla tenía otro perfil. Nunca fue un intelectual, pero era un pinche encanto con las masas, sin contar su jodida honestidad. Era tan pinche inocente que si no me dicen que tenía un hijo, yo hubiese pensado que era célibe. Al cabrón se le ocurrió pensar que con la llegada de Cárdenas a la grande tendríamos un aliado. Nosotros sosteníamos lo contrario, que era un generalote que se daba baños

de pueblo. Y mandamos a Padilla hasta Moscú. Él, como hombre del partido, apechugó. Esto que le digo es en honor a la verdad, Cervera. Y no se espante por eso, porque los pinches priistas son iguales. Se asustan por la disciplina de nuestro partido, cuando ellos inventaron su mandamiento aquel de que, si es necesario, un político debe “comer mierda y sin hacer gestos”. Poco después, nosotros los comunistas, conmigo al frente del partido, nos comimos nuestras palabras y terminamos haciendo alianza con Cárdenas. Justo lo que Padilla proponía... ¿El abuso? ¿Por qué, Cervera? No pensamos que la situación se fuera a poner tan color de hormiga allá. Es más, las noticias que nos llegaban eran de la prensa soviética, así como el gobierno gringo tiene al millonetas de Hearst para hacerle creer a su pueblo lo que quieren que crea. De pronto, Stalin enloqueció más de lo que ya estaba chiflado, y a partir de un pitazo mandó, una vez más, a encarcelar a todo el extranjero que a finales de los treinta estaba en Moscú. La oposición trotskista era la excusa más usada por la policía del sanguinario comisario Yezhov, la acusación perfecta que tenían en su código penal. Emilio formó parte de la estadística de detenidos, torturados, encarcelados y humillados por Stalin, quien no sabía distinguir entre la duda razonable y su pavor a ser derrocado. Ahí fue donde se combinaron el abuso y la paranoia que fregaron a Emilio... Y la mala suerte, Cervera, pues porque se atravesó la pinche guerra, que no dependía de Stalin ni de Churchill ni de Roosevelt, mucho menos de Padilla... A esto, antes de que se vaya, Cervera, quiero sumarle el miedo, el temor que teníamos los comunistas de contrariar a Stalin. A la fecha, nadie quiere terminar con el cráneo partido por un piolet. ¿Usted sí?



“Esta noche”, pensó Cervera, “será decisiva para todo lo que consigamos”. Si Nicolás lograba colgarse de los teléfonos que habían pedido, tendrían una relación de todo lo sucedido en la última semana. Si hubo conversaciones entre el agregado militar de Estados Unidos y el soldadote de Romualdo Zárate, se podría conocer de sus negocios, sus enjuagues con el gobierno y, sobre todo, se sabría si Briceño estaba detrás de todo.

Las revelaciones que Chito estaba por darle podrían conducir a otra vía plausible: el secuestro por parte de sus compañeros para acallar las críticas internas; de este modo el grupo hegemónico al interior del partido podía ahorrarse la existencia de un hombre incómodo que pondría los puntos sobre las íes por cada declaración que dieran los dirigentes.

Dalila, por su parte, estaba acorralada. Estaban decididos a darle unas exprimidas para sacarle un poco más de información y, después de algunas promesas, entregarla a los agentes de Migración. En un par de días amanecería en La Habana.

Nacho hizo una escala en La Europea para llevarle un buen roncito a don Lorenzo. Conduciría después hasta el jacalón que tenían como punto de reuniones. “Eres un pinche malandro”, se dijo cuando las patrullas pasaron a un costado de su Custom Deluxe. El ruido de las sirenas alborotó a los transeúntes. Por aquellas intuiciones que sólo tienen los tipos maleados, Nacho pensó que se dirigían a la casa de seguridad que tenían en Indianillas. Sabía que sólo era una suposición, una figuración de sus propias obsesiones inmediatas. Podía dejarlos seguir y continuar el trayecto a su propio ritmo. Si el

convoy iba a otro sitio, sería sólo una corazonada sin sentido; pero tampoco se iba a perdonar si al llegar a la casa de seguridad veía al puñado de policías y militares derribando la puerta.

Cervera se tocó el sobaco para cerciorarse de la compañía de su Ruger. Al descubrir que la había olvidado, cerró el puño para darse golpes en la frente. Pisó el pedal para emparejarse a la punta del convoy.

—¡Oficial! —gritó al copiloto de la camioneta delantera. No sabía cuántos policías más iban en el interior de cada una de ellas. El hombre de gafas oscuras volteó y, alzando la cabeza de un tirón, le preguntó:

—¿Qué necesita?

El ruido de los motores hizo que Nacho alzara más la voz.

—Acaban de chocar dos autos en la esquina de Frontera y Chihuahua. Hay como tres heridos y cantidad de gente.

El copiloto respondió:

—Llame a urgencias y aléjese del lugar.

—Pero ¿no van a ir ustedes?

—Llame a urgencias y retírese.

Los detuvo el siguiente semáforo y ambos autos quedaron a una proximidad que le permitió a Cervera apostar por un último recurso, una inocentada. La entonación del copiloto lo evidenciaba como una persona acostumbrada a mandar, a pesar de su ignorancia.

—¡Oficial! Hay personas heridas en esa esquina. Vengo de allá y no se veía para cuándo llegaría una ambulancia o siquiera una patrulla.

—Se lo vuelvo a repetir, señor: llame a urgencias y márchese.

Nacho supo que se acercaba el momento de adelantarse al jacalón y llegar antes que esos hombres, quienes sin duda se dirigían a la detención de Robles, Nicolás, Apolo, Lucio y el Chivo.

Afuera, Narváez estaba ya con un grupo de policías que intentaba abrir la puerta apollillada.

—¿De veras cree que aquí se ocultaron los asesinos de Tomás? —preguntó Cervera al momento que cerraba la puerta del auto. Narváez volvió su horrible rostro con transpiraciones de carne tártara. Aspiró el humo de su cigarro y dio un empujón a Cervera:

—¿Qué haces aquí, Cervera?

—Tú haces tu trabajo y yo hago el mío.

Sin pedir permiso, Cervera caminó hacia los cuartuchos donde escondían al Chivo.

—¿A dónde vas, cabrón? —le gritó Narváez. A unos pasos, el Mojarras cuidaba a su jefe como perro guardián.

Cervera deshizo el camino y se plantó frente a Narváez. Llevó la mano a la pechera del *blazer* y sacó la placa que la tarde anterior había recibido en ese mismo jacal que era ahora cateado por elementos de la policía.

La exhibió.

—Creo que tengo algunas oportunidades de entrar a inspeccionar su trabajo y conseguir algunos datos que me ayuden a saber quién mató a mi amigo. ¿No lo cree, colega?

Sóstenes Narváez se levantó las gafas oscuras y observó la placa de Cervera.

—¿Dónde conseguiste esto?

—¿Qué le parece si le respondo con una pregunta?: ¿Dónde está y qué traía el maletín que encontraron en el departamento donde asesinaron a Tomás?

El convoy de tres patrullas militares llegó a la entrada del callejón. Del primer vehículo bajó el hombre con quien Cervera había conversado minutos antes.

—Estaba vacío, si eso es lo que te preocupa. Ni cartas de amor ni dinero ni fotografías. Na-da. Na-da es na-da —insistió mientras acercaba su aliento de carne tártara al rostro del detective.

El hombre de la patrulla llegó hasta Narváez y le dio un simple saludo de manos.

—¿Cómo está, coronel? —correspondió Narváez—. Le presento a Nacho Cervera..., nuevo elemento de la Dirección Federal de Seguridad. Nacho: este es el coronel Rubén Esqueda.

Nacho Cervera estiró la mano para saludar al oficial, quien caminó al interior del predio sin corresponder al saludo. Hizo un alto y se dirigió al jefe de la policía:

—Narváez, le recomiendo que ponga más oficiales en los cruces. Hay mucho hijo de la chingada que se pasa por el arco del triunfo los semáforos en rojo.

Narváez soltó una carcajada y respondió mientras daba tres palmadas a su abultado vientre:

—Pues para eso son las charolas que les dan en Gobernación, coronel. ¿O pensaba que nomás eran para destapar las chelas?

Antes de seguir con el cateo, Esqueda lanzó un escupitajo que cayó entre él y el varicoso de Narváez. En el predio lo esperaban sus hombres.

—¿Entonces puedo pasar a echar un vistazo? —preguntó Cervera.

—Nomás no toques nada. De un momento a otro se interesaron en la muerte de Tomás y desde la mañana están como ladillas pidiendo los expedientes y preguntándome todo lo que sé del asesinato.

Cervera caminó al predio donde horas antes había dejado al Chivo en custodia de sus dos ayudantes. Acarició la botella de ron,

en ausencia de la Ruger. Antes de atravesar la puerta apollillada, volteó y recomendó a Narváez:

—Y no le pegue duro a esa barriga, no vaya a lastimar a los cachorritos que lleva dentro.

—Hijo de la chingada —sonrió Narváez.

Antes de entrar al predio, Cervera dobló el codo en dirección al Mojarras:

—Y tú ¡chingas a tu madre!

Todo estaba como lo vio la tarde anterior: los matojos de chilote —esa hierba para purgar niños malcriados—, algunos tambos de acero arrumbados, un columpio oxidado que el propietario abandonó después de no encontrarle alojamiento y el jacalón de tres habitaciones y techo de asbesto.

Algunos de los hombres que acompañaban a Esqueda buscaban entre los matorrales y la parte trasera de los cuartuchos; otros estaban en el interior del jacal, dos de ellos sobre el techo y tres entrevistaban a los vecinos.

Cervera simuló examinar una de las ventanas. Supo que por alguna razón Chito y los dos ayudantes habían logrado huir y resguardar al Chivo. En el interior del cuarto estaban la misma mesa, las mismas sillas y el mismo pizarrón en el que un día atrás habían expuesto las porquerías de los milicos, las ensartadas que se daban entre los diplomáticos y las vergüenzas de los representantes de Estados Unidos.

La gente de Esqueda cuidaba cada movimiento de Cervera, que no tocara nada de lo hallado en esa casa de seguridad. En el exterior, el coronel daba órdenes a los dos hombres que inspeccionaban el predio desde el techo.

—¿Tiene algún rastro sobre el asesinato del señor Hernández, oficial? —preguntó Cervera.

—Negativo, señor.

—¿Sabe que su presencia aquí es un abuso contra la autoridad civil? —soltó el detective. Esqueda dejó de mirar a sus elementos y se paró de frente a Cervera.

—¿Y tiene usted algún problema?

—Yo no, oficial. El problema lo tendrá que resolver el secretario de Gobernación cuando sepa que ustedes estuvieron aquí —Esqueda paseó su legua por el labio inferior como buscando una respuesta al evidente abuso que señalaba el detective.

—Eso se soluciona fácil, señor...

—Nacho Cervera, pero diga mi nombre con cariño, no quiero que me dé mal de ojo.

Esqueda tronó los dedos y apareció uno de sus hombres, al que ordenó llamar a Sóstenes Narváez.

—Oficial Narváez, ¿tiene usted algún inconveniente en que mis muchachos revisen sus investigaciones por la muerte del señor Tomás Hernández, e incluso le ahorren un poco de chamba?

—Para nada, coronel.

—Entonces hágame el favor de retirarse junto con sus hombres. Le informaré de todo lo que encontremos aquí con puntualidad.

—Como usted ordene, coronel. ¿Cervera se queda con usted?

Nacho Cervera se había alejado del jefe de la policía y el coronel Esqueda. Entró de nuevo al jacalón. Le preocupaba que en la huida Chito y Nicolás hubieran olvidado algún documento, algunos apuntes que delataran su trabajo. No estaban ni los aparatejos de Nicolás ni las garras de su inquilino, ni había rastro de Apolo y Lucio. Los

militares sólo encontrarían la rata del tejabán y los ácaros siberianos del Chivo.

Ahí estaba también el pizarrón con los puntos de investigación trazados por Chito dos días atrás y que habían llevado a Cervera a darle sus calambres a la *vedette* cubana, a pagarle los alcoholes al juez Refugio Mendieta y al abandono de Laura.

Nacho sacó su pañuelo del bolsillo y corrió a borrar los garabatos del pizarrón.

—¿Qué haces, pendejo? —gritó uno de los soldados. Otros dos se le fueron encima. Cervera corrió a la puerta del jacal. Ya en el patio, apareció un militar más pistola en mano.

—Alto o disparo —le ordenó. Los cien kilos de humanidad de Cervera pararon en seco. El hombre ordenó que levantara las manos. Lo hizo.

—No sean putos, uno por uno —gritó a los otros dos soldados—. Muy chingones en bola.

El novel detective dio dos pasos atrás, sacó la botella de ron, los dos hombres desenfundaron sus armas. Cervera arrojó la botella al rostro de uno de ellos que, ensangrentado, gritó mientras soltaba el primer tiro.

Cervera, previendo la dirección del proyectil, saltó a un costado para buscar la barda más cercana y correr hasta alcanzar la calle o la casa aleña, pero el piso se le acabó antes de dar el primer paso cuando los militares lo mandaron al suelo.

—Mi coronel, ¿puede venir? —gritó uno de ellos.

Esqueda, quien aún conversaba con Narváez, entró a grandes zancadas.

—¿Qué desmadre es éste?

—El señor borró los garabatos que estaban en el pizarrón que está adentro.

—¿Alcanzaron a tomar notas?

—No, mi coronel —respondió avergonzado el hombre que detuvo a Cervera. El agente estaba ya custodiado por los soldados. Uno de ellos le había puesto las esposas y lo mantenía sujeto del cinturón; el otro lo jalaba de las greñas para que diera la cara a su superior. El Mojarras, que llegó para informar después a Narvárez de lo ocurrido, le descargó un puñetazo en el estómago al detective; los golpes en la base del cuello lo derrumbaron en la caja de la patrulla.

—Ora sí la *hicistes* en grande, Cervera —dijo el Mojarras mientras dos soldados cerraban las puertas del vehículo.

*

El auto se estacionó a orillas del Parque México, frente a la calle Parres. Los dos hombres bajaron del auto. Uno de ellos era alto, delgado, con traje bien cortado, un tipo acostumbrado a dar órdenes. El piloto era moreno, de camisa a rayas y una sonrisa con dos coronas de oro en los incisivos delanteros. Las gafas oscuras, a pesar de la tarde nublada, le daban el estilo necesario para arrasar con las chamacas de los barrios de Tlaxpana y Santa Julia, donde había encontrado a sus últimas dos novias entre las empleadas domésticas de Lindavista. Pero hoy no sería así, se resignó. Caminó orondo hasta la cajuela del auto, un Chevrolet 48, negro, rabón. En una mano llevaba las llaves del auto y en la otra un chicle tipo americano que arrojó en esa boca donde la mitad de las muelas estaban incrustadas de

amalgamas y la otra mitad, picadas por el piloncillo del café. El otro hombre, que evidentemente daba las órdenes en ese binomio político, esperaba frente a la cajuela sin ocultar el fastidio de tener que soportar a su compañero.

—¿Cómo está de batería? —preguntó a su ayudante señalando con la mirada el maletín color caqui que guardaban en el interior de la cajuela.

—Entera, la cargué desde anoche.

—Perfecto, Nicolás. Espero que esta bruja hable pronto para irnos temprano a casa.

El ayudante abrió la maleta. Apareció una grabadora de voz con una cinta en dos bobinas. Chito tomó el micrófono, le dio un par de golpecitos con los dedos y dijo: “Diez de octubre de 1955. Seis de la tarde. Dalila Estrada. Parres 55, Condesa”. Regresó el micrófono a su sitio. Nicolás cerró con cuidado el maletín para que el micrófono no se saliera de su sitio. Caminaron media cuadra hasta la casa de la *vedette*.

—¿Tienes algo planeado? Esta mujer es una bala.

—Lo tengo todo bien hecho, chaparrito. ¿Te acuerdas de mi amigo Marcos Sotelo, el de Gobernación?

—Nada. Habla.

—Dice que han seguido a esta mujer desde que llegó al país hace seis meses. Tengo copia y perfil de su verdadero nombre y de lo que hace aquí en México. Es una centinela del dictador Fulgencio Batista, encargada de notificar las actividades de la disidencia cubana. Iremos lento, le vamos a dar un buen calambre.

La grandeza de ese barrio con ansias de pedigrí para ocultar las ojeras transita en sus autos último modelo, se asoma presuntuosa en sus ventanales con columnas de cantera rosa, en las paredes blancas, las

tejas rojizas cuales labios pintarrajeados y las dos o tres iglesias imitación balín de lo aprendido en las andanzas europeas de sus fundadores.

Tocaron el timbre de la señora Estrada. “Tira ese chicle”, le exigió Chito a su acompañante; Nicolás lo escupió en la banqueta y se echó las gafas sobre la mollera. “Diga”, respondió una voz femenina al otro lado de la puerta con herrajes negros y vidrio biselado que sólo permitía ver al interior la figura vaporosa de una mujer contenida por un vestido negro a rayas. Al abrirse la puerta, la pareja de agentes descubrió a una Dalila sonriente, con su par de ojazos grises, el piernón brutal y la invitación, nadie sabe si sincera o demasiado ensayada, de “Pasen, oficiales. Qué gusto verlos. Los esperaba desde hace rato”.

Dalila ordenó a la servidumbre traer unos vasos de agua de limón con chía para los oficiales y, después de esto, que no interrumpieran su conversación.

—Y dígame, oficial Robles, ¿qué más puedo hacer por su amigo Emilio? —preguntó ella con la pierna cruzada y la trompa parada en una mueca de interés demasiado aplaudida.

Nicolás sacó su libretita y mojó el grafito del lápiz con la punta de la lengua para tomar nota de los aspectos de la conversación que no quedarían registrados en la cinta de audio que corría en el maletín al lado de sus pies.

—Señorita Estrada —comenzó Chito—, supongo que, como le recomendó mi compañero Cervera, ya se puso al tanto sobre quiénes eran los personajes a los que invitó a su casa en días pasados, los señores Bazikov y Dubbs.

—Ni me diga, oficial, que de sólo acordarme me da un pánico tremendo que se metan a la casa por el balcón. Una mujer sola no

puede estar segura en esa situación. Veá, no he dormido bien desde que ese gringo me mandó la lengua de res con el recado aquel.

—Entiendo, señorita. Por eso queremos ofrecerle un trato. ¿Quiere usted regresar a su país?, ¿tiene residencia temporal o permanente aquí en México?

—Yo ya me quiero ir, señor. Lo que pude hacer ya lo hice. No vale la pena arriesgarme más a que en unos días ese trabajito de babalao se cumpla y me vaya a suceder algo —respondió una Dalila cada vez más temerosa pero que luchaba por mantener la calma.

—¿Cuándo sale su avión?

—En tres días. Ya liquidé la renta faltante de la casa y di las últimas instrucciones a los dos mozos. Estamos a mano. Uno de ellos enviará el resto de mi guardarropa en unos días; el menaje ya está repartido entre mis amistades.

—Le ofrecemos custodia desde hoy hasta que ponga el primer pie en el avión. Pero necesitamos que nos ayude —el atuendo de burócrata de Chito perfilaba la conversación como si fuera una entrevista de recursos humanos, aunque ausente de más formalismos. Nicolás Poblano tomaba nota de las reacciones de la mujer ante las preguntas de su compañero. Continuó Chito—: Quiero que haga ejercicio de memoria y nos platique lo que le llegaron a comentar Bazikin y Dubbs sobre lo que estamos buscando. Pero, antes de todo, usted le dijo a mi compañero Cervera —“¿Dónde estará ahorita el pinche Cervera?”, pensó Chito— que Dubbs habló de un marcaje durante el vuelo a un señor de la embajada de México en Moscú y al tipo que venía acompañando, es decir, Emilio. ¿Estamos hablando del mismo tipo? ¿Quién era su presa? ¿Emilio o el secretario Marrón?

La cotizada cubana abrió los ojos con sorpresa, como si no entendiera lo que Chito le estaba preguntando.

—Bueno, creo que se entendió muy bien, chico. Ellos venían siguiendo el movimiento de Marrón —los agentes cruzaron miradas. Por lo que decía la mujer, los gringos tenían más interés en Marrón que en Padilla, contrario a la idea con la que trabajaron desde el primer interrogatorio con Dalila.

—¿No abundó más? —le insistió Chito.

—No, papi. Como le dije al señor Cervera, el coronel Dubbs se quedó dormidote, estropeándome con sus babotas el sofá en que está usted sentado. No habló más.

Chito volteó a ver el forro de terciopelo del asiento que ocupaba. No pudo contener una expresión de asco, pero se contuvo para no romper el ritmo del interrogatorio. Se acomodó los espejuelos, se peinó el bigote con los dedos y continuó:

—Señora...

—Señorita —interrumpió la pelirroja.

—Disculpe... Señorita Dalila, ¿cuánto tiempo llevan de conocerse usted y el coronel Dubbs?

La mujer levantó los labios en una expresión de duda.

—Seis meses.

—¿Seis?

—Anjá —recalcó parando nuevamente la trompa mientras asentía con la cabeza.

Nicolás Poblano, que no olvidaba la ocasión anterior en que lo llamó “enano” de la manera más hiriente, pensaba en cómo esta obliguista no podía dejar de coquetear aunque estuviera a punto de irse al hoyo.

Chito Robles creyó pertinente no mencionar el asunto de las ojivas atómicas.

—¿En esos seis meses nunca le habló del seguimiento que le han dado a los soviéticos y a algunos funcionarios y políticos mexicanos por un asunto de patentes de energía nuclear?

Con los labios en ristre, Dalila parecía pedir un beso pero, contrario al ritmo que había adquirido en negarlo todo, respondió:

—¿Qué tan peligroso es ese tema, agente Chito?

—Será más peligroso en la medida en que no coopere, Dalila. O, dicho de otro modo: estará más a salvo si nos comparte todo lo que Dubbs le confió. A ver, platíqueme.

Ella meditó su decisión unos segundos, en los que no dejó de morderse el labio inferior. Trataba de dominar el miedo y aparentar firmeza de decisión, el unívoco teatro de la verdad, el más lejano de la farsa a la que estaba acostumbrada a hacer en los cabarets. Ella, tan habituada a la maña de decirles a los hombres lo que ellos quieren escuchar, esta vez no estaba para complacencias sino para salvar el pellejo. Por fin, accedió:

—Los gringos temían que su queridísimo secretario de la embajada de México en Rusia estuviera vendiendo información a los agentes soviéticos aquí en la capital.

—¿Cómo? ¿Marrón? —repitió el yaqui.

—Sí, enano. Ya te dije.

A medida que la mujer avanzaba en su confesión, el mapa mental que Chito había desarrollado a lo largo de esos días se iluminaba en terrenos oscuros. Sin embargo, lo relatado por su informante carecía de elementos para descubrir el paradero de Emilio, así como la identidad de sus secuestradores: ¿quiénes fueron?, ¿los rusos o los

gringos? Hasta ese punto de lo que Chito y Nicolás conocían, las posibilidades de que uno u otro bando hubiera secuestrado al mexicano errante se dividían dos a cero a favor de los norteamericanos. Los gringos, para hacer desistir a Marrón de sus posibles intenciones de vender información a los espías soviéticos en México: un infeliz calambre con el sello de estate quieto y para echar a perder los gestos de buena voluntad de Jrushov con el gobierno de México ante la próxima votación en la ONU. Los rusos, en cambio, perdían más con el extravío de Emilio, por lo que habían invertido buena cantidad de dinero en encontrarlo; dinero que, hasta donde sabían, continuaba en posesión de Narváez.

Chito retomó el interrogatorio:

—Entonces, ¿su prioridad no era Padilla?

—Pues yo creo que no, chico. Ellos también tienen presos metidos en cárceles de allá, y pienso que cualquier cosa que les pudiera contar ese señor extraviado les habría servido a los gringos para regresar a los suyos, ¿no? Si les podía contar su experiencia a la buena, ¿para qué hacerlo a la mala? No sé mucho de política, pero se parece mucho a los chismes que se dan en todos lados. En Marianao, en la Guerrero o en Tetuán, creo que es lo mismo, ¿no lo cree, oficial?

Chito conservó la templanza, de lo que Nacho no fue capaz en su anterior entrevista. Repasó lo relatado por el joven detective días atrás a partir de su reunión con la *vedette*. Buscaba un hueco por el que pudiera descubrir alguna jugarreta de Dalila.

—Me cuenta mi compañero Nacho que es usted de La Habana.

—Sí, papi, del mismo Vedado. Línea y 14, cerquita del malecón. Si un día andas por ahí, puedes pasar a invitarme un trago.

—Ya estoy viejo, Dalila.

—También el coronel Dubbs. Los viejos son más generosos, papi. A mí nunca me podrán acusar de ingrata.

—Usted sabe más de lo que nos ha dicho. Por favor, sea buena. Las personas que cooperan regularmente se ven más lindas, cuantimás personas como usted que llevan adelantado un trecho de lindura —dijo Poblano con sus dotes de señor romántico, un atrevimiento que molestó a Dalila, sobre todo por no ser de su agrado.

—No estoy hablando contigo, enano.

—Primero quiero que me diga cómo quiere que la llamemos: ¿Dalila Estrada o María Elena Estévez? Usted dice —preguntó Chito.

—¿Cómo que María Elena? Me está confundiendo.

Chito detectó la estrategia de la cubana de negarlo todo y mantenerse en su mentira.

—Nada de confusiones, Elena. Te tenemos de las greñas. Sabemos quién eres. No te hagas la occisa.

—¿De dónde tú sacas ese cuento, papi? No te pongas rudo, por favor. A mí me hablas bonito.

—Le estoy hablando bonito, y no me diga papi. Afuera están dos agentes de Migración esperando mi señal para tomarla con todo y sus chivas para mandarla de regreso en el primer vuelo a La Habana y confiscarle todo. ¿Entendió? Todo. Vas a regresar a Cuba con lo que llegaste: ese cuerpecito, sólo que un poco más desgastado. Vas a empezar de cero —Chito extrajo de su saco un folder color manila con tres hojas membretadas con el código de la DFS. La mujer tomó el expediente y hojeó la minuciosa relatoría hecha por los agentes desde su llegada al aeropuerto hasta la visita hecha por Cervera días atrás, pasando por sus amantes en ambas embajadas.

—¡No! Esto no puede ser posible. Me está confundiendo, oficial.

—¡Ah! Ya me dice oficial. Antes era el pinche Chito.

—Más le conviene que coopere —intervino Nicolás.

—¡Cállate, enano!

—¡Habla, enano! —la contradijo Chito en respaldo de su compañero. Poblano se puso de pie y caminó frente a Dalila. Ella estaba a punto de declararse fiel colaboradora en la causa de Emilio Padilla. Sólo faltaba un apretón de tuercas que el enano yaqui Nicolás Poblano estaba a punto de ajustar.

—¿Ve a esos dos tipos parados en la acera de enfrente?

—Sí, señor. Los veo.

—El barrendero y el panadero. ¿Los había visto antes?

—No, papi. La servidumbre se ocupa de atenderlos.

Poblano y Chito cruzaron miradas de complicidad. El flaco tomó la palabra en esta tremenda exprimida de declaraciones que le estaban dando a la agente cubana:

—Si piensa dedicarse al servicio secreto, debe poner más atención en esos detalles. Esos dos son los agentes Murrieta y González, que la han estado siguiendo desde que se instaló en esta casa. A veces con esos atuendos, otras más como vendedores de Biblias. Se sorprendería si le digo que ellos instalaron los tres últimos tanques de gas que ha ocupado en esta casa. Por cierto, me pidieron que le avisara que la sirvienta toma sus joyas para ir de fiesta los domingos.

—María Elena —dijo Poblano—, le conviene ayudarnos. La trataremos bien.

Dalila, o María Elena, se tomó la cabeza con las manos y comenzó a negar en voz baja que todo eso estuviera sucediendo. Lanzó un último suspiro y dijo:

—Aún hay algo más. A ustedes les han robado un dinero. Una importante suma de dinero que llegó de Rusia.

—¿Está el oficial Narváez relacionado con este robo? —preguntó Poblano, quien no lograba ocultar su satisfacción de que la diva dejara de llamarlo enano.

—No. El coronel Dubbs mencionó cuando estuvo aquí por última vez que, según supieron por un informante dentro de su partido, los dirigentes piensan que alguien les robó el dinero destinado para recuperar a Padilla. Dicen que Labrada está, ¿cómo dicen ustedes?... que se lo lleva la chingada. Lo peor es que no pueden denunciar el robo porque era para una labor encubierta —María Elena había recobrado la postura altiva con que recibió a los dos agentes. Se sabía entre iguales y sostenía su seguridad en la petulancia con la que trataba a quienes no eran de su especie o no podían dejarle algún beneficio tan fácil—. Caballeros, ahora los invito a que negociemos —dijo al momento en que cruzaba una pierna en descarado flirteo con los dos agentes—. ¿Sabe usted hablar francés, agente Chito?

—Un poco, señora. ¿Por qué?

—¿Sabe usted qué es un *ménage à trois*?

Los dos agentes volvieron a mirarse, esta vez confundidos por las palabras de Dalila, o María Elena. Chito observó dudoso la actitud de la *vedette*, que lo invitaba a acercarse con una sonrisa y un arqueado de cejas. Poblano, más provinciano que su camarada, mantuvo los ojos abiertos en franca sorpresa por el tipo de propuesta que les hacía María Elena, o Dalila. Estaba a punto de intervenir para pedir que la mujer le tradujera su oferta en buen castizo cuando Chito lo interrumpió:

— ¡Al diablo, vieja bruja!

Los dos se lanzaron sobre la cubana y la tomaron de los brazos para colocarle las esposas. Chito soltó un chiflido al par de agentes que esperaba afuera de la residencia, a quienes se sumó un tercer elemento a bordo de una camioneta. La sublime pelirroja del vestido negro enganchador salió por la puerta principal con el mismo garbo que siempre había mostrado en la función de media noche. Sólo que en este entarimado no había luces, no había plumas de cisne pintarrajeadas con anilina y tampoco espectadores con los puños llenos de billetes que verían con asombro cómo los oficiales se llevaban a esa mujer de desayunos vespertinos y despertares punzantes.

*

Aún recuerdo el primer interrogatorio del embajador LeBlanc. Al inicio intentó hacerlo en ruso y después, sabiendo la inutilidad de su esfuerzo, lo hizo en español:

— ¿En qué le puedo ayudar, señor Padilla?

Me miraba con curiosidad, también con espanto y reserva. No dudo que en su mente además estuviera haciendo cálculos sobre los costos que traería a la embajada mi eventual alojamiento; quizá también pensaba en qué tareas me podrían asignar para ganarme el pan, aunque aún tenía serias dudas de mi palabra. No lo culpo. Por entonces Europa se había convertido en tierra de estafadores que aprovechaban la confusión de la posguerra para usurpar identidades.

Quien quiera reconstruir mi historia habrá de imaginarme no con esta camisa, saco y corbata de burócrata del Seguro Social, donde hoy

trabajo, sino con uniforme de dril y unas botas desgastadas, sucias de lodo seco en las suelas y las agujetas. Mi tono de piel es blanco, tipo ibérico. Mis ojos son verdes. Para ellos yo no era Emilio Padilla, el mexicano extraviado en Siberia: era un cosaco con las mejillas quemadas por el sol. Atrás de mí hubo muchos otros que no lograron pedir auxilio, o que su llamado llegó muy tarde. Por ellos nadie reclamó, sus familias los dieron por muertos. Prendieron veladoras antes de tiempo.

—Creo que ya le contaron mi historia, mi amigo —respondí mientras sorbía el café que la secretaria me había ofrecido. Me tenían en el lobby de la embajada, a unos pasos de la salida y con el agregado militar enfrente de mí sin quitarme la vista de encima—. Lo único que quiero es que me ayuden a regresar a casa.

—¿Tiene usted algún documento de identidad que acredite que efectivamente usted es quien dice ser? Sin eso, tendrá que esperarnos fuera de la embajada por algunos días mientras verificamos todos los datos que nos ha dado.

—¿Cómo le explico que a todos los expatriados aquí nos han arrebatado pasaporte o cualquier otro documento de identidad? Lo único que tengo es esta carta que me dio el administrador del taller de zapateros en donde trabajé los últimos años. En ella menciona mi nombre y me recomienda para trabajar en los altos hornos de Artemovsk. Tengo que serle franco, creo que puedo confiar en ustedes. Mi intención nunca fue llegar a esa ciudad. Hice todo lo posible para que la ruta hacia allá pasara por Moscú y poder presentarme con ustedes.

En los rostros del embajador, el agregado militar y el secretario Crespo había una mezcla de entendimiento, pero también de asombro y duda. No sabían quién era yo y mi aparición les parecía un acontecimiento increíble, aunque al mismo tiempo muy posible.

—Interesante historia, señor Padilla. ¿Cómo dice que llegó a la aldea de Suchinsk, Kazajistán?

—Fue el único destino en el que encontré refugio durante la guerra.

—¿Cuáles son sus referencias en México?

—Deben buscar a mi amigo Adolfo Serrano. Sé que ahora ocupa un puesto importante en el gobierno mexicano. Busquen también a mi amigo Lorenzo Acosta. Ahora es diputado por el PRI. También a mi esposa, Cecilia Beltrán. Ellos le pueden dar muchas más referencias de mí.

—Mire, mi amigo, no puedo darle asilo en la embajada sino hasta que verifiquemos su identidad. Esto que nos ha dicho es suficiente para que nuestros muchachos visiten a sus amigos y familiares. El licenciado Crespo, aquí presente, le dará un poco de ropa y una cooperación que hemos hecho en la embajada. El coronel Rojas le enviará, por medio de nuestra cocinera, una comida al día al lugar que nos indique hasta que tengamos noticias de México. ¿En dónde y a qué hora puede recibir esta colación?

—No lo sé. Acabo de llegar a la ciudad. Y la veo tan cambiada que no tengo la menor idea.

El coronel, un hombre práctico, tomó la decisión:

—Espérela todos los días a las dos de la tarde afuera de la estación Leningradsky. Creo que es la más cercana a la embajada. Y por favor, no se aleje mucho y no se meta en problemas. Su alojamiento tendrá que resolverlo por su cuenta el tiempo que dure esta diligencia.

Y así fue que dormí durante una semana en la estación Leningradsky. En mis años en el pueblo de Suchinsk había tenido que recurrir a trabajos ocasionales y precarios con tal de ganarme un plato de lentejas o un mendrugo de pan. Aquí fue lo mismo durante esa semana. Para esas fechas yo tenía doce años de vivir en Rusia, en las cárceles y en esa aldea polvorienta del Asia Menor; tenía un dominio fluido de la lengua rusa y algo de kazajo.

No podía evitar el tono extranjero, pero lograba comunicarme con bastante soltura en ambas lenguas. “¿Qué es la indigencia?” me pregunté muchas veces. La indigencia es dormir durante todo el día en un vagón abandonado de la estación de ferrocarril para olvidarte del hambre. Por dos días fui maletero en la estación, hasta que los vigilantes me lo impidieron. Otros tres miserables que tampoco tenían techo ni petate para caerse muertos me compartieron un poco de su espacio en un vagón en el deshuesadero de ferrocarriles. Los hambrientos nos reconocemos en la calle como si tuviéramos una banderita o un sello en la frente. Y no hablo de los pedigüeños, que bien pueden conseguirse un oficio, por más precario que sea. No. Hablo de los verdaderos miserables, que no tienen a nadie en la vida, que van por el mundo con una mano adelante y otra atrás, con los calzones deshilachados y el rostro manchado de jiones. También fui mandadero por un día en uno de los restaurantes que comenzaban a abrir en Moscú luego de la guerra.

Una semana después, la cocinera que me llevaba el itacate me dio un recado del embajador. Pedía que me presentara ese mismo día. Había noticias favorables. Al llegar, la actitud fue distinta. Habían recibido información detallada de mi vida aquí en México. Me dieron asilo. Comenzaron siete meses de tortura, de mandatos, de tensiones entre mis benefactores y yo, un individuo hecho a las penurias y la escasez. Me dominó la ansiedad por volver a la normalidad, una normalidad de la que ya había olvidado sus reglas y coordenadas, una normalidad que ya no era la misma porque nosotros ya no éramos los mismos. Lo primero que pedí fue que me dejaran dormir en el suelo. Y no porque me incomodaran los olanes y el calor de las sábanas, sino porque mi intención era dar la menor cantidad de molestias. Se me asignó un cuarto de dos por tres metros en el sótano. Sólo tenía espacio para una cama, un pequeño buró y una silla. Nuevamente me convertí en mandadero de voluntades

ajenas: “Emilio, tráigame un traje que dejé en la tintorería; Emilio, vaya por la correspondencia; Emilio, acompañe a la cocinera por la despensa”. Más por una necesidad que por un rasgo de humanidad, el coronel me ofreció que le ayudara como secretario. Nuestro acuerdo no duró más de dos semanas. Yo les ayudaba en la traducción de notas periodísticas del ruso al español y él, en cambio, me pagaba una comida diaria y algunos rublos semanales, por lo que dependí en menor medida de la ayuda que el embajador me daba de su propio bolsillo. Comenzó a dudar de mí por mi historial comunista. ¿Se imaginan el rechazo por partida doble? Los soviéticos me acosaban por considerarme un espía del imperialismo yanqui; en mi embajada levantaban la ceja cada que yo salía sin dar explicaciones. Esa es una segregación de la que no he podido despojarme. Aun cuando he regresado a mi país, mis antiguos camaradas me tachan de traidor. ¿Por qué? ¿Porque no regresé hablando dulzuras del tío Stalin? ¿Porque peleé en todo momento por regresar con mi familia? Fui extranjero allá y hoy soy un extranjero en mi propia tierra. Extranjero siempre.

Un día se me apareció el embajador echando rayos y centellas. Me dijo: “Ese Molotov está loco”. “Pero ¿qué pasó?”, le pregunté. Pues el señor se negaba a entregar mi pasaporte y a que se me diera mi visa de salida del país. Su idea, muy burocrática, era que debía tramitar la devolución y el permiso en mi país de residencia, Kazajistán. Me mandaban de regreso al mismo sitio en el que había perdido seis años de vida, en medio de presidiarios comunes, martillazos de zapateros, palabrotas de curtidores y la más enloquecedora soledad.

El embajador, evidentemente cansado de la situación que vivíamos, me dijo que no había mejor opción que acatar las órdenes de los soviéticos. Dijo que debíamos esperar un par de semanas más. Para el trámite que nos imponían solicitó que desde Varsovia enviaran al señor Ernesto Marrón,

attaché de prensa y una persona de sobrada habilidad negociadora. Ambos, LeBlanc y Marrón, habían llevado con éxito algunas negociaciones en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial. Lograron, con ayuda de la marina mercante noruega, que se permitiera la salida de dos buques llenos de familias judías, las cuales llegaron con bien a México.

Marrón resultó ser un tipo dicharachero con la gente cercana, pero meticuloso con los extraños; tenía la suficiente calidez para ganarse en poco tiempo la confianza de cualquiera. Aun así, sabía levantar la voz cuando era necesario, y era bohemio como pocos. Antes de entrar al Servicio Exterior, Marrón había hecho una carrera como periodista. Unos días antes de nuestra partida a la ciudad de Almaty, capital de Kazajistán, a donde me enviaron a hacer el trámite, Marrón y yo pudimos refrescarnos la garganta con unos vodkas. A Marrón, como al resto de mis anfitriones, les intrigaban las causas de mi primera detención. Esa noche, en medio de la borrachera, y esperando a que el alcohol me aflojara la lengua, preguntó:

—Ya en serio, Padilla, ¿nos va a contar por qué lo detuvieron la primera vez?

—Esa pregunta me la sigo haciendo aún ahora, amigo. Doce años después sigo creyendo que la molestia vino porque llamé a mis compañeros a que contáramos la verdad cuando volviéramos a nuestros países. Y es lo que estoy haciendo con usted, Ernesto. En medio de tantas simulaciones, sólo nos queda la verdad. Más allá de la revolución, más allá de la militancia, más allá de nuestras propias convicciones está la verdad. Al final, si no hubiera sido por ese atrevimiento, habrían inventado otro motivo. La trituradora siempre está lista para recibir carne fresca.

Por fin llegó ese día de invierno, a mediados de enero, en que tuvimos que partir de nuevo a Kazajistán. Marrón y yo tomamos el ferrocarril. El cocinero húngaro que nos ayudó a acarrear las maletas aprovechó un

descuido mío para tomarme una fotografía, la más desastrosa que he visto. Habían pasado doce años desde mi salida de México, pero ahí aparecía yo a punto de la vejez; aún con la espalda recta, pero con el cansancio de un sexagenario, esa fatiga que no vemos en las ojeras o la somnolencia sino debajo del pellejo, un reclamo de toda una vida.

Dos noches después, a mitad de camino entre Moscú y la capital de Kazajistán, detuvieron el convoy en una posta del ejército. Estábamos en medio de la nada. Si volteabas para atrás, sólo podías ver la pradera cubierta de nieve y partida por las vías del ferrocarril; a los costados, nieve y más nieve; frente a nosotros, un puñado de soldados. “Señor Marrón, tenemos la orden de llevarlo de regreso a Moscú. Usted no tiene derecho a transitar por otra ciudad que no sea Moscú”. Mi camarada se negó y alegó su estatus diplomático para acompañarme en el trámite migratorio. El sargento a cargo le respondió: “No nos obligue a ser más enérgicos”.

Y se lo llevaron. En situaciones como ésa no hay mucho qué polemizar. Nosotros, los del montón y sin futuro, seguimos nuestro camino para poner otro episodio en esa noche oscura. Al final, si no había conseguido mi regreso, al menos había logrado comunicarme con los míos, enviar algunas cartas y organizar aquí a un grupo de amigos y familiares para lo poco que se puede hacer: garantizar una colecta mensual que me asegurara un sustento en Almaty, una ciudad nueva para mí y que me auguraba algunas licencias que hicieron un tanto más llevaderas las sucesivas negativas migratorias. Fue ahí donde recordé que la calle, nuestras libertades y la posibilidad de ser amado le seguían perteneciendo a los chacales.

Diecisiete años antes de la detención de Nacho Cervera y su confinamiento durante unas horas en las bartolinas de la Dirección de Policía y Tránsito de Tlaxcoaque, los señores José María Garci Crespo de la Vega y Carlos Silva fundaron una empresa en el ramo de bebidas embotelladas. En 1938 se vivía un *boom* de las bebidas gasificadas; en sus nuevos envases de vidrio y sellados con corcholatas, desplazaron en poco tiempo a las aguas frescas y al pulque. La embotelladora creada por los dos empresarios recibió el nombre de Manantiales de Tehuacán, S. A., por su ciudad de origen, y pronto sacó a la venta su producto insignia.

Enriquecida con carbonatos, cloruros, sulfatos y otros minerales de los manantiales aledaños a esa ciudad, la bebida recibió el nombre popular de Tehuacán.

La ingesta simple es por vía oral, pero el ingenio mexicano la ha aderezado con infinidad de ingredientes: limón, sal de grano, sangría, o con una mezcla de chabacano, polvo picante y azúcar llamada chamoy. Además, también es usada como tónico de bebidas alcohólicas.

Si las sales y el gas de esta bebida, como es lo común, entran al organismo por vía bucal, generan una sensación de efervescencia y frescura. Pero si la ingesta es por vía nasal, el Tehuacán provoca un efecto de asfixia en el organismo vivo, supongamos un hombre detenido por la autoridad y que se llama Nacho Cervera.

La técnica puede ir acompañada de puñetazos en la boca del estómago para sacar el aire contenido en los pulmones de la víctima, e inmediatamente se aplica otra dosis de Tehuacán por vías nasales. Lo anterior va complementado con tablazos en las asentaderas o en las plantas de los pies y golpes en la base del cuello como si se aplantaran bisteces.

Estos ingredientes, partículas de agua, gas y minerales, en la ecuación adecuada de las acciones y las cantidades que indica el manual, son capaces de romper el orden, hacer que un hombre sienta cómo su cuerpo se desintegra y vuelve a armarse a base de golpes y bocanadas desesperadas en una secuencia interminable en la que el tiempo parece fracturado, donde no existe orientación, no hay arriba, no hay abajo, y la vida diurna se pierde en una vieja añoranza de lo que fue una vida, porque sabes que ése es el último resuello, la nada, el caos, las partículas del caos.

Sin estar en su propósito inicial, los señores Garci Crespo y Silva inventaron un producto que al paso de los años se convertiría en una de las herramientas más poderosas de la ingeniería mexicana de la tortura.

Esa noche, Nacho Cervera conoció el infierno de Tlaxcoaque. No sabía en qué sitio estaba, qué hora era ni qué sería de su vida. La estancia allí fue breve, pero suficiente para conocer la cisterna del edificio y los pasillos húmedos, con un hedor que parecía concentrar la huella de los cientos, miles de torturados que habían pasado y habrían de pasar por esas mismas celdas.

A media noche lo dejaron libre, a unas calles de su departamento, con unos zapatos viejos en la mano y el *blazer* empapado, chorreando de agua puerca. Simplemente abrieron la portezuela del auto y lo dejaron ir con una palmadita en la espalda.

Narvéez observaba desde un auto estacionado en otra esquina. A pesar de la penumbra, Cervera pudo ver su risa complaciente. Era su papel y lo cumplía con una religiosidad en la que el verbo tutelar se resumía en el puñetazo certero y la caricia de las cachas. No hubo interrogatorio, algo que Cervera no supo interpretar como

un buen signo o un anuncio del final. En realidad, supo después, sólo intentaban darle un castigo. Éste era el mensaje: no te metas en donde no te llaman.

Subió las escaleras a su apartamento con paso torpe. Llegó a pensar que podía entregarse a la voluntad de sus plagiarios. De querer, lo habrían ejecutado. Él no se hubiera opuesto. Abrió la puerta de su morada. En el suelo de linóleo estaba el sobre color manila con la carta fulminante en que Laura le avisaba de su decisión de correr detrás de su marido, “impulsada por tu indiferencia”. Apretó la hoja y la arrojó por la ventana sin importarle que al día siguiente la encontrara la portera.

Se miró en el espejo del baño, con su hematoma bajo el ojo izquierdo, la cabellera totalmente despeinada como si nunca le hubieran pasado un peine y con dos mechones faltantes, las ropas húmedas. El desastroso recuerdo de Laura era una constante que le arrebatava la calma en esa noche de la más jodida soledad. Era el estribillo que su ilusión pasajera tarareaba en sus labios reventados.

*

Esta historia ocurrió en Almaty en 1948, cuando tuve que enfrentarme nuevamente a la burocracia soviética. Todos los días iba yo al restaurante número 27 de la ciudad. Era un local que tenía una fuente adornada con mampostería imitación Samarcanda. Cada cierto tiempo, un anciano tallaba los pisos de cantera y las paredes de loseta. El viejo, que en su juventud había construido junto con otros hombres distintas líneas férreas en la zona ártica, se ganaba unas monedas en

oficios dispersos. Una vez cada tres semanas lavaba la fuente con permiso del administrador, aunque en realidad no necesitaba ese aseo. Hacía cinco años que el agua no corría por la tubería que daba vida a esa fuente a causa de una avería de la bomba hidráulica. Nadie se atrevía a exigir recursos para repararla. En esos años de posguerra, esa petición se habría tomado al menos como una frivolidad, si no es que como un acto de sabotaje. En un principio compartió su solicitud al administrador del restaurante, quien remitió en dos años cinco oficios para que se le proporcionara alambre de cobre y un poco de cable para reparar el motor de la fuente. Sin embargo, por el miedo a ser tachado de frívolo, el administrador, un georgiano de calva lustrosa y bigote de cantante de barcarola, dejó de insistir.

—Así funcionan aquí las cosas, camarada Emilio —me dijo aquella vez el viejo Roman Smirnoff, como se llamaba el anciano—. La gente nos tiene lástima a los viejos. Causamos un respeto y una ternura que a veces no merecemos, ¿no es así? Pero la gente no siempre sabe lo malparidos que hemos sido.

Desde hacía meses, cuando llegué a esa ciudad, que creí sería la última escala de mi peregrinaje burocrático, ése era el sitio donde me sentía más cómodo. No sólo los precios de la comida, que me parecían amigables, sino la variedad de comensales y las decenas de historias parecidas a la mía me hicieron volver con más frecuencia. A pesar de haber atravesado por una guerra, los parroquianos se mostraban cordiales conmigo, incluso había hecho amistad con uno de los jefes de la región militar. Lo que comenzó como una pregunta curiosa por parte del coronel Fedórchenko se había convertido en un acuerdo para recibir clases particulares de español. Además, en ese restaurante podía sentarme a escribir los mensajes que enviaba a mi familia y amigos en la Ciudad

de México... y a mi querida Lina, mi capricho del desierto, mi único consuelo, con el que podía soportar la cada vez más fuerte posibilidad de que no me devolvieran el pasaporte.

*Amapolita morada de los llanos de Tepic,
si no estás enamorada, enamórate de mí.*

Eso fue lo único que logró aprender el viejo Roman Smirnof de tanto escuchar mis clases al coronel Fedórchenko. Al paso de los meses, el viejo y yo habíamos creado una especie de espacio compartido, que eran dos mesas contiguas en uno de los rincones de restaurante. En vez de compartir mesa para echar trago y humo de tabaco como la gente común, cada uno se había adueñado de uno de esos desvencijados muebles, donde podíamos disponer de nuestro propio espacio para leer el periódico o, en mi caso, tomar apuntes en mi libreta. No sucedía lo mismo con las sillas, que colocábamos una junto a la otra. Así podíamos mantener largas conferencias como dos ancianos de pueblo. En el momento que Smirnof deseaba concentrarse en el crucigrama o yo necesitaba tomar apuntes para los telegramas que enviaba a México, Moscú o Kazán, nos dábamos la espalda sin ningún reclamo. La misma escena podía repetirse en cada una de las mesas de ese restaurante, en realidad un merendero en el que la caridad del Estado mantenía con vida a sus clientes frecuentes, un reino en el que abundaban soldados amputados, viejos temblorosos o chimuelos y expresidarios que se negaban a ser una hoja más en la tolvanera de la derrota. En medio de ese reino estaba la fuente sin agua, una caja de resonancia para todas nuestras quejas y miserias.

La rutina con que pasaba mis días en aquella ciudad me hacía pensar en esos animales de noria. Lunes: audiencia en la oficina de visas; martes:

enviar telegrama a mi familia; miércoles: enviar telegrama a Adolfo; jueves: cobrar el giro telegráfico; viernes: dar un paseo en el parque más cercano y pasar el resto del día en el restaurante, escuchando las quejas de los viejos. Cualquiera de esos días podía enviar un telegrama a Lina, mi secreto de Kazán. Mis clases de español habían cambiado un poco el día a día pues me ayudaban a solventar algunos gastos y complementaban las remesas que Adolfo me enviaba por medio de nuestra embajada.

Llegó un momento en que Fedórchenko me avisó que estaría unos días en Moscú. Su rutinaria asistencia a las clases de español había sido sustituida por un par de nuevos parroquianos que contrastaban con los visitantes habituales. Ellos, al igual que el general Fedórchenko, podían darse el lujo de usar guantes y gabardina gruesa. Desde hacía dos semanas se sentaban al fondo del merendero. En ocasiones ocupaban mesas distintas; otras más, la compartían cuando la concurrencia del local no les daba más opciones. Nunca parecían llevar una conversación como el resto de los clientes: ni discutían de fútbol ni compartían experiencias familiares.

Un día se acercaron a mí y me adelantaron sus intenciones.

—Disfrute estos días, señor Padilla —me dijo uno de ellos, el que solía conversar un poco con el resto de los comensales. Lo distinguía su impecable peinado con copete y el diastema entre sus dos incisivos superiores, una sonrisa inocente y diabólica—. ¿No tiene miedo, señor Padilla? —insistió minutos después.

—Ya estamos aquí. Lo que tenga que pasar, será con o sin miedo.

—Pero eso usted no lo decide.

—¿Qué? ¿Lo que sucederá o el miedo?

—Ambos —dijo mientras tomaba su periódico y con la otra mano acariciaba mi mejilla. Un mes más tarde, con esas mismas manos, el sonriente policía le daría una golpiza al viejo Roman Smirnoff.

Minutos después estaba yo en la oficina de telégrafos. Mi mensaje no era para Adolfo, mi lejano protector al que le había escrito esa misma mañana, sino para la embajada. Era un mensaje desesperado de sólo cuatro palabras: “Padilla Amenazado Policía Ayuda”.

—¿Qué le dijo ese cretino, camarada Padilla? —preguntó Smirnof cuando regresé al restaurante.

—Vienen por mí, camarada. Pero ¿qué hice?

—Ésa es la gran pregunta. Yo me sigo preguntando qué hicimos. Algo que por lo pronto puedes hacer es encargarme algunas de tus pertenencias. Aunque huyas a las montañas, darán contigo y será peor.

—Diré al encargado de la recepción que si una noche no vuelvo le permita sacar mi ropa, mis pocos libros, la correspondencia con mi familia, lo poco que tengo de valor.

—Descuide.

A la mañana siguiente, fui el primero en aparecerme en la oficina de telégrafos. El giro había llegado puntual. Me embolsé los billetes y salí a tomar el sol al parque más cercano. Sólo me pararía en el local para que mi viejo amigo supiera que ese día no había sido detenido.

A las siete de la noche, poco antes de que cerraran el restaurante, entré a saludar a mi amigo, quien me recibió con una sequedad inusual. Le entregué la dirección de Adolfo en la Ciudad de México. Le pedí que le avisara si ocurría alguna emergencia.

—Descuide, camarada —volvió a decirme Smirnof y me despidió con una mueca con la que señalaba la salida.

En el hotel, el mozo de la recepción me dio un mensaje: Ernesto Marrón, de la embajada mexicana, me hablaría al día siguiente al teléfono de la oficina de telégrafos a la una en punto de la tarde, hora de Moscú.

¿Cuánto se le puede exigir a un hombre cuando su libertad depende del dominio que tenga sobre sí mismo? ¿Quién controla las provocaciones, las amenazas y las ofensas cuando los agentes buscan exactamente tocar ese botón de visceralidad? Esa mañana me había levantado de la cama con la sensación de haber navegado por kilómetros de sábanas que en lugar de cobijarme se revelaron como una crisálida bochornosa, un grillete que me condenaba a la vigilia. El primer golpe de los agentes, el psicológico, estaba actuando cuando tomé el auricular en la oficina de telégrafos y sólo escuché murmullos que venían de la embajada mexicana. Luego de vencer el tartamudeo, comencé a levantar la voz para hacerme escuchar. Lo único que llegaba a mis oídos era el chillido de la estática. Tres veces pregunté si del otro lado me escuchaban. En algún momento sonó un murmullo en el que alcancé a entender dos palabras: “¿Qué pasa?”. Así como logré escuchar ese mensaje en medio de la suciedad estática, pensé que lo mismo podía ocurrir en sentido inverso, por lo que traté de resumir mi situación en una serie de palabras en las que reiteraba la necesidad de que enviaran a algún representante diplomático en mi auxilio. Durante cinco minutos repetí las mismas palabras ante la mirada apática del telegrafista: “Amenazas-Policía-Padilla-Envíen-Representante-Almaty”. Después, sólo existió el silencio, que fue ocupado nuevamente por el monótono ruido de la estática. En ese momento dejé de ser un solicitante de ayuda diplomática para convertirme nuevamente en un condenado. Caminé las pocas cuadras que había hasta el merendero. Antes de entrar recordé las palabras de mi amigo Roman Smirnoff: “Así huyas a las montañas, ellos darán contigo y será peor”.

El local estaba completamente vacío. Todos parecían haber sido echados de ahí por una fuerza desconocida. Había un cigarro a medio consumir en uno de los ceniceros. Me acomodé en un asiento de la barra en

espera de que llegara alguno de los comensales habituales; se observaba en la cocina una olla de comida en pleno hervor. De la calle trasera llegó un barullo de varios hombres que al parecer discutían alguna cuestión de deudas de juego. Uno de los ayudantes entró a toda prisa por la puerta de la cocina para bajar la intensidad de la flama. Me miró y dijo, sonriente:

—Camarada Padilla, ¿qué hace ahí sentado con esa cara de estreñido? Venga a ver cómo estos dos idiotas se despellejan en el lodo.

¿Qué de malo podía haber en presenciar una pelea entre dos borrachos, altercados que además llegan a tener algunos rasgos cómicos? Por fortuna, los dos contendientes, un par de borrachines embadurnados de lodo, no habían sacado las navajas. Uno de ellos se había descamisado para presumir una escasa musculatura que al final no le servía de nada por la cantidad de alcohol que amenazaba con llevarlo al suelo; el otro era un pobre diablo, tan ebrio como su rival pero que batallaba por que no se le cayera el pantalón, en una danza de ridiculeces que tenía a sus espectadores atentos al siguiente tropezón.

Entré de nuevo al restaurante. Prefería pensar en las opciones para comunicarme con la embajada. Redactaría un detallado telegrama a Adolfo para que contara todo a la cancillería. Afuera, los dos borrachines se revolcaron por otros diez minutos hasta que el cocinero decretó que eso era un empate y que los contrincantes deberían ofrecer un segundo round al día siguiente. Ninguno de los presentes sabía el motivo de la pelea. Podía ser un gesto mal interpretado, un reclamo por la poca cooperación de uno de ellos para comprar la botella de aguardiente, o las simpatías futbolísticas. Si ellos no tenían claro por qué había iniciado la riña, yo tampoco tuve clara la causa de la primera bofetada que recibí de uno de los policías.

—¿A quién le escribes tantos telegramas, hijo de puta?

—A mi familia. ¿No tengo derecho a comunicarme con ellos?

—Aquí nadie tiene derecho a nada más que al trabajo —y volvió a sorrajarme un golpe, esta vez con el periódico que llevaba en la mano derecha, mientras su compañero miraba a medio paso de nosotros, recargado en una de las paredes del local.

La concurrencia había entrado lentamente luego del espectáculo callejero para encontrarse con el interrogatorio que, todos sabían, terminaría en una detención. Contrario a lo que yo pensaba, no había otros policías vestidos de civil, sólo estas dos urracas que me tenían acorralado y esperaban cualquier arranque de ira para justificar mi aprehensión.

El primer puñetazo me dejó sin aire. Algunos de los clientes se habían acercado a la caja para pagar su consumo. No querían estar ahí en el momento en que llegaran los refuerzos a bordo de esas camionetas compactas negras en las que se llevaban a los detenidos. Otros más disfrutaban el espectáculo mientras se picaban las muelas con palillos. Comenzaba a recuperar un poco de aire cuando el segundo de los agresores me tomó de la cabeza y me empujó para azotarme el cráneo sobre la mesa. “Las manos aquí arriba, donde pueda verlas”. El otro agente me esculcó las bolsas del abrigo y sacó los pocos billetes, los telegramas y la libreta donde tenía escritas las notas de los mensajes que había enviado o pensaba enviar.

—¿Quién es Lina?

El silencio se prolongó por unos segundos. A punto de que el agente me diera un manotazo en la base del cuello, se escuchó la campanilla de la entrada. A paso lento entró una mujer con la cabeza cubierta con una mascarada. El sobrepeso la hacía balancearse en un andar que era acompañado por el rechinado de su carrito de mandado. “¡Todo allá afuera es un lodazal!”, se quejó la mujer y se detuvo para examinar a la concurrencia.

Cruzó la mirada con el agente que sostenía el periódico, quien con un gesto le indicó que se apurara.

—¡Carajo! ¿No pueden hacer esto en otro sitio? Esta no es una comisaría —dijo ella antes de perderse en ese reino de cacerolas, parrillas y verduras podridas.

—Te hice una pregunta —me insistió el policía sin perder su sonrisa.

No era necesario que yo abriera el pico para que dieran con el paradero de Lina. Sólo bastaba con hacer un rastreo en las oficinas de correos y de telégrafos para que ellos conocieran el pasado que ambos compartimos en Suchinsk.

—Ahí está todo lo que quieran saber de mí. ¿Qué quieren saber?: ¿que pregunté a mi mujer cómo está mi hijo?, ¿que felicité a mi hermano por su cumpleaños?, ¿que mi hermana aún no asimila la muerte de mi madre? ¿Qué más quieren saber?

El policía que me tenía sujeto de la nuca volvió a azotarme el cráneo contra la mesa. Habló de nuevo el policía sonriente:

—Parece que usted no ha aprendido nada, Padilla. Aquí la vida no es tan fácil como en su país. Me informan que después del tiempo que se pasó en su embajada usted mantuvo ciertas licencias que le daban ahí adentro. Usted no puede andar tomando notas libremente en cualquier restaurante. ¿Cuándo ha visto a alguno de mis paisanos tomando apuntes en la mesa de un café como un poeta maldito, vicioso y degenerado? Nunca, ¿verdad?

El georgiano que administraba el restaurante había regresado de la cocina después de reprender a la bocona de su esposa. El policía, el más risueño de los que había conocido en mis años en Almaty, se acercó a una esquina de la barra, donde estaba el escurridor de trastes. Tomó tres platos.

—Ahora, Padilla, me va a decir qué más les ha contado a sus amigos de la embajada.

Arrojé al suelo un escupitajo de sangre y saliva.

—Sólo les he contado cómo van mis trámites y lo que hago para ganarme el pan.

—Sí. Algo así sabía. Da clases de español, ¿verdad? Fedórchenko nos contó eso en el calabozo donde platicamos con él en la capital. Un tipazo, mi amigo Fedórchenko. Qué lástima que no lo estén tratando tan bien como merece —puso los platos en la mesa y me dijo—: ¿Le gusta que le hablen al oído, Padilla? ¿Así como le hablaba su amiga Lina?

El otro policía, el más tosco y corpulento, que me tenía sujeto del cabello, me volvió a dar otro azotón en la mesa:

—¡Responde, animal!

—Muy bien, Emilio —continuó en voz baja el oficial de la sonrisa malévola—. Me cuenta Fedórchenko que su amiga Lina, una viuda de guerra, de la que usted sacó provecho, tiene una hija de unos diez años. —Uno de los parroquianos se había levantado de su mesa y se apresuró a arrojar un par de monedas en la barra antes de salir. El policía que llevaba el interrogatorio se acercó una silla y alineó los tres platos en la mesa. — Yo sé, camarada Padilla, que nos va a contar todo lo que le ha platicado al señor Marrón de la embajada mexicana. Tenemos la sospecha de que le ha contado cosas de más que nos interesan.

—Todo lo que le he contado está ahí, en la libreta. No tengo otro modo de comunicarme con él. Sólo con los telegramas que ustedes conocen.

—¿Qué habló con él en la llamada que le hizo esta mañana desde la embajada?

—Nada. No pudimos hablar. Sólo se escuchaban ruidos.

—No, amigo. Así no se puede trabajar. No veo nada claro en lo que usted me está diciendo —el policía tocó los platos alineados. No tardarían en sorrajármelos en la cabeza a la próxima respuesta que no les

satisficiera—. ¿Usted quiere mucho a la pequeña Uliana? ¿Hace cuánto que no la ve? ¿Dos años? —estas preguntas las acompañó con un movimiento lento pero firme y empujó uno de los platos a la orilla de la mesa. El ruido del recipiente al hacerse trizas se unió a sus palabras—. No se olvide, amigo Padilla... —el segundo plato se estrelló en el suelo— que la vida... —el tercero— ... es muy delicada. —Luego del estruendo de los objetos de loza que el agente había tirado al piso, el restaurante quedó en silencio.— Tendrá que colaborar, Padilla. ¡Vámonos!

El segundo policía, el más robusto y que seguía las órdenes del sonriente y perverso oficial, me puso las esposas. Salimos con dirección a la estación del tren. Los tres éramos parte de la misma trituradora de carne, la misma que hoy podía sentenciar a un humilde burócrata a cinco años de calabozo y cinco años más tarde llevar a cualquiera de sus captores a la esquina más infecta de la cárcel, la casa de todos.

Como supe después, Roman Smirnoff no sólo recogió puntualmente mis pertenencias, sino que había hecho un ventajoso negocio con éstas. Eran las baratijas que los dos borrachos se disputaban a puñetazos, para diversión de las personas que esa misma tarde vieron mi detención. Nadie me había alertado. Además, a lo largo de un mes, y en complicidad con el encargado de telégrafos, Roman siguió cobrando los giros que mis amigos me enviaban desde México. Ésa fue la causa de la paliza que le dio el sonriente policía, quien consideró una ofensa que no contemplara desde el principio repartir entre tres lo que sólo disfrutaban ellos dos.

No sabían de él desde un día antes, cuando salió a su entrevista con Labrada. Chito y Nicolás habían tenido que entrevistar ellos solos a la *vedette*. Lorenzo había llamado como desesperado toda la tarde, pues Nacho le había prometido pasar a dejarle una botella de ron; primero, por la idea de que se le hubiera olvidado el encargo; después, por el temor de que hubiera tenido la misma suerte que Tomás. Toda esa mañana había estado jodiendo a Labrada, quien terminó por colgarle el teléfono y amenazarlo con interponer una demanda por acoso ante la insistencia del viejo. Se habían puesto un plazo. Si no llegaba a la una de la tarde, irían a su casa a cerciorarse de que todo estaba bien. Chito estaba por marcarle a Narváz para anunciarle la posible desaparición de Nacho cuando éste llamó desde la reja de la casa de Lorenzo. El viejo lo miró, aliviado, pero sin poder ocultar su preocupación.

Ahí estaba Nacho frente a ellos, con un ojo moreteado debajo de las gafas oscuras, que no lograban ocultar el inconfundible temor que sigue a la experiencia de ser soltado por las fuerzas del orden tras una calentadita; había también en su mirada una irreductible altivez tan propia de él, porque era Nacho Cervera “y todos ustedes me la pelan”.

—Si los chingadazos me tiran, el orgullo me levanta, padrino.

—Nacho, no digas pendejadas. ¿Hicieron lo de rutina? —preguntó el viejo a Nacho, quien traía también un vendotele arriba de la oreja derecha. Por primera vez, sus miradas coincidían en un entendimiento, en una comunión carnal. Se sabían paridos por la misma furia, el mismo soplo clandestino, aterrador y vomitivo de la tortura. Nacho, Chito y Lorenzo eran parte de la hermandad de los triturados. Chito le sirvió una naranjada con ron, como le gustaban a Lorenzo.

—Yo creo que fueron bastante bondadosos conmigo. Esto sólo fue un calambre. Pero no sé si con sus chingaderas me ahuyentan o me clavan la espinita de saber dónde están Padilla y mi dinero. Esto ya es un asunto personal que me tiene trabado y obsesionado. Y es esa pinche obsesión la que me ha llevado a pensar en algunos cabos sueltos que no termino de entender. ¿Recuerdan que Tomás llevaba un portafolio lleno de billetes la noche que desapareció?

—¿No has pensado que es momento de renunciar? —preguntó Lorenzo.

—¡Jamás!

—Esto ya te está arriesgando mucho, Nacho —dijo Lorenzo.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Ir con mi cara de arrepentimiento a pedir que me reinstalen en el periódico? Dejé todo por esta pendejada. Lo menos que puedo hacer es continuar hasta topar con hueso y sacar mi raja. ¿Pues qué creían? —Para Lorenzo quedaba claro que a Nacho ya no sólo lo movía la ambición que le sembró Tomás, sino el orgullo, un pésimo consejero. Sus compañeros reservaron comentarios y esperaron a que Cervera continuara con su perorata.— Además, quienes mataron a Tomás están en coordinación con la gente de Narváez. No sabemos si son dos grupos que trabajan de manera conjunta o son uno solo.

“Ya lo estamos perdiendo”, se dijo Lorenzo, quien tomó su bastón y caminó hasta el teléfono que tenía en el escritorio de su estudio. Parecía no importarle la plática de sus pupilos. Giró el disco varias veces y esperó respuesta mientras observaba el paso de la gente por las calles de Santa María la Ribera, los álamos encuerados de mediados de otoño.

—Tomás no te prometió un trabajo sencillo —replicó Chito.

—Él es precisamente la otra interrogante. ¿Quién les dio directamente ese dinero?

—No lo sé —respondió Chito con firmeza.

—¿Cómo chingados no vas a saber, si era tu mejor amigo?

—La única persona que sabía de dónde venía esa papelusa era Tomás.

—¡Putá! —dijo. El mierda de Chito no lo convencía.

—Nacho, ya ningún chile te acomoda.

Nacho estaba pronto a lanzarse sobre Chito cuando Lorenzo regresó de hacer su llamada telefónica.

—Ustedes dos se me aplacan —gritó Lorenzo. Aunque se dirigió a los dos, Chito entendió a la perfección que a quien trataba de domar era a Nacho. Se sentó al lado de Chito, quien volvió a ponerle el seguro a su arma sin que ninguno de sus acompañantes se percatara del movimiento—. El señor Adolfo Serrano quiere hablar contigo, Nacho —le dijo.

—¿Quién es ese pelado?

—Abogado. Amigo de la juventud de Emilio. Dice que puede ayudarte en algunas cosas. Es una persona bastante informada. Quizá les pueda dar algo de información. Quiere verte hoy mismo.

Cervera miró a Chito, que se mostraba sorprendido por las intermediaciones de Lorenzo. Parecía molesto porque el viejo interveniera como si tuviera licencia para mandarse solo en un caso al que Chito no lo había invitado. No hacía falta la invitación, pues en este tejemaneje eran muchos más que dos y, como la regla dice, ya no era un secreto sino un tremendo chismerío en el que jugaban todos ellos: Narváez y su gente, los soldados y ellos tres. La búsqueda de Padilla se había convertido en un descomunal y asqueroso tianguis.



El hombre salió del edificio a las doce en punto. En la mano llevaba una bolsa de papel de estraza con algunos restos de comida de la noche anterior. A sus cuarenta y un años comenzaba a mostrar un abultado vientre que le daba a su cuerpo una forma de pera. La mirada bonachona detrás de los anteojos tenía un brillo particular en ese rostro bien rasurado; la blancura de su camisa de mangas cortas hacía más brillante la sonrisa con la que saludaba a cada uno de los peatones con los que coincidía en la acera. Si no fuera por el buqué que dejaba como sello personal, nadie habría sospechado que estaba en la primera fase de la borrachera, a pesar de ser mediodía. Estuvieron a punto de atropellarlo una calle antes de llegar al Parque Hundido, el sitio que había elegido para dar su perorata más sincera dirigida a los seres vivos. La había ensayado toda la noche.

Aún faltaban años para que ese parque, una antigua cantera recién convertida en área recreativa, quedara atrapado en una maraña de edificios de oficinas y habitacionales de clase media. En ese 1955 aún abundaban terrenos baldíos en los alrededores, donde los perros callejeros hacían sus guaridas nocturnas, se apareaban y criaban a sus cachorros. Después de caminar por algunos andadores, José encontró una jauría que descansaba cerca de una fuente. Parecían tomar el sol como si estuvieran en una pradera y no sobre el asfalto ciudadano de la Ciudad de México.

Se aclaró la garganta, y a punto estaba de llamar a la jauría con ese precioso vocativo de “compañeros canes” cuando escuchó una voz a sus espaldas:

—¡José!

Era el Chivo.

—¿Qué haces aquí, cabrón?

—Aquí, nomás. Haciéndome pendejo. ¿Pues tú qué crees?

—¡Pinche Chivo! ¿Cuándo regresaste?

—Eso no importa.

Los dos viejos camaradas se miraron con sorpresa. Habían pasado más de veinte años desde la última vez que coincidieran. José se acercó al prófugo, que al igual que Padilla aparentaba más de los cincuenta años que ya tenían. El Chivo parecía recién bañado. Ya no traía las garras vomitadas que le vio Cervera en el jacalón de la colonia Doctores donde lo tenían escondido. Parecía uno de esos indigentes relamidos a los que después de varios meses de descuidos les llega el milagroso contacto con el agua y el jabón.

José le tendió la mano sin ningún reparo por las fachas del Chivo. Era un camarada caído en la desgracia; merecía su apoyo y escucha más allá de sus juicios.

—¿Ya comiste? —preguntó al Chivo, que negó con un movimiento de cabeza.

Caminaron unas cuadras hasta las cercanías de la plaza de toros. Poco después ambos se empacaban unas tortas en un puesto callejero. El Chivo pidió una de chuleta. Trituraba cada bocado con una rabia que evidenciaba la falta de varias piezas dentales; esta falta de armadura acrecentaba su imagen de anciano prematuro.

—Me dijeron que te les habías pelado a los que te cuidaban aquí.

—Sí, mano. Le estuve haciendo al loco durante los días que estuve con ellos. El pinche Chito me encargó con esos cretinos. Ellos lo que quieren es que les diga en dónde está Padilla —José lo observó, inquisitivo, como quien reprueba las palabras que acaba

de escuchar—. Mira, José —le respondió al entender su mirada—: a los que estamos extraviados, cuando reaparecemos nos asaltan con cantidad de preguntas, pero ninguna es la que más necesitamos. Siempre nos están chingando con “¿Dónde andabas?”, “¿Por qué te agarraron?”, “¿Qué hiciste, cabrón?”. Pero son pocos los que te preguntan cómo has estado, o el más simple pero comprensivo: “¿Ya comiste, camarada?”. Sólo por eso te doy las gracias, José.

—Esa historia ya la conozco, Chivo. La viví hace mucho tiempo, aunque debo confesar que con mucha menos intensidad de la que la vivieron tú y Emilio.

—¿Te imaginas, José, tener que rendirle cuentas al tribunal de tus amigos después de defenderte de ese otro tribunal de carroñeros y, además, responder por el paradero de otro camarada al que no ves desde hace años?

—Y vendrán cosas peores, Chivo. Nada de lo que les cuentas los tendrá conformes. Querrán que acomodes tu versión en contra de todo aquello en lo que no creen o a favor de aquello a lo que quedan incienso.

El Chivo se concentró en seguir comiendo esa succulenta torta que José le estaba invitando. Quizá era el primer bolillo relleno con ingredientes propiamente mexicanos que comía en mucho tiempo. José guardó en la bolsa de su chamarra la bolsa de papel de estraza en que llevaba las sobras para la audiencia de canes a los que daría un discurso fraterno. De alguna manera, al igual que el Chivo y Padilla, era un incomprendido, un excluido de todo credo, sólo que, a diferencia de los dos prófugos, el rechazo que vivía de sus antiguos compañeros no se debía al desencanto o la traición, sino a un ejercicio propio, mayéutico, completamente libre. Los otros habían sido aplastados

por la realidad en esos accidentes que llaman desencanto. Él mismo era un prófugo de creencias ultramontanas desde su adolescencia, cuando hizo su propia purga particular y expulsó de su panteón a aquellos santos y beatos a los que había estudiado con un esmero monacal en la lectura de rancias hagiografías. Con esta experiencia, había previsto la llegada del desencanto y se había creado un método propio, particular. Se lo compartió al Chivo, esperando que no fuera demasiado tarde:

—Nunca nadie nos enseñó que la realidad siempre la vemos desde nuestra propia necesidad de confirmar lo que pensamos. Pocos son los que se cuestionan aquello en lo que creen. Algunos tuvimos que pasar por las peores torturas para que la realidad nos diera de cachetadas; otros nos sometemos a un examen continuo de nuestras ideas. No faltarán quienes nos llamen tibios o traidores. Si aquello en lo que creíste en un principio terminas por desecharlo, estás dando un paso en tu propia evolución o involución como individuo. No sabemos bien si vas para atrás o para adelante. El problema con muchos de esos cambios se da cuando llegan a ser demasiado frecuentes. De ese modo te conviertes en una veleta de voluntades ajenas. Pero si después de ese mismo examen confirmas tus creencias o la mayoría de éstas, entonces podemos empezar a llamarlas convicciones, eso que muy pocos alcanzan y que se encuentra en un punto cardinal totalmente alejado de los dogmas.

—¿Sabes? A veces he pensado que todo este argüende se dio porque esperamos mucho de nosotros mismos —dijo el Chivo.

La embriaguez nunca fue ningún problema para José, quien a veces parecía más motivado intelectualmente cuando estaba bajo los efectos del alcohol.

—Tanto así, no, mi amigo. Al menos creo que sí necesitamos un apretón de tuercas. Pero hecho por nuestras propias manos, no por cualquier matacuaz.

Mientras los hombres conversaban, un perro callejero se fue acercando a ellos. Primero rodeó disimuladamente el puesto de tortas; olisqueó los alrededores y con cuidado se fue acercando a los únicos dos comensales. Cuando estuvo a dos pasos de ellos, se sentó en la orilla de la banquetta y no le quitó la mirada de encima a la torta que comía el Chivo.

—Mira a estas criaturas —dijo José—. No hay nada más fiel que ellos. Pero también pueden ser los peores, como nosotros. Es mentira la frase “Perro no come perro”. Haz la prueba.

El Chivo detuvo su comida. Miró con molestia a su acompañante y sacó un pedazo de chuleta de su torta. La arrojó al perro. Éste se acercó dudoso, olfateó la ofrenda ante la mirada escrutadora de los dos humanos que esperaban su actuar como un indicio revelador, como si en ello les fuera una decisión dejada al azar. El animal inclinó la cabeza y, con timidez, sin dejar de vigilarlos, devoró el obsequio de un bocado, se relamió los bigotes y se sentó nuevamente en espera de una ofrenda más. Aliviado, el Chivo miró a José. Siguió también con su propia tarea de empacarse esa torta.

Dijo José:

—Aun así, mi amigo. Nunca podemos estar tan seguros. Somos capaces de lo más hermoso de la existencia, pero también somos capaces de lo peor. Este animalito, tan hermoso y noble, puede ser el mejor acompañante, casi un hermano, aunque también puede ser el más despiadado celador, capaz de arrancarte un brazo si te atreves a salirte de su espacio de control.

—Es decir, que a veces no nos distinguimos de ellos.

—Así es, camarada —respondió José. Se volvió a sobar la barbilla mientras miraba al Chivo acabar con los últimos mendrugos de pan. Pagó la comida de su viejo compañero y preguntó la hora al encargado del negocio. Se despidió del Chivo—: Me voy, querido Javier. No tengo que desearte lo mejor, porque sé que estarás bien.

El Chivo pudo dar las gracias de nuevo a su camarada por la comida que le había invitado, pero en vez de eso decidió hacer una última pregunta, que en realidad no iba dirigida a José sino a él mismo y a Padilla, en ese momento ausente:

—¿Qué va a ser de nosotros, camarada?

—Durante estos veinte años en que no hemos sabido el uno del otro me he preguntado lo mismo. Si tú no puedes creer lo que has visto en este tiempo, yo tampoco. Aunque no lo creas, estoy tan aturdido como tú. Pero aquí estoy, estamos —José lo miró con algo más que amistad. Era una compasión genuina, algo que para el escritor era la completa distinción entre un camarada y un simple advenedizo—. Me voy, camarada. Tengo una cita con otros amigos tan queridos como usted y nuestro amigo Emilio. Ah, y por favor, si lo ve, dígame que lo he pensado mucho en estos años.

El Chivo se puso de pie, se limpió los labios con la manga de su camisa, hizo una bola con la servilleta y guardó su torta en la bolsa del pantalón. Ante la mirada melancólica y hambrienta de ese perro callejero, los dos viejos comunistas se dieron un abrazo, el último que se darían. Nunca más volverían a verse.



La noche anterior, los celadores nos habían dado las indicaciones a todos los presos. Coordinadas, horarios y rutinas quedaron en el itinerario para ese viaje que emprenderíamos hacia una penitenciaría de mayor seguridad a las afueras de Moscú. Para ser un puñado de hombres derrotados, flacos, chimuelos, y algunos de nosotros con signos de una vejez adelantada, era demasiada la parafernalia que se había asignado para nuestra vigilancia. No éramos más de cincuenta presos, pero desde los torreones nos vigilaban al menos cuatro francotiradores; abajo, una veintena de guardias escoltaba nuestro paso hasta la camioneta que nos llevaría a la estación de ferrocarril. Antes de salir de las celdas nos habían ordenado cambiarnos el uniforme por algunos trapos que conseguimos en el panteón de la ciudad. Además de los utensilios de aseo personal y cartas familiares, los internos de esa cuerda que salía a la capital sólo llevábamos lo que teníamos puesto, nuestra ropa de civil, si es que se le puede llamar así a las últimas garras que vistieron otros más afortunados que nosotros. No había hechura falsa en esos abrigos viejos que los celadores no conocieran a la perfección. En nuestra experiencia, el bies de un abrigo podía convertirse en escondite perfecto para una hogaza de pan, una barra de jabón bien dividida en tiras, o alguna herramienta de dimensiones discretas que bien afilada podía convertirse en un arma blanca.

—Dicen que al menos allá nos darán un poco más de verdura en las raciones —dijo Moritz, formado a mi lado.

Los perros de la posta pasaron a un lado olfateando los fardos que llevaba cada uno de nosotros. Al fondo del pasillo, la camioneta destartada calentaba el motor. Una docena de soldados esperaba desperdigada

en los alrededores de la entrada principal. A bordo de otras dos camionetas, escoltarían el trayecto de la cuerda hasta la estación de ferrocarril, donde estaba su relevo. Muchos de ellos coincidían en que la cuerda de presos que llevaban a Moscú éramos unos pobres diablos, arrastrados al presidio por una serie de eventos que no sólo nos habían rebasado a nosotros, sino a pueblos enteros en toda Europa.

—¿De qué nos sirve un poco más de verdura si nos echarán encima otros veinte años? —le respondí a Moritz.

El capitán de celadores salió de la caseta de vigilancia. Sopló su silbato y con un gesto nos ordenó abordar la camioneta. Era un vehículo sin cubierta en la batea, a diferencia de las camionetas en que se trasladaría a la escolta. Si nos sorprendía un chubasco en el camino, tendríamos que soportar el agua y el frío, y nuestras ropas se secarían por obra de la intemperie. Tomamos nuestros fardos y nos los echamos al hombro. Los quince años de presidio y errancia que sumaba en ese momento me habían llevado a asumir el destino de distintas formas. Para ese entonces yo era consciente de que mi entusiasmo o pesimismo dependían de muchos estímulos, como la comida, la exigencia de los capataces en el trabajo o incluso ciertos periodos que no sé si podría llamar lunares. Mi reclamo por las palabras de Moritz, el austriaco que había sido mi compañero de celda los últimos seis meses, lo maticé con lo que creí una condescendencia por la fe que profesaba mi compañero:

—Ya sólo nos queda aceptar lo que venga y que todo acabe rápido. Tarde o temprano se hará lo que Dios decida.

—Lo mismo decía Feoktístovich, y míralo. De nada le sirvió su misticismo de manual. Terminó colgándose en las regaderas.

“¡Carajo!”, pensé, “un día es el más entusiasta de todo el penal y al día siguiente quiere contagiarnos de su estúpida melancolía”.

—Fue un valiente. Dios lo tenga en su santa gloria —le dije.

—¿Fue un valiente o un cobarde? —se interrogó.

—Me sigo haciendo esa pregunta. Yo nunca lo haría. Creo que aún tengo algunos pendientes.

De alguna manera, el ateísmo que había profesado durante mi vida como militante comunista se había desvanecido poco tiempo después de mi entrada en el penal de Lubyanka. Las torturas y la sensación de que no sobreviviría en esas celdas, en las que se decidían las sentencias de fusilamiento o el traslado a cualquier otra prisión a las afueras de Moscú o de Siberia, me llevaron a reconciliarme con la misma fe que me enseñó mi madre; ese hábito de rezar el padre nuestro antes de dormir y de dar las gracias por un nuevo día se había instalado otra vez en mis rutinas. Creo que todo hombre necesita creer en algo para no caer redondo en la decepción. Para toda ocasión hay un dios, una fe, una comunión. Moritz, mi camarada, nunca había negado su devoción al dios cristiano, e incluso fue él quien me habló por primera vez del amor de Jesucristo de una manera que nadie antes me había hablado, por la simple razón de que nunca había coincidido con un protestante. Al igual que muchos extranjeros, Moritz era uno de esos condenados sin delito. Meses antes de iniciar la guerra, la empresa farmacéutica en la que trabajaba lo había enviado como representante con las principales distribuidoras de Polonia. La ambición de sus jefes y de él mismo los llevó a enfrentar el riesgo. Los primeros días del contraataque soviético fue detenido en uno de los retenes a las afueras de Varsovia y acusado de espionaje a favor de los nazis. “¿Quién te envió? ¿Cuáles son las sustancias que estás traficando? ¿Nos vas a negar que tienen usos militares? ¡Confiesa, hijo de puta!”. Lo único que conservaba de su salida de Austria era una carte de visite en la que aparecía con un poco más de pelo y con los mismos lentes, cada vez más inútiles para su creciente miopía. El armazón tenía innumerables parches;

llegaría un momento en que tendríamos que guiarlo como lazarillos. Si perdía esos anteojos o si por accidente caían bajo la llanta de un camión, sería el principio del fin para Moritz.

Durante el trayecto a la estación de ferrocarril tendríamos que vernos frente a frente. Nos habíamos acostumbrado a mirarnos por días enteros, a cuidarnos el sueño durante las rondas de vigilancia, en las que la tortura consistía en no dejarnos dormir por varias jornadas. Cuando no teníamos un versículo y un sermón para cada ocasión, Moritz tenía una explicación originada en su particular relación con la alquimia.

“Finalmente, mi estimado Emilio, después de dos divorcios supe que parte de la felicidad nosotros nunca la experimentamos, sino que vendrá tiempo después de que dejemos de existir. ¿Por qué? Porque somos partículas de la memoria en una espiral perpetua. Esta espiral, camarada, consiste en repartir el recuerdo que los demás tendrán de nosotros. Uno va por la vida repartiendo partículas de lo que será tu memoria. Cada uno de nosotros recibirá uno o dos fragmentos de tu existencia, a diferencia de otros con los que sólo corraste riesgos perecederos y estancias pasajeras. Si nadie se acuerda de ti, eres parte del caos, eres nada. Pero a veces ocurre que coincides con una mujer que te corresponde y suceden esos momentos únicos. Sin esperarlo, creas una nueva existencia, tan ajena pero a la vez tan propia de ustedes dos. Es el milagro de la creación, camarada”.

Cuando llegamos a la estación, cada uno habíamos echado dos siestas. Ni el ruido del motor ni el paisaje de las praderas siberianas —un verdadero espectáculo que no disfrutamos por la depresión que sin saberlo padecíamos desde hacía años— evitaron que después de unos minutos comenzáramos a cabecear y a caer en un placentero arrullo.

Tuvimos que esperar dos horas antes de que el tren saliera a Moscú arrastrando su jaula stolipyn, una especie de vagón circense en el que

se encerraba a los prisioneros. Yo sólo había visto esas jaulas móviles durante nuestro paso por Francia, cerca de la frontera alemana. Ahí, en una estación tristonra y carcomida por el óxido y la humedad, vi cómo las grúas levantaban una a una las tres jaulas en las que trasladarían dos tigres, un león y una familia de chimpancés mejor educados que muchos celadores y excompañeros de prisión. En otro vagón viajarían una jirafa y dos avestruces, mientras que un elefante acaparaba un vagón entero. En realidad, era un circo de cuarta categoría, con empleados majaderos, asientos con la tabla rasa y sólo algunos asientos con los cojines despanzurrados.

Uno por uno nos llevaron a una covacha donde un representante del fiscal militar en Moscú leyó la causa por la que se nos llevaba al penal de Vladimir; se nos entregó una cobija, media libra de pan e indicaciones de comportamiento y limpieza durante el viaje. Cualquier episodio de riña sería castigado. El correctivo no sólo caería sobre los involucrados, sino sobre todos los prisioneros. Así que más nos valía no hacernos los vivillos y ser celosos del reglamento. La orina y la mierda se acumularía en dos peroles que una comisión rotativa de dos presos lavaría en las estaciones asignadas; mientras, el resto desinfectaría el vagón con unos polvos que nos darían los celadores. No deseaban un brote de tifus o de cólera en ese vagón, por los días de retraso que ocasionarían en los juicios. Ni hablar del tratamiento médico, pues mencionarlo resultaba un chiste. Esa misma comisión se encargaría de limpiar los camarotes de los oficiales que viajarían en ese mismo tren hacia Moscú.

La cuerda de presos políticos la formábamos extranjeros enfermos de anemia y melancolía, con tantos gargajos atorados en la pleura que ya no hacíamos ningún esfuerzo por carraspear un escupitajo. Todos, sin excepción, habíamos caído por cualquier circunstancia poco clara en

alguna de las cárceles soviéticas que a diario nos trituraban hasta degradarnos en despojos humanos, ya fuera en los cuartuchos húmedos de la Lubyanka, los aserraderos de Siberia, las minas de Kolimá o las fábricas de calzado en Kazajistán. Nuestra voluntad y la de nuestros propios verdugos quedaban a merced de una maquinaria compuesta por miles de hombres movidos por el temor, el fanatismo y el rencor.

Los prisioneros de los que tenía más noticias, por la cercanía de celdas, eran el capitán Mike Conell y el grumete Valeri Ivanovich Ajromeiev. En cada puerto donde había hecho escala como capitán de la marina mercante galesa, Conell había memorizado infinidad de canciones, reflejo de su militancia comunista, hormonal y pasionaria más que sesuda y calculadora. De los estibadores en Nueva Orleans había aprendido algunas melodías que acompañaba con una armónica mordisqueada. Al principio, los guardias se la habían confiscado, pero la rechifla de los reos los hizo reconsiderar su decisión y el jefe de turno se presentó ante el camarada Conell para devolverle su instrumento. Si en algunos momentos lográbamos esparcirnos en el patio de ejercicios, ante la anuencia de los guardias, se podía escuchar cómo algunos presos entonaban “Pay me my money down”, con Conell al centro del coro. Muchos de los presos no entendían ni media sílaba de lo que cantaba ese viejo marinero galés, pero seguíamos cada uno de sus versos con tal entrega que nos olvidábamos por unos minutos de esa histeria que matábamos a base de chaquetas. Aquí no había peñascos ni tormentas ni tripulaciones levantiscas ni pronósticos inciertos, sólo el silencio y los suspiros de hombres derrotados.

Entre los trebejos que habían arrojado en un rincón de la camioneta estaba el grumete Ajromeiev, flaco como una anguila, pero con los mejores puños de toda la prisión. A sus diecinueve años, era el nuevo fichaje de la prisión de Krasnoyarsk. No tenía ahí ni siquiera tres meses cuando ya lo

estaban sometiendo a juicio militar acusado de faltar a los ideales revolucionarios. Era el único ruso de toda la cuerda que se dirigía a Moscú. Tres semanas después, el juez lo declararía culpable y a la mañana siguiente, frente al paredón, Ajromeiev sostendría la mirada a todo el pelotón con el mismo temple con el que había soportado las torturas durante los interrogatorios. “El origen de todo esto, amigo Padilla, es mi homosexualidad”, me dijo la segunda noche que compartimos celda. A simple vista, parecía un marinero como muchos otros: putaño, borracho y pendenciero. Tanto en la ribera del río Yenisei como en las salinas de las Islas Mariás, yo había conocido a ese tipo de hombres a los que también había aprendido a respetar sin importarme sus mejillas coloreteadas. Muchos de esos mariposones habían sido los más ferros defensores de las trincheras cuando los presos se amotinaban, o también los padrotes más temibles con los que había coincidido en los barrios bajos de La Habana y Hamburgo. Su preferencia por las caricias de unas manos callosas y salvajes de tablaero, antes que el apapacho de las muchachas, no les impedía ser unos eficientes asesinos.

Ajromeiev miraba al resto de la cuerda desde aquella esquina donde lo habían arrumbado, con los ojos hinchados y los labios floreados por la madriza de la noche anterior. “Por puto”, dijeron algunos compañeros presos. Con la seguridad de que el juez no se interesaría mucho por sus heridas, los cabos Sujoiev y Travkin lo habían torturado antes de salir a Moscú.

La ribera del Yenisei sería la última frontera de mi errancia soviética. A menudo, como le conté a Adolfo en algunas de mis cartas, no lograba mirarme al espejo sin pensar en mi figura, mi presencia antes fuerte y correosa, convertida en una sombra de mí mismo. “Aquí no tenemos medida cuando se trata de salir vivos, camarada Adolfo. No hay misericordia, caridad o piedad. El común de los presos no conoce de lealtades.

Si nos dieran a elegir entre morir y someter a nuestro vecino a golpes con una de esas cachiporras, sin duda elegiríamos la segunda opción”. La última vez que me había mirado en el espejo fue dos meses atrás. Mi barbilla lucía encanecida; mi frente, zurcada de arrugas y mis mejillas, hundidas como signo de las piezas dentales que había perdido en el camino. Llegaba un momento en que las celdas olían a mierda a pesar de la fajina diaria que hacíamos a la vista de los capataces. Aquí no había fantasías, sino un itinerario incierto en el subsuelo de un paraíso que no nos había cumplido. Pronto descubrimos que éramos nosotros los que apestábamos a esa mezcla de temor, encierro y rencor, lixiviados de nuestro pasado. No éramos nadie, sólo un puñado de huesos y carroña que más pronto que tarde se transformarían en abono.

Subí a la jaula stolypin. Inhalé un poco de la brisa que llegaba del río. Sólo descubrí un olor a podredumbre. Sabía que ni la celda del penal de Krasnoyarsk, ni el taller de calzado de Suchinsk, ni los huertos de manzanos de Kazajistán, ni la gélida celda de la Lubyanka olían de ese modo. Todas compartían el mismo olor a jerga podrida que me acompañaba desde hacía años, una obsesión que, sabía muy bien, podía materializarse en pensamientos, en ideas recurrentes, en insultos en voz baja contra quienes no lo merecían, el clamor de la desdicha, un empacho no expulsado en reclamo por las pocas cartas recibidas y, en el peor de los casos, en un pánico que me hacía voltear a cada instante a mis espaldas y a mis costados, que me despertaba dos o tres veces durante la madrugada por la sospecha de que algún rencoroso me clavara un pedazo de varilla entre las costillas, una, dos, tres veces, como le hicieron al pobre de Salomón en Kazajistán. Aún lo recordaba tendido en su catre, con los ojos abiertos de espanto, el abrigo hinchado de sangre. Todos en los barracones escuchamos su voz lastimera segundos después de que el

loco Vlad le encajara ese pedazo de metal tres veces en el vientre y uno más entre las costillas para asegurar que llegara al corazón. “Zaz-zaz-zaz... Zaz”. Fueron cuatro golpes secos, como si azotaran el cuero de un tambor, intercalados con las quejas de Salomón, al que se le iba la vida. “¿Por qué me haces esto? ¿Qué te hice, Vlad?”, escuchamos en la oscuridad. “No te hagas pendejo. Tú sabes bien por qué”. “Yo no te hice nada”, dijo el pobre de Salomón, al que le habían cumplido la amenaza de muerte, con voz lastimera, una intención de llanto que se quedó entripado y que se fue apagando en cada sílaba, del mismo modo en que iba creciendo la mancha de sangre debajo de su catre. Ni siquiera tuvo derecho al llanto. Nadie se acercó a tomarle la mano por el temor de que en ese momento llegaran los celadores, lo descubrieran a un lado del difunto y, para ahorrarse averiguaciones e interrogatorios, lo culparan del asesinato. A la mañana siguiente, a la hora del pase de lista, uno de los celadores vio a todo el barracón alrededor de un catre. Entonces supo que algo extraño sucedía y sonó su silbato.

Ahí estaba Salomón, el viejo pescador, con la mirada líquida, la boca abierta, que ya no era suya, sino una oquedad branquial de la que escurría un hilo de sangre seca que le había formado un charco en el oído y una estalactita coagulada en el lóbulo de la oreja. Desde las tres de la madrugada, cuando le habían encajado la estaca, el resto de los presos habíamos dormido al lado de un cadáver. Ni siquiera puedo afirmar que se tratara de frialdad o indiferencia al sufrimiento ajeno, sino de una pesadez, el aburrimiento de tener que enfrentarnos nuevamente a otro pinche muertito.

Por fin, alcancé un sitio dentro de la jaula que nos llevaría a Moscú. Yo era uno más entre las decenas de presos que meterían con calzador en esa cárcel móvil. Uno de los prisioneros más viejos, que era ayudado

por otros dos reclusos, se echó en el piso de la jaula y se quitó los zapatos. Todo el tiempo que nos tuvieron formados, los guardias le impidieron sentarse a pesar de las dolencias por el espolón calcáneo. La instrucción era que nadie se sentara y los custodios no tenían ni voluntad ni criterio para decidir en situaciones que no venían en el manual.

—¿Pueden hacer que se calle ese pendejo? —gritó uno de los presos.

Durante tres horas antes de la salida del tren vimos cómo los custodios se culpaban mutuamente de un resbalón administrativo que tuvo al tren detenido más de lo previsto: habían olvidado los expedientes de las causas penales de los presidiarios. Ni los gritos que uno de los oficiales le descargó al jefe de custodios fueron suficientes para solucionar el problema. El jefe de estación anunció que debían partir a la brevedad.

Al fin, el viejo descalzo dejó de quejarse. Nosotros tratábamos de ignorarlo, aunque también nos provocaba algo de envidia el saber que pronto sería liberado, ya fuera con unos gramos de plomo en la nuca o con una carta de liberación que lo condenaría a vivir en un eterno peregrinaje en casas para indigentes en Moscú.

Un cegatón, un marica, un anciano tullido y un mexicano que medio se daba a entender en lengua rusa éramos sólo algunos de los prisioneros de esta cuerda; una colección de despojos, cada uno con nuestras gracias y nuestras simplezas, éramos los personajes de ese circo humano, apenas sostenido por no sabíamos qué fuerza o qué fe: éramos los escombros de nuestras propias ambiciones y torpezas o de la candidez de haber confiado en otros hombres.

Pase y siéntese, Cervera. Sé que usted está buscando a Emilio. No sé qué le hizo pensar que yo puedo ayudarle en algo. Creo que ya hice lo que estuvo en mis posibilidades. Seguramente los de la cancillería y la policía política ya le dieron más información. Ahí está todo... No. Ya no tenía enemigos. Imagínese, Cervera. Después de veinte años encerrado y en la quinta chilla, los enemigos que pudo haber criado aquí ya se compadecían de él y muchos de sus pleitos ya eran agua pasada. A menos que su regreso sí pusiera en aprietos a alguno de sus antiguos contendientes del Partido Comunista. Padilla generaba reacciones encontradas, mi amigo. Verá: para sus contrincantes era un sectario, pero para nosotros era un abogado astuto que sabía hasta dónde apretar la tuerca y en qué momento negociar. Él estuvo con Lorenzo Acosta cuando éste fue gobernador interino de Tabasco en la rebelión delahuertista. Fue por allá de 1924. Era muy joven, pero aprendió rápido de esa derrota. Y qué decir de los años del exilio en Cuba. Cuando volvió aquí con el señor Lorenzo ya era un zorro baleado; su comunicación con los obreros era única y ellos lo sentían parte de su tribu. Sólo le faltaba perfeccionar su habilidad de negociador con las herramientas legales. Quizá parte del disgusto de la dirigencia soviética con Padilla se debió a que nunca se ajustó por completo a sus consignas. Hoy existe una leyenda negra sobre mi amigo, a quien puedo considerar un hermano y de quien me duelen la cantidad de chismes que circulan sobre su desgracia, sobre su historia. Son una bola de inventos de los verdaderos estalinistas... Nos conocimos justo en 1927, en la universidad. Pasó algo muy curioso con nosotros. Yo, a los dieciocho años, era un chamaco casi recién llegado a México. Sabrá usted que soy nicaragüense. Él venía regresando

de Cuba y aquí se vino a reencontrar con Julio Antonio Mella, con quien ya había compartido persecuciones y alguna detención en La Habana. Allá, por si no lo sabía, Cervera, había candela. Se andaban matando, y por eso huyeron Lorenzo y Emilio. Si les hubieran negado el regreso a México, sus destinos habrían sido sólo dos: fugarse a Nueva Orleans, lo que significaba una fuerte inversión en sobornos y pasajes, o dormir con los peces en la bahía de La Habana... Julio Antonio Mella, Emilio Padilla y yo, Adolfo Serrano, nos identificamos muy bien desde nuestras primeras clases en la Escuela de Jurisprudencia. Eran unos años muy alebrestados y, a diferencia de muchos compañeros que apenas estaban saliendo del cascarón, nosotros encontramos en la universidad la posibilidad de nutrir con la talacha jurídica las experiencias que la vida ya nos había dado. Rápido aprendimos que aquí no eres nadie sin un título universitario... Siempre fuimos grandes amigos. Uno, en esta vida, necesita hacer alianzas confiables con quienes sabes que te recogerán cuando estés en el suelo. Sé que de haber sido yo quien cayera en la desgracia, Emilio habría hecho lo mismo que he hecho por él y su familia. Al llegar aquí yo era un don nadie. No conocía siquiera las calles ni los estamentos sociales que como abogado se deben tener presentes. Él, Emilio, fue mi guía durante los primeros años de forzoso autoexilio al que la pobreza nos llevó a mi madre, a mis hermanos y a mí. Él entendió perfectamente las necesidades de un extranjero, justo porque él mismo había experimentado en La Habana las penurias de no tener techo ni rumbo claro en una ciudad tan hostil y llena de mafiosos. Y, allá, fue Julio quien lo tomó de la mano y lo llevó a conocer lo más profundo de La Habana: las casuchas miserables de Marianao y Guanabacoa, los talleres

habitados por gente industriosa y las noches embriagantes de esas ciudades que nunca duermen. Y ellos, a su vez, me adoptaron a mí como a un hermano... Mire, Cervera, en los años juveniles sí hay una fiebre por cambiar el mundo. Aquí lo que hay que preguntarse es en dónde termina el mundo de cada persona. Hay quienes sólo quieren cambiar su propio mundo. Algunos de estos individuos pueden hacer grandes fortunas. Son unos tiburones que se sueltan dentelladas para comerse al que se les ponga enfrente. No distinguen entre un tiburón de su tamaño y un charalito. Muchos terminan endeudados hasta la coronilla o cometiendo fraudes o metidos en la política para sostener el tren de vida en que se educaron bajo el privilegio, por terror a la pobreza o, qué espanto, tener que trabajar. A veces se suicidan, como ocurrió con muchos de estos emprendedores voraces en la crisis del 29. Conozco a esa gentuza. Se sienten con el derecho de exigirte cita a la hora y el día que se les antoja. Los más astutos te invitan a partidas de golf o de polo. A esta estirpe de hombres pertenecen Bruto, Calígula, Maximiliano y Stalin. Son unos aventureros. Pero hay otro tipo de aventureros. Para ellos el mundo no termina en sus suelas. En su interior hay una lucha constante entre el yo y el nosotros. Trotski es uno de ellos. Era un tipo al que aún admiro pese a los excesos que cometió en la guerra. Son..., ¿cómo le explico?, una especie de misioneros. Se entregaron a su causa de manera tan religiosa que muchas veces se olvidaron de sí mismos, se olvidaron de los suyos y de aquellos por quienes pelearon. Y en el momento en que dejaron las botas fedéricas, el fuste y el sable de la guerra para convertirse en perseguidos y finalmente en víctimas de la represión, debemos verlos también de esa manera: víctimas de una fuerza que supera a todo

individuo, a todo colectivo. Por eso defendí al señor Trotsky en la Comisión Dewey, porque la persecución debe decirse con todas sus letras, sin importar el pasado del perseguido. ¿Existe la maldad en su estado puro, mi amigo? ¿Está en usted, está en mí, está en Stalin, está en Emilio?

Pero, bueno. Ya nos estamos poniendo metafísicos. La verdad, no sé en dónde esté metido. Quizá le dio pavor descubrir que el terruño que tanto extrañó en su peregrinar por las cárceles soviéticas simplemente ya no existe y prefirió entregarse a una vida desde un presente perpetuo, ser un vagabundo más en estas calles miserables, acompañado de su pequeña familia de perros callejeros. Quizá Emilio renunció a tener que darles explicaciones a sus viejos camaradas. Ha escapado de su prisión soviética y no quiere ser un prisionero de nuestros cuestionamientos, dudas y compasiones. Póngase en su lugar. En cuanto aparezca, todos le pedirán una explicación de lo que sucedió allá. Ya los estoy escuchando: “Oye, Emilio, ¿qué pasó?”. Ahora, mi amigo, lo importante para él ya no es lo que pasó, sino lo que pasará después. Desde hace años, Emilio se ha preparado para dos escenarios: el primero era el no retorno, que ya sabemos no sucedió. Por fortuna. El segundo era el regreso. Esto lo ha llevado a preguntarse constantemente qué sería de él una vez que volviera a poner los pies aquí. Hoy, mi amigo Emilio Padilla sabe que es una sombra, no para nosotros sino una sombra de sí mismo. Está reencontrándose con lo que fue, con lo que es y lo que será. Él es un resucitado, y los resucitados no tienen tiempo de responderles a los demás lo que éstos quieren escuchar. Habrá quienes querrán que despotrique contra Stalin, habrá quienes querrán que acepte que toda la culpa fue suya y que se merecía ese castigo. Todos quieren

una respuesta que les satisfaga a ellos mismos, no una respuesta satisfactoria para nuestro Emilio. No pierdo la fe, y lo invito a que se arrope en este sentimiento, de que Emilio aparecerá muy pronto y en buenas condiciones. Si supo cuidarse solo durante veinte años en Rusia, sabrá cuidarse perfectamente aquí.

*

La caravana de autos se detuvo en la esquina de Jalapa y Colima. Luego de dejar a la *vedette* en los separos de la cuarta delegación a cargo de los agentes de Migración, Chito Robles y Nicolás Poblano fueron a casa de Lorenzo, quien les informó la decisión del juez Refugio Mendieta. El viejo decidió acompañarlos al cateo. Eso quería verlo con sus propios ojos. Ahí los esperaba Cervera, que había pasado al juzgado por la orden de cateo y, una vez en sus manos, echó un telefonazo a Narváez para avisarle del permiso para partirle la madre a esos comunistas que, él sabía, se estaban haciendo pendejos para entregarle su dinero. El paradero de Padilla ya era lo de menos. A Cervera le habían prometido una billetiza y la quería con él. Sabía que en algún momento aparecería ese hombre que había puesto de cabeza a media policía de la ciudad, a dos embajadas y a los grupos de espionaje de dos potencias extranjeras. De su visita con Labrada, días atrás, sacaba como conclusión que los primeros en quedar como estúpidos eran los del mismo Partido Comunista. Lo habían hecho hacía veinte años y volvían a hacerlo ahora.

En la ventanilla, con el postigo abierto, los esperaba el velador de las oficinas, un viejo casposo que se negaba a abrirles mientras

no le presentaran una orden judicial. Una docena de uniformados esperaba detrás de Chito y compañía.

—¿Qué buscan?

—Eso a ti te vale madres —respondió Cervera alterado. La idea, cada vez más firme, de que su dinero se estaba esfumando le enchilaba el orgullo. Renegaba de su candidez por haber confiado tan pronto en Tomás. “¿Por qué no le pedí más dinero? ¡Chingao!”. “Este pinche Chito sabe más de lo que nos ha dicho”. Se pensaba una pieza más, desechable, en todo este juego de policías y ladrones. “¿Por qué no empezamos con Serrano y Labrada, como nos sugirió Revueltas, planes que encabronaron tanto a Chito?”. Nacho Cervera dio dos pasos atrás para tumbar de una patada el portón apollillado de las oficinas comunistas. A punto de dar el golpe, Chito lo jaló del cinturón y detuvo su trayectoria—. ¡Suéltame, cabrón!

Lorenzo trataba de calmarlo:

—¡Espérate, Nacho! ¡No hagas pendejadas!

—A ver, a ver. Aquí el único que suelta los chingadazos soy yo —terció Narvárez, que apareció detrás de los detectives. Ni lo vieron venir a pesar de sus cien kilos de peso, su nariz varicosa y su actitud de fantoche. Cervera lo miró con un odio que sólo era comparable al que en ese momento tenía por Chito. Los detectives se hicieron a un lado—. Y usted, abuelito, no le estamos pidiendo permiso. Le estamos avisando nomás para que no haya más pedos. Por favor, baje esa pinche pistolita que no le va a servir para nada y déjenos pasar. Acá mis muchachos lo van a tratar bien. No se haga agujerear a lo pendejo.

Atrás, Cervera le preguntó a Lorenzo:

—¿Y éste cómo supo que el viejillo venía armado?

—¿Qué pasó, Nacho? ¿A poco no te las oliste? No hay velador que no tenga al menos una pistolita, por muy insignificante que sea; también es un veterano de la bola. Para éstos el orgullo es lo único que los mantiene en pie, pero también es su peor consejero.

Al verse rodeado, sin otra posibilidad que morir agujereado, el velador quitó el seguro y abrió la pesada puerta de madera. Los policías pasaron de largo frente a él sin siquiera hacer caso del revólver que el viejo llevaba en la mano derecha temblorosa. Algunos de los oficiales fueron directamente al primer piso, otros se ubicaron en las dos puertas secundarias del local, una de ellas con un portón grande por donde habían sacado en autos la propaganda que se imprimía allí; la otra era una puerta de emergencia que se usaba sólo en casos de incendio o de una *razzia* como la que hacía ahora la policía. Narváez se detuvo frente al viejecito, lo miró sin furia pero con la suficiente seguridad de saberse el hombre que mandaba en ese momento. Sujetó el brazo del velador con una mano y lo levantó de tal manera que el revólver apuntara a la cabeza del viejo.

—¿Esto es lo que quiere, abuelito, que le metamos un pedazo de metal en la cabeza por defender a estos cretinos? Mejor hágalo usted mismo, pero no se ande comprando pleitos ajenos. Yo sé que encontrar jale a su edad es como masticar vidrio, pero no se venda tan barato —dicho esto, tomó el arma, sacó las balas del tambor y se las guardó en la bolsa del saco. Echó el revólver en la otra bolsa—. Tome —dijo al anciano mientras le extendía un billete—, váyase a echar un trago para bajarse el susto. Yo invito.

Arriba, Chito, Lorenzo, Nicolás y Nacho se habían unido al grupo de policías que realizaba el cateo. Contrario a lo que Lorenzo pensaba, procedían con orden, habían abierto las gavetas y sacaban las

carpetas para apilarlas enfrente. Dos oficiales subían en ese momento acompañados por un grupo de peones que se encargarían de bajar la documentación. El único que desacataba las reglas de la diligencia era Nacho Cervera; abría los cajones, esculcaba adentro, sacaba documentos, los sacudía y los arrojaba al suelo cuando veía que no estaba allí lo que buscaba.

—Muchachos, si ven un maletín negro, me dicen. El que no me lo dé va a tener problemas conmigo.

Atrás, Chito y Lorenzo se fumaban un cigarro. Nicolás revisaba el cableado del teléfono.

—Oiga, Lorenzo, creo que este muchacho está cada vez más desesperado.

—Desde hace un tiempo veo que tiene un hambre que no se aplaca con ningún platillo; para él todo lo que se le ofrece es sólo un bocadillo. Creo, mi amigo —dijo Lorenzo esperando el entendimiento de su acompañante—, que en el fondo hay mucho de frustración en este muchacho. La sombra del padre no lo deja en paz.

—Lo entiendo, viejo. Muchas veces es conveniente poner tierra de por medio y rascarse con sus propias uñas. Es común que las personas esperen mucho de ti en función de los logros de tu padre. Eso es una putada. Y también es dos veces putada cuando intentas deshacerte de la sombra de un padre mediocre; ahí quien te juzga con más crueldad eres tú mismo. Muchos, como yo, preferimos salir huyendo en el primer barco para no tener que deberle nada a nadie.

Narvárez, el único que podía partir el queso en ese cateo en la leonera de los comunistas, subió las escaleras. Miró a Cervera hacer su tejemaneje pero no dijo nada.

—Qué bueno que por fin accedió a cooperar con nosotros, oficial —le dijo Lorenzo.

Narvaéz soltó una risilla burlona, apenas un pujido.

—Cooperación mis aguacates, abuelito —Lorenzo y Chito se miraron extrañados—. No crea que el juez Mendieta accedió a darnos la orden por el lindo rostro de Cervera.

—¿Cómo está eso? —preguntó Lorenzo.

—Así es, abuelo. Mire, el juez Mendieta ya había desechado la solicitud de Cervera. No es ningún pendejo. Él se dio cuenta perfectamente de que Cervera sólo busca la marmaja. Pero a veces los designios del Señor son impredecibles. Justo hoy en la tarde recibió una llamada de Gobernación. En la oficina del secretario ya no les importa si Padilla aparece o no. Lo que en este momento les interesa saber es la información que poseen los comunistas sobre las armas nucleares. Saben que por aquí ha pasado cantidad de datos que les pueden ser útiles en las negociaciones que mañana mismo tendrán en la ONU sobre el desarme. Lamento decirles que su amigo Padilla es de poca importancia para el gobierno.

Al final de su perorata, Narvaéz lanzó la misma risilla burlona.

—Nosotros siempre lo supimos, oficial —respondió Lorenzo—, pero también sabemos la importancia de todo lo que nos habla.

—¿Verdad que no es fácil tener orden en un país donde toda la pinche gente se manda sola? —respondió el policía al momento que señalaba a donde Cervera desordenaba otra de las gavetas con documentos. Los viejos comunistas se miraron con cara de reprobación. Narvaéz continuó—: Cervera ya nos está estorbando. Habíamos tratado de convencerlo hace unos días para que se hiciera a un lado, pero parece que no entiende. Ahora dígame, señores,

¿lo hacen a un lado ustedes o lo hago yo? Sólo les advierto que con Cervera no tendremos las mismas consideraciones que tuvimos con el velador.

Chito y Lorenzo pidieron un par de minutos a Narváez para solucionar la intromisión de Cervera.

—¿Qué hacemos, viejo?

—A mí ya no me hace caso —contestó Lorenzo—. Si no le decimos que deje todo esto por la paz, se lo van a llevar de nuevo, pero ahora enfrente de nuestras narices y nosotros no podremos hacer nada.

—¡Su puta madre! —respondió Chito mientras se llevaba la mano a la barbilla. Tomó su arma y se la entregó a Lorenzo. Caminó hacia Cervera. El Mojarras los observaba desde la entrada del despacho. No se quería perder la escena para darle una fiel narración a su jefe. Cervera no dejó que Chito tomara la iniciativa:

—¿El viejo te mandó a hablar conmigo?

—Mira, Nacho, nos han desplazado. Además —mintió—, todo esto es por un acierto tuyo. Conseguiste convencer al juez para que nos dejara catear esta madriguera.

—¿Y qué caso tiene? El dinero se lo van a llevar estos culeros —dijo señalando al Mojarras—. A mí ya me vale un carajo si aparece el señor Padilla o si hay o no un desarme nuclear.

En cada una de las gavetas que Cervera iba abriendo aparecían facturas, reportes de compra, cobro de servicios de impresión: calendarios, recetas de cocina, fórmulas para curar el empacho; nada daba indicios de que ese sitio fuera una guarida de disidentes. Lo tenían todo muy bien organizado para borrar evidencias de posibles incriminaciones.

Chito se recargó en uno de los muebles y, en voz baja para evitar que los escuchara el Mojarras, dijo a Cervera:

—Nacho, sabes muy bien que a quien tienes que pedirle explicaciones del dinero es a Narváez. Él fue el primero en llegar a la casa del suegro de Tomás. Sabes muy bien que si alguien tiene el dinero es él.

Cervera empujó uno de los cajones y miró a Chito con una furia apenas contenida.

—Mira, Chito, me llevas cagando el palo desde que empezamos este desmadre. No sé en qué momento le tomé la palabra al pendejo de Tomás. Si al menos me hubiera dado otro fajo del adelanto que me dio...

—Pudiste haberle pedido más.

—Sí, chingao. Ya lo sé. Pero ¿vienes a sermonearme por petición del viejo? Ya estuvo suave. Ya no sé para quién trabajas, Chito. Y te voy a decir al topón: desde el principio he pensado que sabes más que todos nosotros, pero no abres el pico más allá de lo que te conviene.

—Joder, muchacho. También me vas a sermonear.

—No, Chito. Aquí los que parecen padrecitos confesores y quieren salvar al mundo son ustedes. El pinche Tomás me pidió que lo ayudara, pensé que la búsqueda de Padilla sería más fácil y que sólo le tendría que rendir cuentas a ese pendejo. Hace dos semanas nos valía un carajo lo que hacíamos uno a espaldas del otro. Y míranos, discutiendo enfrente de ese pendejo —señaló al Mojarras, a quien Lorenzo entretenía en una conversación banal para estorbarle en la tarea a la que lo había enviado su jefe.

—Nacho. Parece que no has entendido que en la vida real, más allá de la cajita de cristal en la que naciste y creciste, no siempre se

puede hacer lo que uno desea y como lo desea. ¿Ves a tu padrino? Él lo sabe muy bien. Él ha vivido exilios, persecuciones y expulsiones, todo en contra de su voluntad, y míralo, ahí sigue chingando.

—¿Sabes qué, mano? Ya estoy harto —Cervera empujó la última gaveta. Sabía que ahí no encontraría nada—. Tú y el viejo se pueden quedar con lo que encuentren aquí. Ya estoy cansado de sus pinches intrigas, sus pinches muertos y sus pinches desaparecidos.

—El mundo nunca va a ser como tú lo quieres. ¿Cuándo vas a aprender eso?

—¡Chinga a tu madre! —respondió. Chito estuvo cerca de lanzarse detrás de Nacho para exigirle una disculpa, impulso que abortó al saber que llegarían a los golpes, un espectáculo de perlas para el varicoso de Narváez.

Afuera, los peones contratados por la policía cargaban en cajas los archivos de la organización clandestina que desde hacía décadas retaba a la estabilidad del país, una estabilidad sostenida con base en cochupos, compadrazgos y moches, una estabilidad de la que Cervera se sabía expulsado.

*

Habían citado a los milicos y a Narváez en ese café de chinos en vez de hacerlo en la casa de Lorenzo. Parecía como si una mano invisible hubiera intervenido para que la actitud de la policía y el ejército cambiaran en unas cuantas horas. Pero no era así, sólo eran las circunstancias que al paso de los días llevaron a la policía a descubrir un pequeño gran detalle que cambiaba el curso de la investigación por

el homicidio de Tomás. Habían pasado sólo dos días desde el cateo en las oficinas del Partido Comunista. La cancillería y la Presidencia ya tenían el reporte sobre la presencia de agentes soviéticos y gringos que tomaban el país como otro campo de batalla en la guerra que sus servicios secretos tenían por hacerse de las fórmulas para dividir un átomo en dos mitades, nada más, y con esto tener el arma más potente que cualquier otra creada por el hombre. Para sorpresa de muchos, empezando por los declarados anticomunistas en el gobierno, la mayoría de los agentes soviéticos no estaba en el Partido Comunista, sino en ese gobierno tan engominado y decente. El dinero todo lo puede. Y para sorpresa del mismo presidente, quien, según contó el jefe de la policía política a sus muchachos, no dejaba de carcajearse cuando le dijeron que gran parte de los agentes al servicio de los gringos estaba en el Partido Comunista.

Narvárez entró al café con el mayor estruendo: la placa colgando del pescuezo, abriendo cancha como si olfateara algún objeto mal puesto para chingárselo y con su arma a un costado de la cintura: toda la bravuconería de la que sólo es capaz un policía judicial mexicano. El Mojarras entró atrás de él; era la viva estampa de su jefe, sólo que mucho más joven y sin el vientre que a su comanche le daba la apariencia de un confitón enchilado. Además del pistolón que el Mojarras se cargaba entre la camisa y el pantalón, llevaba un folder con una copia de la averiguación por el asesinato de Tomás.

—¿Qué pasó, Cervera? ¿Cómo va ese ojo de cotorra? —Cervera, Chito y Lorenzo lo miraron sin atreverse a responder. Fue este último quien respondió con una especie de reprimenda:

—¿En algún momento puede dejar de llamar la atención y ser más discreto, como debe ser todo buen policía, comandante Narvárez?

—Bueno, ya; ni aguantan nada. ¡Mesero! ¡Un café con leche!

El comandante y su achichinle se sentaron con los otros tres investigadores. Narváez sacó su pañuelo y procedió a limpiarse la nariz enfrente de sus acompañantes mientras le indicaba con el dedo al Mojarras que abriera la carpeta.

—¡Ándale, Mojarras! Enséñales lo que descubriste. A ver si siguen buscándose amiguitos así, eh.

Con más discreción, en la puerta del café apareció el coronel Esqueda, ya sin uniforme de campaña pero con sombrero tejano y unas botas matavíboras. Cualquiera podría pensar que se trataba de un ganadero venido del norte y no un oficial del ejército en ropa de civil. Al igual que al comandante de la judicial, lo acompañaba un ayudante. Pero su trato era distinto, lo que hacía más evidente la diferencia de rangos entre uno y otro. Esqueda dio las buenas tardes, jaló una silla desocupada de la mesa contigua y se sentó con el grupo a la espera de noticias.

—Lo que ven aquí son dos fotografías —explicó el Mojarras—. Una es la del cuerpo del masculino de cuarenta y cinco años que encontramos en la escena del multihomicidio y la otra es un retrato de cuerpo completo del señor Hernández en vida. Aun cuando al momento de recoger el cuerpo éste llevaba identificaciones del señor Hernández, nuestros peritos encontraron algo: la estatura del cadáver no coincide con la marcada en los documentos de este señor. Al tener el rostro desfigurado, no había posibilidad de determinar concretamente su identidad y se dio por hecho que se trataba del mismo hombre de las credenciales. Pero luego vimos un rasgo que se nos pasó de largo entre tanto alboroto —al decir esta palabra miró a Chito, quien no se arrepentía de las cachetadas que le puso

al Pimpollo—: al cadáver le faltan los dedos meñique y anular de la mano izquierda. ¿Habían notado eso en el señor Hernández? —Cervera, Lorenzo y Chito se miraron sorprendidos. Continuó el Mojarras—: Pues para los vecinos fue clarísimo de quién se trataba. Era el exmarido de la señora Carolina Pérez, no el señor Hernández.

Hay noticias que son bombas, pero no todas las personas reaccionan de la misma manera. Hay especímenes como Lorenzo, quien a su edad y con la cantidad de espantos que había experimentado ya no parecía sorprenderse tan fácilmente. A la noticia del Mojarras, únicamente entrecerró los ojos y asintió con lentitud mientras sus pupilas se dilataban.

—Tú nos quieres tomar el pelo —respondió Cervera, a quien siguió Chito con un estruendoso “¡Coño!”, esa palabrota que él y Hernández reservaban para decirla en la iglesia.

—Sí, señores. Los testimonios de los vecinos no dejan espacio para dudas. Se trata del señor Alonso Cabañas. —Cuando la justicia en México quiere hacer su chamba, la hace bien; cuando no, alimenta una simulación de la acción policiaca que se expresa de dos formas, aunque no las únicas: el burocratismo o el montaje descarado. En este caso, el comandante Narvéez siguió cada rastro, quizá impulsado por una orden superior del preciso tlatoani de Los Pinos. Prosiguió el Mojarras: — La noche del crimen, el señor Hernández ya tenía planeada la fuga con la señora Carolina. Nuestros muchachos consiguieron en la aerolínea Mexicana el recibo por los boletos de avión a nombre de ambos. Al final, el único que viajó fue su camarada. Pero él no mató a su prometida ni a su familia. Aquí el testimonio de la portera es muy importante. Según contó ella, minutos antes de que Hernández llegara a la escena del crimen vio salir a dos hombres con

aspecto ranchero. Ellos vestían camisa a cuadros y sombrero tejano, pero su forma de hablar le pareció típica de los ladinos chiapanecos. Lo dice sin temor a equivocarse porque su difunto marido era de esos mismos rumbos. Cuenta que el señor Hernández no dilató ni quince minutos cuando salió corriendo con otro maletín distinto al que llevaba al entrar. Al ver frustrado su plan de fuga con Carolina, porque se la mataron, pensó con rapidez e intercambió identificaciones con el difunto. Esto lo sabemos porque rentó un auto en La Paz a nombre del señor Cabañas. El último rastro que tenemos de él es en Tijuana.

—Pero ¿cómo saben que él no los mató y que fueron los supuestos chiapanecotes esos? —preguntó Cervera.

—Los tenemos detenidos y confesos. Deudas de juego. Parece que el señor Cabañas acudió a casa de su exesposa a pedirle ayuda al padre de ella, con quien a pesar de que ya no era su suegro parecía llevar una relación de cooperación de ayuda financiera.

—¿Entonces todo esto ha sido un gran argüende? —reclamó Cervera al dar un manotazo en la mesa. Narváez, quien siguió con atención el reporte de su pupilo, soltó una risilla burlona.

—No. Y le voy a explicar por qué. Dalila, la agente cubana a quien ustedes nos hicieron el favor de darle su calambrito, se puso más generosa en los separos... No, no, no. Y quite esa mirada, señor Cervera. No es lo que usted está pensando. Ya a punto de que la trepáramos al avión, creyó que con soltar más sopa la íbamos a perdonar. En realidad ya la perdonamos, aunque también la deportamos. Pero esto se los va a informar el coronel Esqueda.

—Señores —inició el oficial—, como corolario del reporte que les vengo a compartir, sólo les daré una opinión personal, un hecho y una

conclusión. Va la primera: me caga trabajar con los civiles. Siempre están jodiéndose entre ellos sin atender lo verdaderamente urgente. Lo segundo es que todo lo que cantó la *vedette* nos llevó al contacto de Bazikov en México: es el señor Marrón, el mismo que extravió a Padilla en el aeropuerto. Bueno, ésa no es la novedad. Lo valioso es que al seguir al señor Marrón vimos que hace unos días desayunó con el señor Adolfo Serrano. Mis muchachos lo siguieron y tienen elementos suficientes para confirmar que Padilla está alojado desde hace días en la casa de este señor. A Tomás nunca le interesó el paradero de Padilla. En cuanto vio tal cantidad de marmaja en sus manos, decidió fugarse. No le salió el plan como esperaba, pero lo hizo.

—¡No! —exclamó Cervera.

—¿Y cómo chingados no? —respondió Narváez.

—¿Y el dinero? ¿En dónde tienes el dinero?

—¡Nacho, cálmate!

—¡Cuál cálmate ni qué la chingada! El miserable de Tomás me mete en este desmadre y al final ¿qué?

La risilla de Narváez fue aumentando hasta convertirse en una risotada que acaparó la atención de los que estaban en la mesa; mover su humanidad en ese acto netamente humano de reír lo hizo sudar durante los largos segundos que duró su burla. Chito, Lorenzo y Cervera no pudieron evitar su encabronamiento. Ese, ese, precisamente ese oficial con nariz de chile relleno se había llevado el mayor mérito, después de los milicos, de encontrar a Padilla.

—Pues creo que te bailamos de lo lindo, Cervera. Aquí el único que venía por el billete eras tú.

—¡Ay, por favor! —soltó Lorenzo—. Ahora me va a salir con que usted no se echa sus clavelitos cuando ve la oportunidad. Sobre el

muerto las coronas, Narváez. No se haga de la boca chiquita. Confiese que en cuanto ve la ocasión se sirve con la cuchara grande.

A Cervera se le derrumbaban los castillos de prosperidad que se había construido en los días que duró la investigación. Adiós al negocio propio, adiós a la casa propia, adiós a la mujer nueva.

—Momento, señores, que aún no termino —interrumpió el coronel Esqueda. El barullo se fue apagando hasta que lo último que se escuchó fue el “me largo” de Cervera, quien agarró su sombrero agujereado y escuchó de pie la conclusión del militar—. Todo esto apesta, señores: el Partido Comunista apesta, la cancillería apesta, la policía apesta. Lo único que nos queda es pedirles que se maten entre ustedes. Nosotros ya lo hicimos en la Revolución y los dejamos a ustedes para que sigan haciendo estas pendejadas. Pero, miren, ya estamos curados de espanto.

*

Uno, dos, tres, cuatro, cinco..., así contaba mis pasos en la oscuridad de mi celda. Tomé la cobija y la jalé para cubrirme la nariz. A principios de octubre, el clima otoñal comenzaba a echar bocanadas de aire frío por la ventana. La importancia de mantener el idioma español me había llevado a reinventar mis hábitos nocturnos. Sabía que necesitaba practicar mi propio idioma, escucharlo, aunque fuera en un diálogo en voz alta conmigo mismo. Nadie entiende la cantidad de hábitos que puede generar la soledad y que a la vista de los otros pueden resultar descabellados, pero para un hombre solo son necesarios. Hablar, hablar por el sólo hecho de hacerlo era una necesidad. Más allá

de cruzar algunas palabras con el resto de los internos en el patio del penal, necesitaba hacerlo en mi idioma, conversar con alguien, hablar de lo que fuera: de fútbol, de toros o de la última película vista en el cine antes de parar en la cárcel. Si no había nadie más cerca de mí, lo haría conmigo mismo.

Por la ventana vi la luna matutina y la saludé con la añoranza de saberla libre. Creo que la ausencia de ataduras le cae bien, pues ella es ajena a esa vergüenza que sólo conocemos los expresidarios, la vergüenza de tener que medir las calles nuevamente con nuestros pasos y palpar las aceras.

Pensaba que al salir de prisión, si es que esto ocurría un día, mi primer deseo sería caminar por las veredas de Ciudad del Carmen, recuperar mi estancia en ese mismo puerto donde había lanzado el primer berrido. Me gustaba recrear la imagen de la partera levantándome de los pies, mirando escrutadora mi sexo de recién nacido, hinchado, con manchones de sangre, de placenta y gritar: ¡es niño!

Tan sólo al voltear al interior de mi celda tenía al protagonista de la historia más jodida de todas las que conocía. Aunque sabía que en el reciclaje de carne humana que era ese sistema penitenciario siempre habría una historia que superaba a la escuchada un día antes, no dejaban de asombrarme las razones por las que mi compañero enfriaba sus huesos en esa celda.

—¿Vas a estar ahí asomado toda la mañana? —me preguntó el viejo Friedrich Lvóvich Kibálchich desde el catre donde limpiaba sus botas con un trapo viejo.

—Usted lleva media hora limpiando esa bota —le respondí en mi ruso macarrónico.

—Así es como logro concentrarme, camarada. Si ahora mismo me pusiera a pelar tres botes enteros de papas o a picar un costal de cebollas,

lo haría sin siquiera detenerme para ir al baño. A mi edad lo que necesito es moverme para pensar y no quedarme dormido, mucho más con la monotonía de esta celda.

—Yo no estoy pintado.

—Pero desde hace media hora no haces más que suspirar, por eso te omito. Si piensas ponerte a llorar como anoche, te voy a pedir que te alejes de mi vista. Me pones muy mal.

—Si no me equivoco, Friedrich Lvóvich, hoy es cumpleaños de mi hijo.

—Ah, los hijos —me respondió el viejo volteando apenas a verme y torciendo los labios. Por sus años en prisión, en México y en Rusia, había aprendido a no comprar el respeto hacia un viejo por el simple hecho de peinar canas. En una ocasión se lo dije al que ahora era mi compañero de celda. Él sólo respondió: “También pensamos que los hijos nos deben lealtad sólo porque salieron de nuestro espinazo”.

En los dos meses que llevábamos como compañeros de celda, Friedrich Lvóvich y yo nos habíamos sincerado sobre lo que creíamos eran las causas de nuestro encierro.

“La pequeña Raisa llegó como un regalo —me contó el viejo a la tercera noche como compañeros de celda—. Durante años había estudiado la vida de otros animales y sólo hasta que conocí a mi Raisa supe que quizá había un dios que permitía ese milagro. Seguramente sabes de qué te hablo, Emilio. Tener un hijo con la mujer a la que amas te enseña que toda la saliva, los rondines, el cortejo, los ramos de flores y las empanadas que le diste como ofrenda no son más que retórica cuando sientes un corazoncito latir al lado de tu pecho y que un día te dirá papá. Ella no tenía ni cinco meses cuando nos visitó en el instituto un viejo colega que había sido mi maestro en la Universidad de Moscú. Unos practicantes que tuve en el instituto le informaron a mi maestro que me había estrenado como papá.

‘¡Friedrich! ¡Tienes una pequeña fortuna en esa niña! De viejo, ella será la única que en verdad te ame’, me dijo dándome un golpecillo en las costillas con su bastón, a lo que siguió un abrazo, como si fuera mi padre. Mi esposa se encargó de inculcarle los principios en los que todos creíamos. El día que mi mujer murió supe que había hecho un buen trabajo con nuestra Raisa. Tuve la fortuna de que ella me hiciera abuelo. Dos años antes tuvo al primero y ahora mismo espera a la segunda... Será niña. Estoy seguro de eso. Yo amo a las mariposas y les he entregado toda mi vida de profesor. Ellas, camarada, son únicas como cada uno de nosotros. Siempre se lo he dicho a mis estudiantes. No hay nadie idéntico a ti. Eres único. Un día ella me acompañó a dar una de mis clases. Lo sé. Me han dicho que el proceso que me siguen fue por difundir ideas que abusan del individualismo. No sé por qué hasta ahorita me detienen si le he dicho lo mismo a cada generación de estudiantes durante casi treinta años. Cuando dicen que no confíes ni en tu sombra, pienso que siempre queda un refugio en los hijos. Aquí nos han llevado a no confiar ni en la sombra de ellos”.

La ansiedad de recordar las honduras del español me había llevado a leer en voz alta los retazos de periódicos que caían en mis manos, escritos en cirílico y apalabrados en mi idioma materno. Hablar por hablar se había convertido para mí en un deporte. Cualquier tema era válido. En un principio, los celadores y otros presos me tacharon de loco, un hablador más de esa camada de reclusos que para huir de la prisión se evaden también de la cordura. Los había visto antes en la Isla Madre, veinte años atrás, cuando la policía nos envió a esa prisión. Las Islas Mariás habrían pasado por el paraíso si no fuera porque estaban llenas de culebras o porque la arena de la playa era una costra de sal que carcomía la piel y hacía llorar al más machito. Ahí había visto caminar alrededor de las salinas a esos viejos reciclados en los reclusorios que, sin esperanzas de salir por

las condenas que cargaban, habían decidido uno de los tres caminos que la cárcel da a los hombres que se engulle sin posibilidad de estar de nuevo afuera. Había de tres sopas: volverse “cartera”, arrojarse al mar para morir masticado por los tiburones; o perder los estribos para deambular como demente. Ahí supe las historias de decenas de homicidas, asaltantes, saltadores de caminos y violadores que habían subestimado las mandíbulas de los tiburones, o de otros a los que un calambre había dejado flotando, con la mirada puesta en el arrecife y el espanto remachado en el rostro, el rigor mortis de la sumersión. De vez en cuando el mar arrojaba despojos de los presos que se habían aventurado a nadar hasta la costa de Nayarit: brazos, dedos, piernas o una que otra cabeza cercenada.

Los “carteras” dominaban esa sociedad de presos hambreados. Con sus decenas de años de condena, su negocio era el asesinato a sueldo, porque la acumulación de nuevas causas penales por homicidio no les afectaba demasiado en ese edén lleno de culebras del que nunca saldrían. Dominaban la caricia fría del filete y sabían muy bien cómo enfierrar a sus víctimas con una punta hechiza elaborada con un tramo de riel, una varilla de construcción, la pata de una silla o un pedazo de cancelería desechada de los juzgados luego del último huracán. En esas islas siempre ha habido más iguanas que hombres. A pesar de los esfuerzos que los presos hacían por cazar y cocinar en un sabroso caldo a esos bichos prehistóricos, nunca los superarían en población, sobre todo por el vicio que ellos arrastraban desde tierra firme: matarse unos a otros.

En el penal de Vladimir, yo sabía que más allá de la barda que veía frente a la ventana de mi celda, a unos cuantos kilómetros, estaba el río Moskova, que arrastraba la podredumbre de otras vidas más tristes que la mía. Había escuchado esas historias en los separos de Lubyanka. Cada una de éstas era un llamado para matizar mis viejas necesidades.

Al otro lado del río se alcanzaba a ver la humareda de las chimeneas de la fundidora de acero y de algunas ladrilleras. Las orillas del cauce estaban tapizadas de hojarasca, con algún pescador aficionado en una barca en medio de la corriente, mientras que a unos metros un grupo de pioneros recibía las primeras instrucciones para sobrevivir en la intemperie. El viento sacudía los abedules, apiñados en pequeños grupos, que en cada racha emitían esa música que sólo podía comparar con el sonido de la lluvia. Los años de encierro me habían enseñado a valorar esos pequeños detalles de las alamedas, los paseos, los bosques, los parques, de los que me había olvidado durante los años de militancia.

A los cuatro días me sacaron de la celda (dos minutos para empacar las tres garras que tenía como mudas de vestir —esta orden fue la menos complicada, pues esas mismas mudas me servían como almohada—, mi cepillo de dientes, un recipiente con bicarbonato y un par de botas de fieltro. Todo en una bolsa de percal).

Nunca más supe del viejo. Friedrich Lvóvich Kibálchich se perdió igual que una mariposa arrastrada por una racha de viento en la estepa solitaria o quizá tragada por una iguana en las salinas de las Islas Marías.



Veintidós años antes de esta tarde de verano en que dos viejos amigos dan un paseo, el mandamás de la Unión Soviética decidió llevar a juicio al asesino de uno de sus sucesores. Se llamaba Kirov, el muerto, claro. Su asesino, o a quien toda la prensa soviética señaló como tal, era Leonid Nikoláev, un pobre diablo que se convertiría en el ejemplo más claro del sometimiento de la justicia al poder

político. No había pasado ni un día del asesinato cuando el detenido ya había sido interrogado por el mismo Stalin, torturado hasta el colapso y ejecutado con un tiro en la nuca luego de un juicio sucinto en el que poco se supo de sus alegatos de defensa, de las deliberaciones y los procedimientos del jurado.

Con este juicio, manchado de la más vergonzosa opacidad y abuso de poder, se inauguraban en la Unión Soviética los años de terror estalinista, que habrían de arrastrar a un mexicano a pasar veinte años de su vida en un periplo carcelario de confinamientos, acosos y torturas. Emilio tenía claro que cada uno de estos eventos eran parte de una sucesión de decisiones que una vez tomadas y ejecutadas se sumarían a otras más, propias y ajenas, en una vorágine de juicios infames, partículas del caos, una serie de tragedias que cancelarían de modo irreversible la posibilidad de redención, o como dieron en llamarle luego de la muerte de Stalin: rehabilitación.

—Estamos tan ciertos del amor de los nuestros que damos por hecho que siempre estarán allí, y nos lanzamos a la aventura, a querer comernos el mundo; pero un día todo eso se esfuma y terminas aquí, sentado en el parque, contando a uno de tus viejos camaradas el dolor de las prisiones, el dolor por aquellos a quienes perdiste y llorando por tu eterna extranjería. Los que regresamos de la muerte y el olvido somos extranjeros siempre.

Es octubre de 1956. Ha pasado un año desde su regreso. Emilio y Lorenzo caminan por la alameda de Santa María la Ribera. Aquí no hay granadas que le recuerden el sexo de Lina, ni mangos dulces que le hagan evocar su entrega con Cecilia. Sólo quedan los recuerdos: los tortuosos y los placenteros, y un futuro que no sabe cuánto durará pero que desea vivir con la mayor prosperidad posible.

Ya ha pasado lo peor de su retorno: el chacaleo de los reporteros en espera de una declaración ampulosa o una narración extraordinaria de su extravío en Siberia. “¡Que no, señores! ¡Nunca estuve en Siberia!”, respondía a los insistentes informadores que al reconocerlo lo acosaban en entrevistas banqueteras, ya fuera a la salida de la pastelería La Ideal, la cantina La India, al esperar a algún amigo afuera del Sanborns de los Azulejos mientras se fumaba un cigarro o a la salida del café Cosmos, justo a un costado de la Torre Latinoamericana, en el que moriría un par de años después de un paro cardíaco.

—¿Y qué les dices a esos miserables, Emilio?

—Si quieren inventar historias, que escriban una novela. Aún después de muerto seguirán peleándose mi memoria. De todo lo que yo diga, recortarán mis palabras y las acomodarán a su modo para justificar sus chingaderas. ¿Por qué? Porque así somos, así fuimos y así seremos —hace una pausa y dice—: Ya me enteré de que te fue muy bien como diputado. Dejaste atrás todas las consignas comunistas. Camarada Lorenzo, es usted la más acabada representación del camaleón.

—Somos unos cínicos y desvergonzados. Yo al menos guardo un poco de vergüenza y trato de ayudar a quienes me ayudaron y a quienes lo necesitan. Si cambié fue porque las circunstancias cambiaron. Nada más. Te perdiste de mucho en esos años.

—Al que yo creo que ya perdimos es a tu ahijado Cervera, ¿no?

—Creo que sí. Es una lástima.

—Los niños bien son los únicos que pueden darse el lujo de cagarla las veces que quieran —añade Padilla, quien sostiene su barquillo de mandarina con toronja—. Para ellos todo esto es una

aventura, un episodio exótico en sus vidas. Pronto sentarán cabeza y tomarán los negocios de sus padres.

Emilio Padilla, el mexicano que sobrevivió al gulag, el prisionero de Stalin, el mexicano errante, camina ya con un bastón, aun cuando conserva la espalda recta. Su dentadura, picada y repartida en distintas prisiones como ofrendas de obsidiana en la tierra de los zares, es la muestra más clara de la fiereza del sistema judicial soviético. El presidio te tumba los dientes y te convierte en esclavo del insomnio: no sabes quién llegará con la charrasca a quitarte los últimos mendrugos.

—¿Y por fin me lo vas a contar? —pregunta Lorenzo.

Emilio sonríe. Es un gesto de complicidad que precede a la confesión de esa última aventura que puso de cabeza al sistema de espionaje mexicano y a los de dos potencias mundiales por descubrir su paradero.

—Hoy ya nadie se acuerda de mi segundo extravío, que ni fue tal. Mira: Marrón, como tú sabes, es agente doble. Picha y batea para los dos equipos. Es muy amigo de Bazikov, pero en cuanto ve la oportunidad pasa información a los güeros. No estoy diciendo que los gringos hayan estado atrás de esto. Todo lo planeó el mismo Marrón desde que le notificaron que tendría que acompañarme en mi regreso a México desde la escala del avión en París. Yo tenía toda la intención de reencontrarme con mi familia, pero también sentía un profundo rencor por lo que me hicieron en Rusia. Me lo propuso, y al llegar aquí armamos el numerito. Que se caguen pa'dentro. Aunque sea un ratito. Él ya se había puesto de acuerdo con Serrano y me llevaron directamente a su casa de Acapulco. No puedo decir que la pasé mal.

Lorenzo lo mira con una especie de dulzura inquisidora. Sabe que tiene muchas preguntas para su amigo, mas no todas podrán fluir en una sola tarde, quizá muchas de ellas se quedarán en un intento, quizá no todas serán prudentes: si tuvo otra mujer allá, si tuvo hijos, si se aprovecharon de él los presidiarios rusos.

—Tienes mucho que enseñarnos, camarada.

Padilla lanza una mueca de desagrado por el sabor del helado. Suspende su degustación y dice con la mayor de las seguridades:

—La única lección que saco de todo esto es que a ningún individuo se le puede cancelar el derecho a la defensa.

—¿Lo dices por Octavio? ¿Te acuerdas de ese pobre diablo?

—Lo digo por él, por mí, por los millones que me cobijaron y a quienes cobijé en los barracones pulgosos de la Unión Soviética, en La Habana y en las Islas Marías. Lo digo por los que vienen y por aquellos a quienes señalarán de las peores infamias. Somos parte de una misma hermandad: los torturados, los desechables, los apesadados, los triturados, aun cuando muchos de nosotros hemos sido parte de la misma maquinaria. Ya sabes.

Lorenzo tuerce la boca en un acto reflexivo. Después de todo, su camarada ha estado en los dos lugares. Ha lanzado las acusaciones flamígeras y ha vivido en su propia entraña el abuso de una maquinaria despiadada a la que él mismo aspiró pertenecer bajo aquella quimera que llamaban justicia revolucionaria. Finalmente, Lorenzo pregunta:

—¿Y qué ha sido de ti y de Cecilia?

—Sobreviví al gulag, pero perdí a mi mujer. A mi hijo, digamos que lo estoy conociendo. Nunca se iba a negar a acercarse a mí. Creció con el anhelo de conocer al padre ausente, que por más distancia y hambrunas que pasó nunca dejó de pensar en él.

—Al final, ¿qué es el amor, camarada Padilla? Una apuesta, un salto al vacío.

—Al final, Lorenzo, la vida es una apuesta, un salto al vacío. El problema es que muchas veces pensamos sólo en nosotros mismos. El egoísmo es una estepa inmensa, solitaria y oscura en la que es muy fácil perderse y soltar la mano de los tuyos. Así somos: tú y yo, Cecilia y Lina, tu ahijado Cervera y Chito —Emilio hace una pausa para probar nuevamente su helado, un rizado de sabores dulces y agrios. Echa un suspiro y continúa—: A estas alturas, mi única militancia es con quien me ame y con mi porvenir, el que encuentro en la pupila de los otros y por cómo me reflejo en sus pupilas, por muy lejanas que estén. Y, aun cuando no sean correspondidas, esas experiencias que se van a nuestro cajón de la memoria, lo compartido y los hallazgos mutuos. Somos la suma de nuestros adioses. Aún recuerdo el día que Cecilia y yo nos despedimos el uno del otro, esa tarde de verano afuera de la librería Madero, veinte años después de nuestra anterior despedida cuando me fui a Rusia. Al llegar a casa solté el llanto más terrible, un llanto que nace de los riñones, de la vejiga, y que te tritura los huesos; no por los veinte años desperdiciados en el gulag, sino porque lo más bello de la vida se me había ido. Nuevamente volví a sentir esa indigencia que había sentido cuando me alojaron en la embajada de Moscú, una necesidad de abrigo, eso que algunos llaman piedad; yo la llamaría compasión, la compasión que sólo puedo darme yo mismo.

Lorenzo lo mira con paciencia. Desea transmitirle esa compasión que su camarada está reclamando. Continúa Padilla:

—A veces, cuando esperaba un nuevo traslado, un nuevo juicio o simplemente esperaba en un parque solitario de una ciudad

bicicletera de Kazajistán la respuesta a uno de mis telegramas, me preguntaba si hemos sido justos con los demás. A veces pensaba que simplemente estaba pagando por mis canalladas; otras veces, que no merecía nada de eso. Había días en los que anhelaba con profundidad abrazar a mi hijo. En ocasiones pensaba cómo pudo ser mi vida al lado de Cecilia de no haberme ido a Rusia, de no ser por mi mala cabeza y de haber dominado mi militancia. Pudimos ser los más infelices o los más dichosos, o simplemente una pareja más con los mismos problemas y las mismas satisfacciones que muchas otras. O tal vez estaríamos divorciados. Hoy sólo sé que tampoco podemos seguir atados a la nostalgia por aquello que no vivimos.

Lorenzo le da un trago al ron planchao que escondía en su anforita alcahueta. Sabe que muchas de sus palabras serán inútiles para aliviar el sentimiento de extravío por el que atraviesa Emilio. Lo sigue escuchando.

—Casi todos me preguntan acerca de lo ocurrido en estos años por un morbo desmedido, no por un genuino interés en mi bienestar. Pero, como sabes, ya he contado todo. No tengo deudas y nadie me debe nada. Creo que estoy en paz. A veces uno no sabe qué hacer con tantos suspiros, tantos anhelos que se quedaron enclaustrados en el calabozo. Sólo nos queda dejarlos que corran, que vivan su eterna extranjería. Decirles adiós.

En esa suma de sus adioses, en la mente de Padilla pasan sus amigos con los que cazó decenas de iguanas en las Islas Marías, los rones compartidos en La Habana, la fuga por la frontera sur luego de esa desastrosa rebelión, el abrazo de los camaradas, la sonrisa de un hijo, las hogazas compartidas con los compañeros de presidio,

y en la espalda los pechos de una mujer que lo abrazaba, quizá se trata de Lina; no, perdón, es Cecilia. Quién sabe.

Los dos viejos continúan su paseo por los andadores de la alameda, tan provinciana en medio de la gran ciudad. Son las siete de la noche y el sol comienza a pintar en los álamos una tonalidad dorada con magenta. Padilla arroja su helado; le habían servido más porción de toronja que de mandarina. No le gusta el sabor. A veces la vida trae más proporción de amarguras que de dulzuras, otras veces es al revés, y en ocasiones es un hermoso rizado, pero nunca de un sólo sabor. Son dos amigos, combatientes de las mismas batallas, disidentes dentro de la misma disidencia, fieles a lo que piensan y a lo que dicen.

Acosta y Padilla apuran el paso ante la lluvia. Ésta no tardará en levantar el olor a podredumbre. Por segundo año consecutivo, las tormentas se impondrán a los plenilunios de octubre, ese octubre que sonaba tan prometedor.

Comienza la temporada de neuralgias.



El regreso

del kazajo, de Gerardo

Antonio Martínez, se terminó de editar en
marzo de 2023, Toluca de Lerdo, Estado de México.

Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de
Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Formación y por-
tada: Renata Alejandra Martínez Lechuga. Cuidado de la edición:
José C. Núñez Fernández, Beatriz Carolina López Estrada
y el autor. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.

Tras veinte años encerrado en diferentes prisiones de la Unión Soviética por enigmáticas razones, y cuando ya nadie esperaba que volviera, el exdirigente comunista Emilio Padilla logra regresar a México. No obstante, se esfuma de nuevo en cuanto llega al aeropuerto capitalino. El encargado de dar con su paradero es el abogado Nacho Cervera, hijo de diplomáticos que atraviesa por una crisis existencial. Corre 1955 y, en el contexto de la Guerra Fría, México es el campo de intensas operaciones de espionaje y contraespionaje por parte de las potencias que se disputan el mundo. ¿A quién beneficia esta nueva desaparición?, ¿al gobierno mexicano, que administra justicia desde oscuros sótanos?, ¿a los aparatos de inteligencia extranjeros que intentan evitar una crisis diplomática?, ¿a los antiguos camaradas de Padilla, temerosos de que su regreso al país reabra viejas discusiones? Escrita con recursos de novela negra, *El regreso del kazajo* toma como escenario el México de los años cincuenta para emprender una fascinante exploración de una compleja realidad de la que somos hijos, al tiempo que narra el enfrentamiento del individuo con sus ambiciones, la soledad y los vaivenes ideológicos del siglo xx.

VICENTE ALFONSO